

INVENCIÓN
CASTÁID

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DEL CLAUSTRO DE SOR JUANA



GATOS

SON
S
A

INVNDACIÓN CASTÁLIDA

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DEL CLAUSTRO DE SOR JUANA

NÚMERO 28

RECTOR

RAFAEL TOVAR Y LÓPEZ-PORTILLO

DIRECTORA DEL CENTRO DE DOCUMENTACIÓN E INVESTIGACIÓN SOR JUANA

CARMEN LÓPEZ- PORTILLO ROMANO

SUBDIRECTORA DEL CENTRO DE DOCUMENTACIÓN E INVESTIGACIÓN SOR JUANA

GEORGINA CARBAJAL VALENCIA

DIRECTORA

MORAMAY HERRERA KURI

EDICIÓN Y CORRECCIÓN

LUZ DE LOURDES GARCÍA ORTIZ

CONSEJO EDITORIAL

CARMEN LÓPEZ-PORTILLO ROMANO

MARGO GLANTZ

SARA POOT HERRERA

ADOLFO CASTAÑÓN

MARIO BELLATIN

LUIS ALBERTO AYALA BLANCO

HERNÁN BRAVO VARELA

ANA GARCÍA BERGUA

PABLO RAPHAEL

EZRA ALCÁZAR

PEDRO PABLO MARTÍNEZ

DANIEL RODRÍGUEZ BARRÓN

DISEÑO EDITORIAL Y FORMACIÓN

ALBERTO NAVA

PORTADA

ALBERTO NAVA/LAHOJAENBLANCO.MX

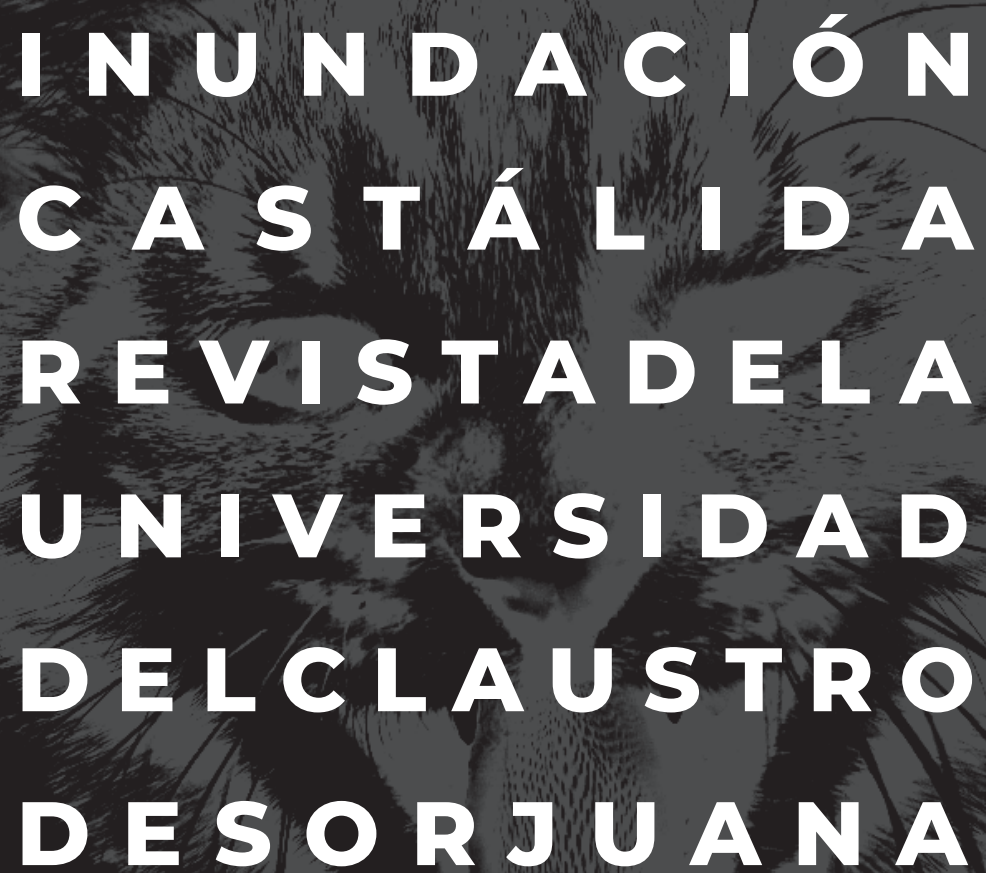
CORREO ELECTRÓNICO

MKURI@ELCLAUSTRO.EDU.MX

INVNDACIÓN CASTÁLIDA, año X, núm. 28, abril de 2026, es una publicación trimestral editada y distribuida por la Universidad del Claustro de Sor Juana, A. C., calle San Jerónimo 47, colonia Centro, alcaldía Cuauhtémoc, C.P. 06080, tel. 55 51 30 00, www.elclaustro.mx, mkuri@elclaustro.edu.mx. Editor responsable: Moramay Herrera Kuri. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo No. 04-2018-080617591100-102, ISSN: 2594-0805, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor, Certificado de Licitud de Título y Contenido No. 17475, otorgado por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Impresa en Documaster, S.A. de C.V., Plásticos 84, local 2, Ala Sur, fraccionamiento Alce Blanco, 53370 Naucalpan de Juárez, México; este número se terminó de imprimir el 27 de abril de 2024, con un tiraje de 250 ejemplares.

Las opiniones expresadas en los artículos son responsabilidad exclusiva de sus autores y no representan la posición de la Universidad. Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización por escrito de la Universidad del Claustro de Sor Juana.

PUBLICACIONES • 55 5130 3305 • IZAZAGA 92 • CENTRO • CDMX • ELCLAUSTRO.MX



**I N U N D A C I Ó N
C A S T Á L I D A
R E V I S T A D E L A
U N I V E R S I D A D
D E L C L A U S T R O
D E S O R J U A N A**

CONCILIO DE LUCEROS

[EL PINTAR DE LISARDA LA BELLEZA]

Sor Juana Inés de la Cruz ▶ 10

A UNA DAMA MUY ENEMIGA DE GATOS

Salvador Jacinto Polo de Medina ▶ 12

PONER EL NOMBRE AL GATO

T.S. Eliot ▶ 13

LOS GATOS EN LAS ISLAS MARÍAS

María Teresa Atrián ▶ 15

**FRAGMENTOS DESORDENADOS DE UNA VIDA CON
GATOS Y ALGUNAS DISERTACIONES SOBRE EL LENGUAJE NO VERBAL**

Alejandra Estrada Velázquez ▶ 16

TRES ACERCAMIENTOS FELINOS

Anais Abreu D'Argence ▶ 20

TINTA EN ALAS DE PAPEL

LA AUDACIA DE SER GATO

Yolanda de la Torre ▶ 24

GATOOZ

Noé Cárdenas ▶ 27

LA SAGA DE VIRTUTE THE CAT Y OTRAS CANCIONES FELINAS

Arturo G. Aldama ▶ 29

EL CONSUELO DE REGALARTE EL SOL

Jonathan Minila ▶ 33

LA MISMA ESTRELLA

Michelle Pérez-Lobo ▶ 39

ADIÓS, POLVORILLA

José de la Colina ▶ 41

LOS NOMBRES DE MIS GATOS

Raquel Castro ▶ 43

GREGUERÍAS DICTADAS POR UN GATO

Ana García Bergua ▶ 46

MIKI

Atahualpa Espinosa Magaña
Xitlalitl Rodríguez Mendoza ▶ 49

ACARICIAR AL GATO

Ana Clavel ▶ 54

CONVERSACIÓN MAÑANERA CON MI GATA COCO

Alejandro Toledo ▶ 56

**CRÓNICA MÍNIMA DE LA GUERRA DE LOS GATOS
EN CONTRA DE LAS PLANTAS**

Javier García-Galiano ▶ 58

DEL CULTO A LOS GATOS POR LOS ANTIGUOS EGIPCIOS

Heródoto ▶ 61

Índice



NEPTUNO ALEGÓRICO

AMOR CRUEL

Ignacio Casas ▶ 64

EL GATO Y LA ZORRA

Aleksandr Nikoláievich Afanásiev ▶ 66

DEL TEMEROSO ESPANTO CENCERRIL Y GATUNO QUE RECIBIÓ DON QUIJOTE EN EL DISCURSO DE LOS AMORES DE LA ENAMORADA ALTISIDORA

Miguel de Cervantes ▶ 69

PIERROT Y SUS GATOS

Bernardo Couto Castillo ▶ 74

LA GATA COJA

Vicente Riva Palacio ▶ 76

DIVERSA DE MÍ MISMA

NOTAS ACERCA DE LA TRADUCCIÓN DEL CUENTO RUSO “EL GATO Y LA ZORRA” DE AFANÁSIEV POR TATIANA ENCO DE VALERO (CON UN EXTRA)

Luz de Lourdes García Ortiz ▶ 80

CIEN AÑOS DE ESCUCHA: MIGUEL LEÓN-PORTILLA Y LA INVENCIÓN DE UNA NORMA HISTORIOGRÁFICA

Boris Berenzon Gorn ▶ 88

JAIME SABINES: APUNTES PARA CELEBRAR SU CENTENARIO

Pilar Jiménez Trejo ▶ 94

TRES RESEÑAS DE LIBROS SOBRE LOS CLAROSCUROS DE LA VIDA

Paola Tinoco ▶ 100





Arthur Schopenhauer, ese gruñón admirable, escribe: “Bien sé que si le asegurase a alguien, con toda seriedad, que el gato que juega ahora en el patio es idéntico al que hace trescientos años daba allí los mismos brincos y hacía las mismas travesuras, me tomaría por loco, pero también sé que es mucho más insensato creer que el gato de hoy es radicalmente distinto al de hace trescientos años”.

Ello se debe, concluye, a que “la eternidad de la especie está impresa en la finitud de los individuos”. A Schopenhauer le habría gustado saber que la eternidad, tal y como él la concibió, se verifica en los gatos de la Universidad del Claustro de Sor Juana. Los gatos son en cada presente y al mismo tiempo –a la Eternidad no le importan nuestros tiempos verbales– los únicos testigos vivos de todos los cambios por los que ha pasado el Claustro, desde que sor Juana habitara sus patios y celdas, hasta el día de hoy, cuando los jóvenes pegan etiquetas a manera de exvoto en la escultura de la monja –obra de Jorge Antonio López Rodríguez– para pedirle ayuda con sus exámenes, sus trabajos, sus penas. Escultura en dueto: sor Juana y su gato, gato y su sor Juana, sentados uno al lado del otro mirándose en docto diálogo.

El presente número de *Inundación Castálida* es, gracias a los gatos, un homenaje a la continuidad de la vida, a la voluntad de vivir, tal como la veía Schopenhauer en los gatos, esa suerte de palingenesia que dota a nuestra Universidad de eterna juventud. Los gatos fueron fieles acompañantes de clausura de las monjas, primero –hay que decirlo– para deshacerse de ratas y ratones, pero por su esencial belleza, como llama ondulante que pasea entre las columnas y los arcos del convento,

Edit rial
a l



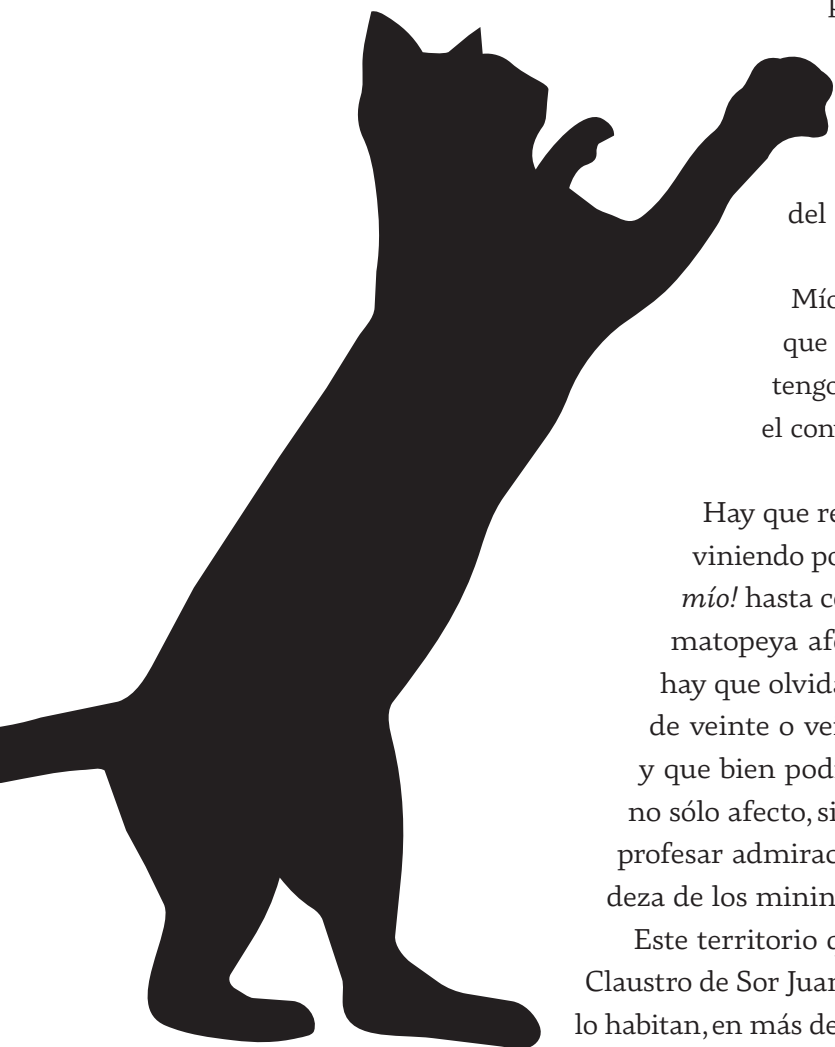
debieron terminar más temprano que tarde por ser consentidos y arropados por las chicas que habitaban cada una de las celdas.

Si bien sor Juana no dedicó versos expresamente a algún ejemplar de *Felis catus*—que sepamos—, sí se refiere al gato, de forma juguetona, en algunos de sus poemas, donde se revela su ingenio siempre luminoso. Lo leemos en el fragmento del ovillejo con el que abre este número, en la sección **Concilio de luceros**, que compusiera para pintar “en jocosos numen, igual con el tan célebre de Jacinto Polo, una belleza”. Como de afectos se trata, el mismo con el que las novicias seguramente acogieron bajo su cuidado a los gatos del Convento de San Jerónimo, el cariño se ve mostrado con gracia en unos versos donde la monja pide, “con discreta piedad, al señor arzobispo de México el sacramento de la confirmación”; y como todo amante de gatos, sor Juana llama *mío* al “Ilustrísimo don Payo”, genitivo de posesión que nos da pauta para maullar nuestra loa a los gatos del Claustro:

Mío os llamo, tan sin riesgo,
que al eco de repetirlo,
tengo yo de los ratones
el convento todo limpio.

Hay que reír con sor Juana al imaginarla yendo y viniendo por patios y pasillos repitiendo *¡mío, mío, mío!* hasta convertirlo en *¡miau, miau, miau!*, onomatopeya afortunada en nuestra lengua. Nunca hay que olvidar que sor Juana era una muchacha de veinte o veintiún años cuando tomó lo votos y que bien podría haberse permitido manifestar no sólo afecto, sino también brindar atenciones y profesar admiración por la grácil figura y la agudeza de los mininos.

Este territorio que llamamos Universidad del Claustro de Sor Juana les pertenece a los gatos que lo habitan, en más de un sentido, y ésta es una verdad irrefutable. Son los gatos los que han hecho



del Claustro un oasis de saber en medio del caos cotidiano del Centro Histórico de la Ciudad de México. Hoy lo habitan Leia, Lucy, Isabel, Lucrecia, Lorenzo, Mago, Bob, Horchata, Botitas, Vaquita, Sofi: ellos no han venido de ninguna parte sino que son cifra y seña, tal como quería Schopenhauer, de los gatos que habitaron el convento en tiempos de sor Juana. Nuestros gatos viven felices en el Claustro..., pero nos tememos que ellos no estarían de acuerdo con ese posesivo, y lo volverían al revés para aclarar que somos nosotros quienes *les pertenecemos*. A la vez, tenemos en adopción a muchos de ellos, como Charlize, Luna, Fachoso y Pancho..., pero, de nuevo, ¿“tenemos”? Decimos que un gato ha sido adoptado por algún estudiante cuando el estudiante es adoptado por el gato. Y más tarde un gato en adoptar a uno de los estudiantes que en aparecer otro gato entre los muros de nuestra Universidad. Y es que aquí se les acoge y se les ama, se les alimenta y se les protege, se les esteriliza y se les medica si están enfermos. Es su hogar, y para nosotros es un privilegio contarnos entre ellos.

En su honor, hemos reunido en este número algunos testimonios que dan fe de su no siempre sutil fiereza. Junto a los jocosos versos de sor Juana, en **Concilio de luceros** están los del poeta al que ella dedica su ovillejo, Jacinto Polo, quien a su vez reconviene “A una dama muy enemiga de gatos”, pues hay humanos a los que no se les da la simpatía por el gato. Entre los más notables ailurófilos está el poeta T.S. Eliot, quien dedicó varios poemas, e incluso un libro completo, a estos felinos, y en uno que volvemos a visitar –traducido por el también poeta José Luis Rivas– discurre sobre la importante cuestión de ponerle nombre al gato. Luego, María Teresa Atrián evoca la “hermosa soledad” mientras mira “el agua milenaria” que baña el reino de los gatos en las Islas Marías. Alejandra Estrada Velázquez nos ofrece, en memoria de su gata Felicidad, “fragmentos desordenados” y “algunas disertaciones” sobre esa “manera muy rara” en que humanos y gatos pueden llegar a comunicarse en su infinito amor. Anaïs Abreu D’Argence se reafirma junto con su gata, y por ella: su ronroneo,

“ese sonido es para mí / una necesidad constante / para estar viva”.

El *dossier*, **Tinta en alas de papel**, lo abre Yolanda de la Torre llevándonos, como en rítmico –sensitivo, sensual– ronroneo, por la “astucia dialéctica” y el “derroche de belleza” de que un gato es capaz en su audacia de ser sencilla y llanamente gato. Ritmo, sonidos, silencios, movimiento: cualidades del gato que Noé Cárdenas reconoce al proclamar que no fueron otros sino los gatos los inventores del jazz, algo con lo que estaría absolutamente de acuerdo Arturo G. Aldama, quien enlaza a algunos de los más conocidos gatos musicales –no es redundancia, sino confirmación–, desde los *gatojazz*, hasta envolvernos en las brumas existenciales de Virtute the Cat, personaje creado por John K. Samson y su banda The Weakerthans. “Cantando el sonido que inventaste para mí”, traduce Aldama de una de las canciones de Virtute, y a un sonido de cierta tesitura se refiere Jonathan Minila en “El consuelo de regalarte el sol”: un peculiar y único sonido al chasquear su lengua contra el paladar y que Gala, su gata de la que aprendió a vivir la vida, identificaba como un amoroso llamado. Ahí tenemos otra experiencia de la manera única en que humano y gato se entienden nutriendo sus días de significados compartidos.

Al igual que Minila y Estrada Velázquez, Michelle Pérez-Lobo encuentra difícil, doloroso, expresarse sobre la muerte de su gata Sepia cuando las vena su dramática enfermedad: “¿Esta escritura que se asoma al vacío, sí, pero sobre todo mantenerte aquí lo mejor que se pueda, aunque sea *a pesar de*?” Sonidos, silencios, miradas, caricias, abrazos: los recuerdos de una gata, de un gato al que hemos pertenecido pero que ya no están con nosotros. Con indecible tristeza pero gentil sentido del humor, José de la Colina dedicó en 2007 el adiós a su gata Polvorilla, que aquí releemos. Cuenta, entre otras cosas, cómo en casa se tomó muy en serio encontrarle un nombre –como Eliot–, que debía corresponderse con su físico y, sobre todo, con su personalidad. Raquel Castro también asume el mandamiento de buscar nombres a los muchos gatos que

ha tenido desde niña, algunos de los cuales han ido muriendo: “es impresionante lo mucho que puede doler la muerte de una mascota”, reflexiona. Y si José y María, su esposa, provisionalmente llamaron Edelweiss a Polvorilla, Raquel y Alberto, su esposo, tampoco dieron tan fácilmente con los que les quedarían a los dos gatos con los que hoy viven, Torcuato Horacio Amundsen, “*O mejor, Chachito*”, y Romualda Fererica Segunda: “los nombres se resbalaban de la zalea de nuestros gatos”.

La relación de los gatos con la escritura—con la música y, por supuesto, con otras artes y las ciencias—goza de prestigioso abolengo. Ahí tenemos las huellas de patitas entintadas que dejó impresas en partituras uno de los gatos de Maurice Ravel—Mouni y Jazz se llamaban dos de ellos—, que suelen recordarnos el “Duo miaulé”, de la ópera *L'enfant et les sortilèges* (con libreto de Colette). Y mucho antes, las huellas dejadas por gatos amanuenses en miniaturas de hace más de quinientos años, como los pergaminos encontrados en el Archivo Estatal de Dubrovnik, en Croacia, por Emir O. Filipović. No ha faltado, *miau*, uno que otro desastre en tan fructífera relación.

En lo que toca a la literatura, hay gatos que dictan greguerías, como el de Ana García Bergua; una greguería de sabiduría bien afilada: “El maullido es una canción larga, melancólica y engañosa, una versión distorsionada del canto de las sirenas para convertirnos en esclavos de los gatos.” Miki, el gato de Atahualpa Espinosa Magaña y Xitlalitl Rodríguez Mendoza—devotos de los gatos musicales—, como todo seductor que se precie, y de garrita no menos afilada, escribe en su diario: “Te interrumpí para distraerte con algo más grato: un ronroneo, el tobogán de mi lomo”. Ana Clavel, entre otros hechizos gatunos, a ese tobogán lo llama “la elástica curva de su lomo” al recordar un poema de Pablo Neruda. El “goce tentador” de acariciarlo es para Clavel, lo mismo que para Victor Hugo y José Emilio Pacheco, la razón primera y última por la que el gato “nos hace sus vasallos.” Ahora bien, hay gatos que, aunque no sepan leer, sí saben conversar sobre novelas, como Coco, la gata de Alejandro Toledo.

Una mañana de vacaciones, escuchamos esto al pasar bajo su ventana: “—Y dices que el personaje habla con el perro... / —Sí, como ahora hablamos tú y yo, Coco. / —Tienes razón. No discutiré eso.”

Decíamos que no faltan desastres en la relación de los gatos con la escritura, desastres que cobran variadas formas de la materialidad cotidiana. Javier García-Galiano, en una breve pero sustanciosa crónica de la presencia de los gatos en la historia humana, demuestra “que muchos felinos caseros mantienen una enemistad fiel hacia ciertos ejemplos de la botánica [... pero] también dirigen sus ataques hacia objetos hechos de ellas, como los libros.” Quien vive con gatos y libros no puede negar esa realidad. Y a propósito de la mención que hace García-Galiano de Heródoto, elegimos tres parágrafos de *Los nueve libros de la historia* donde el historiador griego describe el culto rendido a los gatos por los antiguos egipcios, quienes los tenían por seres sagrados—así como a los cocodrilos, los ibis, los gavilanes, los halcones, los chacales, los hipopótamos, los escarabajos—.

Una de las características distintivas de los gatos es su intensísimo y perentorio *estro*, ese “celo o ardor sexual de los mamíferos” (RAE). Es algo sobre lo cual los más recatados guardan silencio, haciendo incluso como que no existe, pero somos muchos, en todos los rincones del mundo, en todas las lenguas y culturas, en todos los tiempos, para quienes es asunto de abiertas conversaciones y motivos lo mismo para filosofar que para la creación artística. Asociada con el *estro* de los humanos, como por lo demás se hace con cualidades y defectos humanos reflejados o proyectados en otras especies vivientes, la peculiar sexualidad de los gatos ha sido tema de mitos, leyendas, relatos, cuentos, canciones, poemas, proverbios, refranes y hasta chistes que datan de siglos antes de Cristo y perduran en la actualidad. Lo mismo vale para las representaciones visuales. Así, la sección **Neptuno alegórico** la abre Ignacio Casas con un cuento donde nada menos que dos novicias son iniciadas en los afanes amorosos de ciertos gatos de su convento, incluido acto de pelea entre los temibles machos, cuyos gritos y gemidos

creían ellas ser de fantasmas o trasgos. Enseguida, recuperamos para *Inundación Castálida* uno de los cientos de cuentos de las antiguas tradiciones orales eslavas coleccionados durante la segunda mitad del siglo XIX por Aleksandr Nikoláievich Afanásiev, cuya traducción al español—por Tatiana Enco de Valero—son conocidos en España y Latinoamérica, desde recién empezados los años veinte del siglo XX, como “los cuentos de Afanásiev”. Es “El gato y la zorra” un ejemplo de cómo suele presentarse los cuentos del folklor antiguo de cualquier cultura como una especie de fabulaciones para niños, moralizantes, “honestas” y “bienhabladas”, con acaso unas cuantas trazas de picardía ligera y de violencia. Ya Robert Darnton, en *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, analiza los significados nada cándidos de la famosa Mamá Oca y sus cuentos, contados por los campesinos, tal como “Caperucita roja” y “Hansel y Gretel”, por poner un par ejemplos conocidos por todos de cuentos considerados infantiles, los cuales habían sido reunidos de la tradición oral por los hermanos Grimm en Alemania y publicados como *Cuentos de la infancia y del hogar* en 1812; cuentos con variantes en otras regiones europeas. Adelantamos, a propósito, que en **Diversa de mí misma** Luz de Lourdes García Ortiz nos ofrece unas notas acerca de la traducción española de ese cuento de Afanásiev, que contrastó directamente con el original en ruso, en varias ediciones desde la primera, para descubrir que el original no es precisamente el ingenuo cuento infantil que conocemos quienes hemos rebasado los cincuenta y alcanzamos todavía a leer en la ya vieja y hoy casi imposible de conseguir colección de clásicos Universal de la editorial Calpe.

También en afanes amorosos, de otro orden pero con arañazos feroces, recordamos en **Neptuno alegórico** un pasaje de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, aquel en el que Miguel de Cervantes narra cómo, mientras trata de evadir los requiebros—fingidos—de Altisidora en el castillo de unos tales duques, éstos le gastan una más de sus bromas crueles a nuestro Caballero de la Triste Fi-

gura, quien por creer que se enfrentaba a “malignos encantadores” termina todo *gateado*. Asimismo, de finales del siglo XIX hemos recuperado dos cuentos: uno en la densidad del *spleen*, de Bernardo Couto Castillo, y uno en la ligereza del *vaudeville*, de Vicente Riva Palacio.

En nuestra última sección, **Diversa de mí misma**, además de las notas de García Ortiz—con un extra sorpresa—, contamos con dos colaboraciones para celebrar sendos centenarios de natalicio: de Boris Berenzon Gorn, sobre el historiador Miguel León-Portilla, y de Pilar Jiménez Trejo, sobre el poeta Jaime Sabines. Paola Tinoco, finalmente, nos informa en reseñas acerca de tres libros en torno a los claroscuros de la vida.

Querido lector, ¿sabes de dónde proviene la palabra *gato*? Dos científicos, Desmond Morris—célebre por *El mono desnudo*—y David Attenborough—célebre por sus documentales de la trilogía *Vida*—, han estudiado a los felinos, desde los grandes depredadores de África y su importancia para el equilibrio de la naturaleza en todo el planeta hasta los gatos domésticos y su impacto ecológico. Ambos nos explican el nacimiento como etimología de la palabra *quattah*, del egipcio norafricano arcaico, y cómo por diversas vías y a lo largo de los siglos de ésta derivan: en árabe, *qīt*; en latín, *cattus* para el gato salvaje—pero era *felis* para el gato doméstico, y de ahí *felino*—; en inglés, *cat*; en sueco, *katt*; en alemán, *katze*; en ruso, *kot*; en francés, *chat*; en italiano, *gatto*. En uno de los dialectos del romaní es *mùca*, mientras que en húngaro es *macska*. En chino es *māo*; en japonés, *neko*. En griego antiguo era *ailouros*, pero en griego moderno es *gáta* desde que el gato fue adoptado como animal doméstico. Pasht es otro nombre con que se conocía a la diosa egipcia Bastet, y de ahí *puss* y *pussy* en inglés, o sea, *gatita* y...

Y, querido lector, acuérdate de Schopenhauer cuando pasees por los patios y las aulas de nuestra Universidad, o de cualquier otro territorio gatuno. Pero no te engañes: el gato que acaricies es el mismo gato que acarició sor Juana y el mismo que ha atravesado el tiempo y el espacio en sus no siete ni nueve sino enésimas vidas. ●

Concilio

DE LUCEROS



[El pintar de Lisarda la belleza]*

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

El pintar de Lisarda la belleza,
 en que a sí se excedió Naturaleza,
 con un estilo llano,
 se me viene a la pluma y a la mano.
 Y cierto que es locura
 el querer retratar yo su hermosura,
 sin haber en mi vida dibujado,
 ni saber qué es azul o colorado,
 qué es regla, qué es pincel, oscuro o claro,
 aparejo, retoque, ni reparo.
 El diablo me ha metido en ser pintora;
 dejémoslo, mi Musa, por ahora,
 a quien sepa el oficio.
 Mas esta tentación me quita el juicio
 y, sin dejarme pizca,
 ya no sólo me tienta: me pellizca,
 me cosca, me hormiguea,
 me punza, me rempuja y me aporrea.
 Yo tengo de pintar, dé donde diere,
 salga como saliere,
 aunque saque un retrato
 tal que, después, le ponga: "Aquéste es gato".
 Pues no soy la primera
 que, con hurtos de sol y primavera,
 echan con mil primores
 una mujer en infusión de flores,
 y (después que muy bien alambicada
 sacan una belleza destilada),
 cuando el hervor se entibia,
 pensaban que es rosada y es endibia.
 Mas no pienso robar yo sus colores;

descansen por aquesta vez las flores,
 que no quiere mi Musa ni se mete
 en hacer su hermosura ramillete.
 Mas ¿con qué he de pintar, si ya la vena
 no se tiene por buena
 si no forma, hortelana, en sus colores,
 un gran cuadro de flores?
 ¡Oh siglo desdichado y desvalido
 en que todo lo hallamos ya servido!:
 pues que no hay voz, equívoco ni frase
 que por común no pase
 y digan los censores:
 "¿Eso? ¡Ya lo pensaron los mayores!"
 ¡Dichosos los antiguos que tuvieron
 paño de que cortar, y así vistieron
 sus conceptos de albores,
 de luces, de reflejos y de flores!
 Que entonces era el Sol nuevo, flamante,
 y andaba tan valido lo brillante,
 que el decir que el cabello era un tesoro,
 valía otro tanto oro.
 ¡Pues las estrellas, con sus rayos rojos,
 que aun no estaban cansadas de ser ojos
 cuando eran celebradas!
 ¡Oh dulces luces, por mi mal halladas,
 dulces y alegres cuando Dios quería,
 pues ya no os puede usar la Musa mía
 sin que diga, severo, algún letrado
 que Garcilaso está muy maltratado
 y en lugar indecente!
 [...]

Mas volviendo a mi arenga comenzada,
 ¡válgate por Lisarda retratada,
 y qué difícil eres!
 No es mala propiedad en las mujeres.
 Mas ya lo prometí: cumplillo es fuerza,
 aunque las manos tuerza;
 a acaballo me obligo;
 pues tomo bien la pluma y ¡Dios conmigo!
 Vaya, pues, de retrato;
 denme un “¡Dios te socorra!” de barato.
 ¡Ay con toda la trampa,
 que una Musa de la hampa,
 a quien ayuda tan propicio Apolo,
 se haya rozado con Jacinto Polo
 en aquel conceptillo desdichado,
 y pensarán que es robo muy pensado!
 Es, pues, Lisarda; es, pues... ¡Ay Dios, qué aprieto!
 No sé quién es Lisarda, les prometo;
 que mi atención sencilla
 pintarla prometió, no definilla.
 Digo, pues... ¡Oh, qué *pueses* tan soeces!
 Todo el papel he de llenar de *pueses*.
 ¡Jesús, qué mal empiezo!
 [...]



* Versos 1-61 y 125-147 de “Ovillejos. Pinta en jocoso numen, igual con el tan célebre de Jacinto Polo, una belleza”, composición 214, en *Obras completas de Sor Juana Inés de la Cruz*, tomo I: *Lírica personal*, 2ª ed., edición, introducción y notas de Antonio Alatorre (a partir de la edición de Alfonso Méndez Plancarte de 1951), México, Fondo de Cultura Económica, 2009 (“Biblioteca Americana”).

Notas:

La fórmula “Aquéste es gato”, o también “Aquéste es un gato”, era de uso común sobre todo en los siglos XVI y XVII cuando se criticaba negativamente o se hacía burla del trabajo de un pintor, ya fuera por tratarse de un trabajo sin arte o, aunque lo tuviera, alejado del naturalismo que se esperaba ver reproducido en una pintura, y todo ello en relación con la práctica extendida en la época –y ya desde épocas anteriores– de pintar en los cuadros letreros explicativos. Antonio Alatorre, en su edición del tomo I de las *Obras completas* de sor Juana, hace la siguiente nota al respecto: “chiste viejo y que muchos citan, por ejemplo, Lope de Vega, *Entremés de las comparaciones*: “[Tan mal echa de verse que ha venido, / que me lo dice;] como el otro ha sido, / que dibujó de un gato un mal retrato, / y debajo le puso: *Aquéste es gato*”. También cita *La devoción de la cruz*, una comedia místico-romántica de Pedro Calderón de la Barca: “Un pintor hizo el retrato / de un gato, y por que supiese / de quién era el que le viese, / puso abajo: *Aquéste es gato*”.

Adolfo de Castro, en el “lindo ramillete que he formado de las más hermosas flores líricas [del] fénix de los ingenios españoles”, que editó y publicó en 1845 como *Poesías de D. Pedro Calderón de la Barca* [...], recoge esas mismas líneas calderonianas encabezándolas como “epígrama”, si bien no indica su fuente. Le añade la siguiente nota: “Miguel de Cervantes en la segunda parte de *D. Quijote* dice: ‘Este pintor es como Orbaneja, un pintor que estaba en Úbeda, que, cuando le preguntaban: *¿qué pintaba?*, respondía: *lo que saliere*; y si por ventura pintaba un gallo, escribía debajo: *aqueste es gallo*, por que no pensasen que era zorra.”

Y a propósito de la magna novela de Cervantes, se cuenta en ella el “temeroso espanto cencerril y gatuno” sufrido por don Quijote por cruel broma de ciertos duques, capítulo que pueden leer nuestros queridos lectores en la sección **Neptuno alegórico** del presente número de *Inundación Castálida*.

A una dama muy enemiga de gatos*

SALVADOR JACINTO POLO DE MEDINA

¿Qué estrella tan mal mirada,
con tal rabia te estrelliza,
Lísida, contra los gatos
y su gatuna familia?

¿Por qué es siempre tu aposento
de los gatos zancadilla,
maula para todo miz,
perro muerto a toda miza?

Oh, cruel sanguinolenta,
fierísima gaticida,
que con sólo un zas pretendes
acabar un siete vidas.

Dime, ¿son zambos los gatos,
o son bermejós, por dicha,
o son acaso poetas
que en lengua culta maulizan?

La Gatatumba te llamen
todos desde aqueste día,
pues eres tumba [de] gatos,
haciendo dellos justicia.

Gatuperio universal,
gatesca generalísima,
su azote y verdugo eres
y una feminil Gatila.

Plegue al cielo que un enero
junto de un tejado vivas,
y los requiebros de un gato
te molesten y persigan.

Y si ratones tuvieres,
no haya gata compasiva;
todo lo miraba Nero,
y él de nada se dolía.

* Romance en *El buen humor de las musas*, Madrid, Imprenta del Reino, 1630.



Poner el nombre al gato*

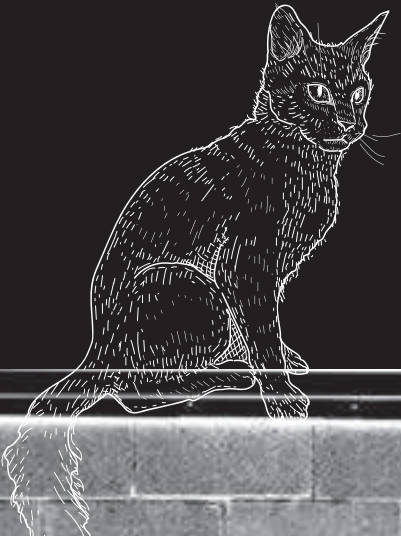
T.S. ELIOT

(Traducción de José Luis Rivas)

Poner el nombre al gato es todo un brete;
 No es, en día de feria, rehilar un cohete.
 Quizá piensen que soy loco o pazguato,
 mas creo que tres nombres casan con cada gato.
 Que el primero lo aporte el santoral de familia,
 digamos Jaime, Alonso, Pedro o Lilia,
 o bien Víctor, Tomás o Quintiliano;
 todos trillados nombres de ajuar cotidiano.
 Pues los hay rebuscados, torcidos, domingueros
 (Lo mismo para damas que para caballeros):
 Platón, Electra, Admeto, Dunia o Tulio:
 Todos gastados nombres del mundanal peculio.
 Pero afirmo que un gato requiere un nombre suyo,
 Un nombre propio y más que decoroso;
 Si no, ¿cómo podría su cola erguir garboso
 O atusar su mostacho o dar alas a su orgullo?
 De esta clase de nombres puedo listar un quórum...
 Y helo aquí: Munkustrap, Quaxo o Carlontanicho,
 O bien Bombalurina, o también Jellylorum;
 Nombres éstos que sólo casan con algún micho.
 Pero aparte de tales nombres hay uno privado,
 El nombre que jamás vamos a adivinar,
 Un nombre que resiste al inquisidor porfiado;
 Sólo el gato lo sabe y no lo va a revelar.
 Cuando veas a un gato profundamente absorto,
 La causa, te lo advierto, será siempre la misma:
 Tal gato se descrisma
 Recordando el recuerdo de recordar el orto
 De su inefable afable
 Efa y nefable
 Profundo y singular, inescrutable Nombre.

The Naming of Cats

The Naming of Cats is a difficult matter,
 It isn't just one of your holiday games;
 You may think at first I'm as mad as a hatter
 When I tell you, a cat must have THREE DIFFERENT NAMES.
 First of all, there's the name that the family use daily,
 Such as Peter, Augustus, Alonzo or James,
 Such as Victor or Jonathan, George or Bill Bailey—
 All of them sensible everyday names.
 There are fancier names if you think they sound sweeter,
 Some for the gentlemen, some for the dames:
 Such as Plato, Admetus, Electra, Demeter—
 But all of them sensible everyday names.
 But I tell you, a cat needs a name that's particular,
 A name that's peculiar, and more dignified,
 Else how can he keep up his tail perpendicular,
 Or spread out his whiskers, or cherish his pride?
 Of names of this kind, I can give you a quorum,
 Such as Munkustrap, Quaxo, or Coricopat,
 Such as Bombalurina, or else Jellylorum—
 Names that never belong to more than one cat.
 But above and beyond there's still one name left over,
 And that is the name that you never will guess;
 The name that no human research can discover—
 But THE CAT HIMSELF KNOWS, and will never confess.
 When you notice a cat in profound meditation,
 The reason, I tell you, is always the same:
 His mind is engaged in a rapt contemplation
 Of the thought, of the thought, of the thought of his name:
 His ineffable effable
 Effanineffable
 Deep and inscrutable singular Name.



* De *El libro de los gatos mañosos del viejo Tlacuache / Old Possum's Book of Practical Cats* [1939], en *Poesía reunida / The Complete Poems (1909-1967)*, traducción de José Luis Rivas, Xalapa-Ciudad de México, Universidad Veracruzana-Universidad Autónoma Metropolitana, 2024.

Los gatos en las Islas Marías

MARÍA TERESA ATRIÁN

Pienso en el amor
En esa nave que se evapora con la lluvia

Siento su hermosa soledad
En pugna con las gotas de agua

Busco la orilla, la voz de lejos
El misterio de la palabra no nacida

Flota amoroso su perfume
Y la tarde húmeda se gasta

El amor es un muro
Un cimiento de vanidad

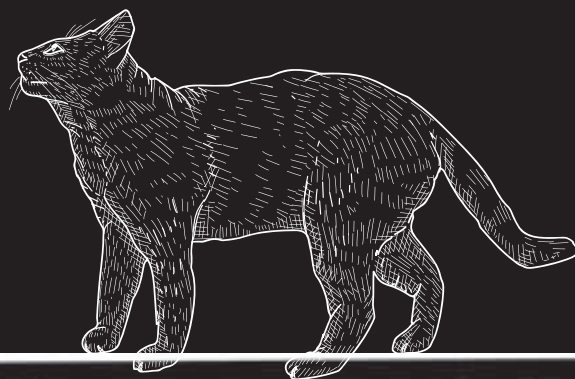
Es dolor del tiempo en las rodillas
Es rumor que flota en la cintura

Es desvío del viento
Audacia de las manos

Pienso en el amor
Porque el día transcurre a jirones

Porque la luz empuja la puerta
Porque miro el agua milenaria

Y porque no me preocupa el apacible reino
De los gatos en las Islas Marías



Fragmentos desordenados de una vida con gatos y algunas disertaciones sobre el lenguaje no verbal

ALEJANDRA ESTRADA VELÁZQUEZ

Para Felicidad, la gata que me enseñó a traducir el silencio

Prefacio: una publicación premonitoria en Facebook

9 de agosto de 2023

Esta viejita. No tienen idea de lo que Feli significa en mi vida. Hemos desarrollado una manera muy rara de comunicarnos. Pero ahora sé exactamente qué maullido significa “Te extraño” y cuál, “No te vayas” o “Dame pollo”. Feli tiene la cola rota. Feli tiene una herida en la cola que yo tengo en la memoria, en las entrañas. Tenemos una línea del destino trenzada por la tristeza. Una amputación. Un dolor fantasma... Somos un vacío. Y cuando se me acurruca, somos vacío sobre vacío. Nunca he escrito sobre gatos. No sé si lo haré. Ojalá un día pueda traducir este vínculo.

Felicidad murió el 8 de septiembre de 2023.

Morir, eso no se le hace a un gato.

Wisława Szymborska

0.

Ésta es la danza asimétrica
que surge en el interior de mi departamento
danza ósea
 estrépito de pies que se resquebrajan
danza descalza
 libre de concreto

ésta es la danza dolorosa
que surge en el interior de mi departamento
al borde de mi cama, un rizoma butoh
 es el cuerpo de un gato



ésta es la danza esquizofrénica
que surge en el interior de mi departamento
desorden de fonemas muertos
lengua extinta
murmullos de reptil bajo mi cama

alfabeto de espirales
galaxia de enigmas que crepitan
planetas guturales
sonidos oscilatorios

ésta es la danza de las sombras
la danza esquizofrénica de mis pies fantasma

danza piedra de mis pies
redondos
huesos
danza de roturas
ideogramas de uñas

I.

Es la hora del silencio en punto

Guardo aves famélicas
en jaulas de tela

Guardo voces famélicas
en jaulas de tela

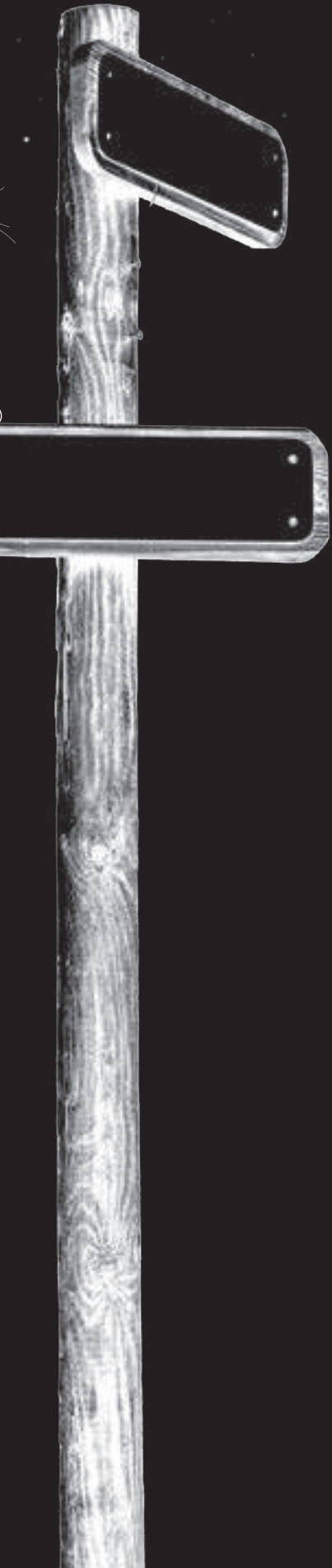
Intento capturar a los dioses traviosos
en jaulas de tela

pero sólo replico su danza esquizofrénica

II.

Es la hora de la oscuridad en punto
y los dioses guturales se pasean
onomatopéyicamente

Es la hora del sueño en punto
pero no para mis gatos:



cuatro sombras metamórficas que se alargan en el techo
cuatro espíritus que poseen mi casa
cuatro nubes camaleónicas que saltan

Es la hora de dormir
pero mi sueño se convierte en
tejado
sembradío
terreno baldío
jardín
laberinto
o travesaño
por donde se pasean mis gatos

Las sábanas revueltas
revelan el lenguaje de las bestias

Es la hora del gato en punto
y en sus pupilas explota una galaxia

Dios dijo: “Hágase la luz”
y se abrieron
los ojos de mis gatos
y en sus cuencas
Prometeo escondió el fuego

Dios dijo: “Hágase la noche”
y puso a dormir a los gatos

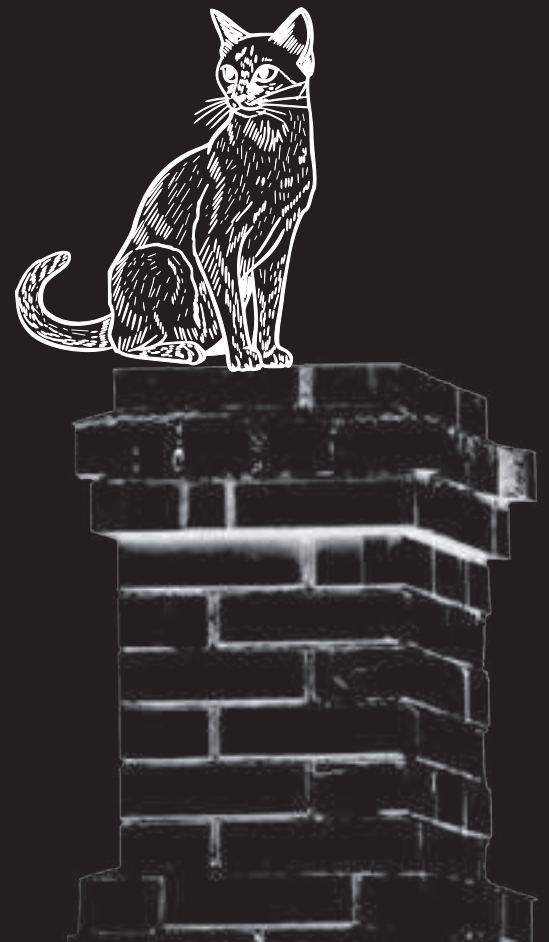
Desde entonces, el tiempo es su sueño

III.

Guardo aves silábicas debajo de mi lengua
para domesticar a los gatos

Finjo aves con mi lengua
para alimentar a los gatos

Macero secretos
para conjurar a los gatos



IV.

Es la hora de las brujas
la hora de los demonios
la hora de las invocaciones
la hora de las pesadillas

Es la hora del gato en punto

Dormito
y sobre mi almohada
aparecen los breves dioses
y en mi pecho se acurrucan
y sobre mi vientre sueñan
y en mis pensamientos se escurren
y en mi alma se enredan
y en mis palabras se anudan
y entre los miedos se agazapan
y en la cuerda floja de mis obsesiones caminan
y a la orilla de mi tristeza danzan
y en mi corazón se anida su lenguaje de abismo
y mi piel se vuelve papiro de sus jeroglíficos punzantes
y mi boca es el pentagrama de su sinfonía hipnótica
y mi garganta arrulla su mantra trepidante

Es la hora del miedo en punto

De noche todos los gatos son pardos
de noche todo lo pardo es un miedo
y los ruidos en la casa son recuerdos sin forma
y los recuerdos sin forma son fantasmas
y los fantasmas son miedos
y de noche todos los ruidos son pardos
y de noche todos los miedos son ruidos
y los ruidos son los fantasmas
y los fantasmas son el escándalo
de la danza esquizofrénica de mis gatos

V.

Gato: n. f. y m. Intento de dios domesticado

Tres acercamientos felinos

ANAÏS ABREU D'ARGENCE

1.

en todo caso
si es necesario repetir patrones
para obtener respuestas
(no me es tan digerible Jung)
me hubiera gustado ponerme a expensas
del gato mediterráneo de Balthus
reconocido tirano:
lanza los huesos de los pescados
que engulle sin compartir
con nadie
ante toda insignia feminista

me veo así: en aquella época tan débil
mis piernas se negaban a sostenerme
no tuve mucha opción:
me arrastré de más
muy lejos de ser una víctima perfecta
se trata de un cuerpo acuoso
pierde bordes rebase límites
toma la forma de aquello que lo contiene

así llegué a la barca
¿me ves? querido felino
se te han pasado las copas
maúllas intentas rugir como tigre
no eres un tigre, te digo
pero también sabemos que
pase lo que pase siempre
tendrás una langosta por si acaso
y una mujer aturdida
—dicen loca—

tal vez no habrá diferencia
entre langosta y mujer

para ti será lo mismo:
acumulación de presas

¿me ves?
ni siquiera tuve la fuerza
para ponerme el brassiere
rojo de encaje que tanto te gustaría
Miso gatito ladrón oportunista

que la vida es fácil dice
que del arcoíris se forman peces
que éstos caen directo al plato:
pescado fresco recién salido del agua
muerto sólo al llegar a sus colmillos
no conoce el hambre
ni el frío
ni el miedo

si mi destino era coincidir
con la crueldad desde tan cerca
prefiero esa de los gatos
desparpajada crueldad
honestamente
dominante
perfecta.

2.

cuando mi padre adoptó a ese gato
cuyo nombre he olvidado
¿será que no tenía ni siquiera eso?
pudo ser “el gato” como “la camisa”
a papá le daba igual:
se trataba de conseguir
un señuelo

¿de dónde habrá salido?
¿cómo rechazar cuatro paredes
un plato de croquetas?
si tan sólo alguien de su especie

hubiese visto algo por la ventana
de aquel departamento
si hubiese sido advertido
como para escapar antes de llegar
a su peor momento

nadie nos avisó:
el mismo departamento
era una trampa de cálido decorado
libros cuadros botellas de vino
¿no son objetos que atraen a un gato?

pocas semanas bastaron
el gato se volvió loco
destruía lo que deseaba
y deseaba los zapatos caros
del licenciado
y sus camisas recién planchadas

erizado de excitación
destripaba los cojines
o almohadas
como si fueran presas
tras una lucha campal

pfffffffffffff
con sus ojos encendidos:
un magnífico demonio

a mí me quería
de eso estoy segura porque los gatos
siempre me han querido
así que nunca destruyó nada mío

papá que ya no sabía cómo hacer
para conservarme
como pepinillo en frasco de vidrio
(inmóvil)
sobre todo callada
sin contar nada a nadie

tardó más de lo imaginado
en “deshacerse” del gato:
lo amarró con una sábana
para tronarle el cuello
y después tirarlo a la basura.
“Ese gato no quería a nadie
estaba loco” dice papá
mientras lloro
desconsolada en el sillón.

3.

morirse, eso no se le hace a un gato
tal vez sólo por eso:
vaciar las macetas
llenar la piel abandonada
darle forma: nunca la misma de antes
rehacer ese vacío
—lo que quedó después de quince años—
sobre una cama inmensa
atiborrada de secretos
sin compasión

para lanzarse estaba todo lo demás
dispuesto como escenario:
la palabra desesperanza es peligrosa
cuando se mira desde cierta distancia

todo listo:
incluso se abrieron las cortinas
se puso una silla cerca:
deja de amenazar, mátate de una buena vez
en esta casa sólo se respira tu tristeza

sin embargo los esfuerzos fueron vanos
tampoco funcionó dejarme sola
con mis ataques de pánico



no se habrá dado cuenta
tal vez todavía se lo pregunta
yo no conozco la soledad

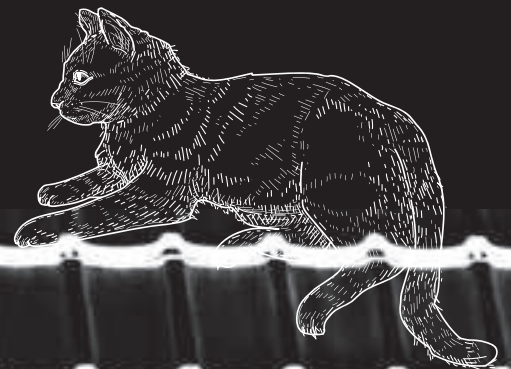
mi gata enfermera
mi gata protectora
mi gata madre
mi gata hija mi gata amor de mi vida
mi gata lame mi nariz esponja
arrullo mi gata conexión de tripas
vomitamos casi al mismo tiempo

sí mi gata tiene hambre
debo estar para llenar el plato
para devolver algo de lo que recibo

debo estar para que se acomode
como le gusta en mí
–vacía o llena–
en mí
en nadie más

sé que ella conoce el desconsuelo
la traición / las mentiras que juntas
acomodamos en orden alfabético

esto podría resultar demasiado para alguien
que nunca nos ha conocido:
la cargo por las tardes
la llevo a esa cama nueva
pasamos un rato debajo de la cobija verde
su ronroneo anula cualquier ruido de la calle
toda la tierra se concentra en ese sonido
ese sonido es para mí
una necesidad constante
para estar viva.





Tinta

EN ALAS DE PAPEL

Miren cómo un gato se adentra suavemente en esta hoja blanca en la pantalla de la computadora, cauteloso, olfateando lo escrito con sus ojos de colores imposibles. Dicen que la curiosidad lo mató—por curioso se ha colado en estas líneas—, pero hay que reconocer que también lo volvió audaz, incluso descarado: vive como si nadie lo estuviese mirando. Basta verlo en acción desde la compleja luz de cada día: todo felino a escala diminuta es un amante de lo desconocido, un conjunto de patas y bigotes en continuo movimiento. ¿Qué hay en esa caja, en ese agujero, en esa bolsa? ¿Podré esconderme detrás de una maceta? ¿Hasta dónde se extiende la azotea? En contrapunto, cuando está adormilado y con el corazón lánguido jamás rechaza el riesgo de una siesta bajo el sol: los sueños también

son territorios.

La audacia de ser gato

YOLANDA DE LA TORRE

La audacia—casi temeridad—de cualquier gato lo convierte en señor de las alturas: conquistador de libreros, alacenas, repisas y refrigeradores, rey de las mesas, los escritorios y los roperos, dueño

de las ventanas y los estrechos bordes de los muros y capitán de las ramas más altas de los árboles, es ejemplo del equilibrio y la destreza propios de un bailarín o un funámbulo; en cierto modo, su audacia es la de un artista de la elevación. Al mismo tiempo, es tan cínico que disfruta tirar cosas, observar cómo se estrellan en el piso y fingir que la virgen le habla. La reprimenda le importa un rábano porque a su dueño no lo ve como un igual; lo relevante para él es tener un sitio para contemplar el mundo como lo que un gato es: su soberano, y encontrar en él un desafío.



Mención aparte merece su absoluta desfachatez, mitad valentía y mitad travesura, como delincuente callejero o doméstico. Es experto en acercarse –sigiloso, con la extrema parsimonia de un espía–, y robar pescado o pollo de las cocinas, bajo las narices de su dueño, o de mercados, cuando el tendero se encuentra distraído. Es, en suma, un ladrón de nariz fría: desde su perspectiva, el premio bien vale el precio de los gritos y la persecución. ¿Y qué hay de esa osadía suya de ir de aventura por el barrio en busca de nuevos hogares mientras en el suyo lo lloran con gritos destemplados? ¿Qué es eso de tener varios nombres y platos de comida bajo distintos techos? A veces incluso se hace pasar por la mascota idéntica de una casa ajena. El robo de identidad es una de sus fechorías favoritas.

Por otra parte, su arrojo tiene límites. Le atrae lo que está quieto –es capaz de amenazar de muerte a una zanahoria–, pero algo tan inesperado como los crujidos de una bolsa de plástico lo hace correr despavorido. En consecuencia, va a sentarse en su lugar seguro: el regazo de su compañero humano. O el libro que lee. O su computadora. Sabe que no necesita permiso para imponer su voluntad. Un gato tiene el poder de interrumpir al prójimo sin remordimientos, pero también el coraje de entregarse sin reservas a quien lo ama. Ése es un don tan hondo como su implacable independencia, que junto con el silencio forma parte de su bagaje espiritual. Un gato te necesita, pero nunca es tuyo: prefiere una libertad compartida. Eso me lo dijo el pequeño tigre pardo que vaga por estos renglones y deja su huella en ellos.

Aún más: basta ver cómo mira el cielo por una ventana, igual que un dios que todo lo abarca, o cómo se concentra, tímido, en seres invisibles que luego persigue entre cabriolas, para darse cuenta de que un gato tiene la insolencia intelectual de un filósofo y una dualidad plenamente aceptada: en lugar de resolver sus contradicciones, las habita. Por un lado, es un depredador diseñado para la caza, un asesino en miniatura –terror de los jardines y los huertos–,



pero también es fiel a la apacibilidad de su sofá favorito: por eso puede matar un ratón con eficiencia militar y luego dormir la siesta con cara de inocente. De igual manera, si bien no necesita la aprobación de su dueño y lo ignora con absoluta insolencia cuando así conviene a sus intereses, lo sigue al baño como para asegurarse de que no se irá a la dimensión desconocida por la puerta. ¿Quién lo alimentaría entonces?

Otro ejemplo de su astucia dialéctica: es capaz de permanecer durante horas en un silencio casi monástico—un estado de meditación profunda, de esfinge, que le provocaría envidia a Buda—, pero cuando quiere algo se convierte en un orador de voz aguda, un cantante de ópera con un repertorio de maullidos específicamente diseñados para manipular humanos, como los que imitan, según algunos científicos, el llanto de un bebé. Al mismo tiempo, a pesar de su afición a la quietud, el orden y la rutina a lo largo del día, de pronto, en la madrugada, corre como si lo hubieran poseído. Adora la placidez de su refugio y los rituales que lo hacen sentir seguro—su lado apolíneo—, pero sólo en el caos dionisiaco encuentra liberación para la rebeldía de su naturaleza. Qué decir además de su inobjetable terrenalidad, su orgulloso y práctico hedonismo, su vida dedicada al gozo material de ser atendido, todo ello tan profano, y de su forma sagrada de interactuar con fantasmas que nunca serán nuestros: un gato suele poseer un alma pura e insumisa.

Pero por encima de todas las cosas, un gato tiene la audacia de ser un poeta: su simple existencia es un acto de estoicismo e insurrección lírica, un acertijo cubierto de pelo que debe ser leído en sus propios términos. El gato encarna el misterio oculto bajo el velo del mundo que buscan los adictos a un poema; de ahí que habite el umbral entre distintos lenguajes e insospechadas invenciones metafóricas, oxímoron viviente que oscila entre la delicadeza y lo salvaje, entre la concreción de la vida y las dimensiones ocultas de lo vivo. Es, en

buen parte, el guardián de lo no dicho y lo que no tiene nombre, pero también el vocero del orden natural del cosmos.

Por esa razón, al gato no le importa la inutilidad material de la poesía: la neutraliza con un derroche de belleza propio únicamente del goce estético. Un gato es productivo cuando logra la perfección de un salto, cuando acicala con elegancia su pelaje, cuando atrapa, imponente, un ratón de tela. Ejemplo de altanería en pleno, se da el lujo de mostrar que la hermosura y el ocio son formas radicales de resistencia en una sociedad acostumbrada a llevar la prisa hecha nudo en el estómago y la tarjeta de crédito al tope.

Su altivez se despliega en el quehacer de la escritura: ahí donde el poeta trabaja con el lenguaje, el gato nos enseña la potencia del silencio, capaz como es de crear universos enteros con un pequeño movimiento de la cola. No sólo sabe que la poesía, como la música, requiere pausas, respiraciones y súbitos raptos de invención, sino que también nos reta a interpretarlos. Cabe añadir que además es un maestro del haiku. Su poder es vivir la instantánea fugacidad del presente y entregarse por completo al sol de la mañana: a fin de cuentas, como buen poema, es una revolución, esto es, una de las expresiones más altas del arte.

Por estas letras sobre las que caminó con toda gracia, jugando con los puntos y las comas, descien- de ahora el gato que mientras me leía desgranaba secretos: ha venido a despedirse, curioso por ver cómo termina el texto. Atrevido, con agilidad de acróbata, como personaje de *La rosa púrpura del Cairo*, de la pantalla blanca de la computadora salta hacia mis rodillas, me restriega la cabeza por el pecho, se deja acariciar tras las orejas, ronronea. Lanzo al suelo, para él, un hilo de tinta negra semejante a una esfera de estambre: el gato la mira, la roza con la pata y la saca de los márgenes. Luego va detrás de ella y se despide. Por el borde izquierdo de la página se agita su rabo brevemente. Después aquí no queda nada, más que la hoja. ●

Gatozz

NOÉ CÁRDENAS

Decir que todos los gatos son jazzistas no es una exageración, es hablar de su naturaleza, de su movimiento. El ritmo de los gatos tiene la ventaja de ser ancestral, ya era sincopado antes de cualquier adecuación polifónica. Ellos inventaron el jazz. Cuando no seducen con el parsimonioso movimiento de su cola—desdeñoso blues somnoliento—, arrojan las orejas hacia el frente en busca de un agudo y aventurado zumbido que interrumpió su grave ronroneo. Ningún sonido les pasa inadvertido, tampoco presencia alguna. Saben dar con el tono adecuado para cada ocasión. A veces, atónitos, persiguen el veloz compás aéreo de una mosca y, en la voltereta, lancinan una voluta de humo azul que sus ojos acústicos confundieron con una nota extraviada. Y esto es tan sólo el pie musical. Hay que oírlos a la Luna gimiendo invisibles. Cuando es el amor, sacan los alientos metales: gargantas lacerantes despiertan sueños inconfesables, señales que por lascivas preferiríamos ignorar: en vano. Chorros de agua y objetos lanzados—es la convención—intentan silenciar su llamado hipnótico. Pero la canalla gatesca seguirá parda y estridente, como el jazz, maullando aleluyas al sexo. Sombras, rayas o manchas, imposible confundirlos.

Se oyen los gatos. ●

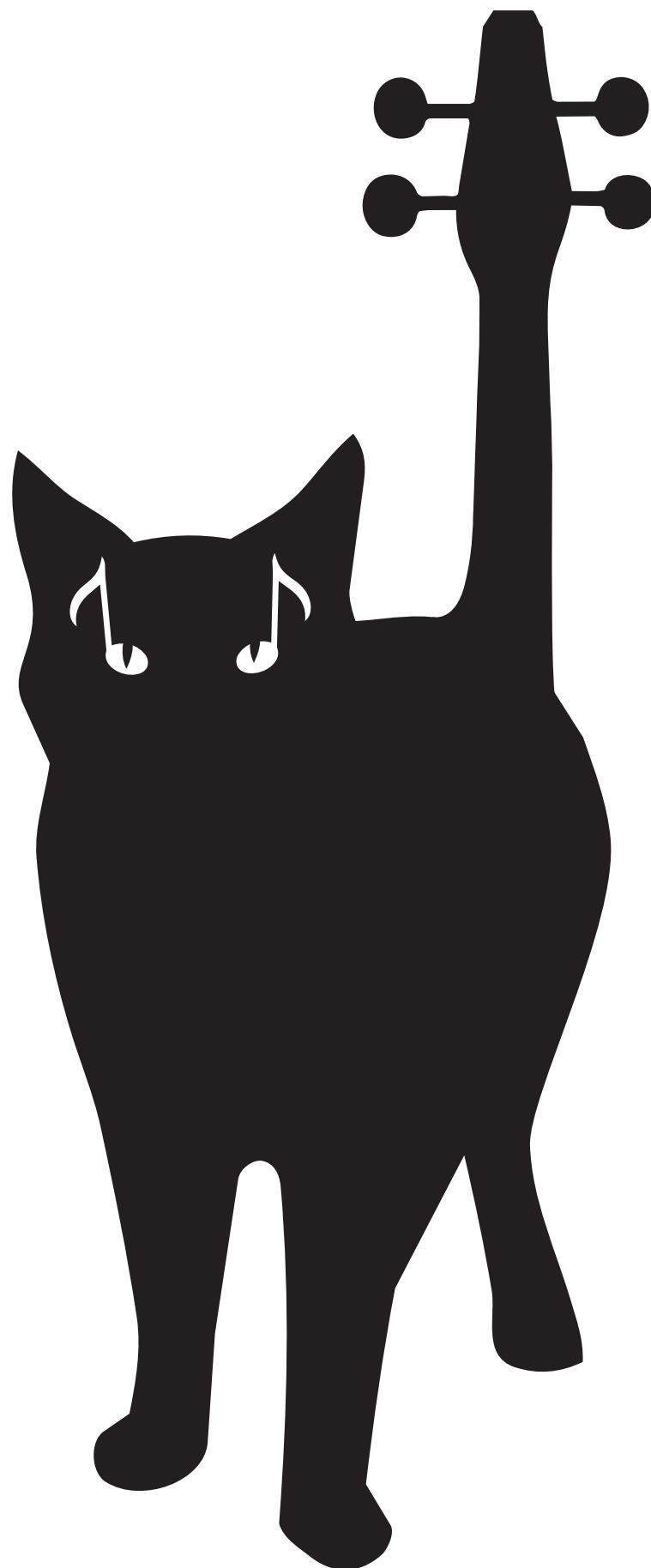




Ilustración: cortesía de Roberto Rébora

La saga de Virtute the Cat y otras canciones felinas

ARTURO G. ALDAMA

Nadie sabe bien cómo, cuándo ni a razón de qué los músicos de jazz empezaron a llamarse “cats” entre ellos. La explicación sencilla es, según, porque andan en la noche y su ejecución privilegia el instinto por encima del cacumen. La sofisticada remite a “katt”, palabra de la lengua africana wolof que designa al encargado de preservar la tradición de la tribu en forma de canción. Si a eso sumamos el muy habitual y machista argot de “pussy” para referirse a una mujer en general y, en particular, al órgano sexual femenino (“What’s New Pussycat?”, inquiría con jiribilla Tom Jones en el tema principal de la película homónima), encontraremos los tejados de la música popular infestados de gatos.

Estrenada en 1970, *Los Aristogatos* sirvió de perfecto aperitivo para la década que nos traería el punk. Si bien existían diferencias melómanas, éstas eran superadas por las afinidades entre las tendencias iconoclastas de la vanguardia pop de la época y la postura irreverente de los felinos en el celuloide. No extraña saber que es uno de los filmes favoritos de Siouxsie Sioux ni que The Cure le haya hecho un guiño con “The Lovecats” (el grupo dio un giro sonoro y visual después de la temporada que pasó Robert Smith tocando con los Banshees). El gato como símbolo de individualidad radical, de libertad absoluta. Se trata de un estereotipo, claro. Al menos, yo tuve un cocker spaniel, Falkor, que se desenvolvía con tal arrogancia, independencia y horas de sueño que serían la envidia de cualquier minino. Quizás me pasó eso que canta Charly García en “Gato de metal”: “Vos querías comprar un perro, pero soy un gato”.

El injustamente menospreciado Miguel Mateos en uno de sus discos antes de ganar fama en México grabó “Un gato en la ciudad”. Empieza con un pianito persistente como pasitos sigilosos; de repente, una guitarra eléctrica rompe la calma. “Camino solo con la noche detrás”, anuncia la letra, y a una edad en que no se me permitía salir a excursiones nocturnas, ésa era la entrada a la madrugada urbana de mi imaginación. La atmósfera es de clandestinidad, como de Buenos Aires en los últimos días de la dictadura o los primeros de la restaurada democracia. Ese gato deambula solitario, pero tiene conciencia de comunidad, sabe que “hay muchos como yo, gatos sin dirección”. Entonces, suelta un zarpazo: “y después preguntan por qué la juventud ama sólo el rocanroool”, grito de júbilo, desesperación y anhelo.

“Yo quiero ser un león, todos quieren hacerse pasar por gatos”, afirman Counting Crows en “Mr. Jones”, una rola que me acompañaba a todas partes durante mi primer año de universidad. Había gatos indispensables en las rocolas de las cantinas de México: “El gato que está triste y azul”, de Roberto Carlos, “La gata bajo la lluvia”, de Rocío Dúrcal, y hasta “El gato y yo”, de Amanda Miguel. Pero ningún felino cantado me conmueve como la saga de Virtute the Cat, trilogía de una banda canadiense tristemente ya inactiva: The Weakerthans.

La gata Virtute está harta. La situación no le deja de otra que presentar un pliego petitorio. “¿Por qué nunca quieres jugar?”, le reclama a su dueño. “Estoy cansada de este hilo de estambre. Ahora duermes casi tanto como yo y no comes gran cosa”. Endurece el tono para hacer una advertencia: “Y escucha: esas canciones miserables que cantas no ayudan mucho, no te harán fuerte”.

Un primer paso para combatir eso que un erudito humano probablemente llamaría “cuadro depresivo” sería armar una reuñoncita. Invitamos al minino atigrado de los vecinos, le avisas a tu hermana, aclarándole nomás que no traiga a su basset hound. Del amo de Virtute podemos argumentar que se trata de un snob, que tiene en alta estima su nivel intelectual o, mínimo, que es lo que algunos círculos académicos denominarían “un clavado”; sus intereses incluyen el murmullo de estática en los casetes, el Hombre Moderno (con mayúsculas), la Guerra Fría y los catálogos de naipes. Para el potencial guateque de “tragos de nena y juegos de mesa”, sería recomendable bajarse un poquito de las nubes y entregarse a pláticas deliciosamente triviales sobre el clima “o cómo era el clima antes”. Hay firmeza en el discurso, pero también afecto; la gata se ofrece, por ejemplo, a hacerse cargo de los bocadillos, puede cazar unos cuantos pájaros, y asunto arreglado.

Hasta ese momento, la canción ha avanzado a galope. Abre una pausa para resaltar su alegato de cierre. “Sólo te interesa beber y ver la tele, y si te soy sincera, eso no me despierta ningún interés”. Concluye con una amenaza: “Juro que voy a morderte con fuerzas y probar tu sangrecita si no le pa-



ras a las mentiras autodestructivas que has estado repitiendo desde que me trajiste a casa”. Y un voto de confianza: “Yo sé que eres fuerte”. Un remolino de batería desata la casi furiosa embestida con la que concluye “Plea from a Cat Named Virtute”, del álbum *Reconstruction Site* (2003). Uno queda un poco aturdido y deseando encontrar a una gatita como Virtute.

La energía del primer episodio ha decaído. “Virtute the Cat Explains Her Departure”, en el disco *Reunion Tour* (2007), inicia con ritmo letárgico, una percusión que apenas es rumor, salpicaduras de guitarra. “Algo tuvo que ver con el gotear de la lluvia, el suelo arcilloso”: nuestra bigotuda heroína una noche percibió una intensidad sin precedentes en el callejón de atrás y sintió que la luna le susurraba “vete”. La severidad casi petulante de la primera canción cede paso a palabras más vacilantes. Ya es una gata vividita, que cambió la calidez de un hogar seguro por la incertidumbre constante de la subsistencia callejera.

Y es que, aun con todas sus ventajas y comodidades, la vida doméstica aburre. Virtute ha corrido aventuras, se involucró en riñas con otros callejeros y hasta con el vecino atigrado de la canción previa, pero el invierno helado le dañó la audición—tiene sus beneficios: puedes dormir en lugares ruidosos—; sin embargo, sólo acentúa la precariedad de su situación, ya no recuerda cuál es el sonido que su amo inventó para llamarla.

La primera vez que la rola menciona el “sonido”, una Virtute recién escapada alcanza a escuchar a su dueño trastabillar por las calles y llamarla con desesperación. “Singing the sound that you made for me”, es la oración en inglés: “cantando el sonido que inventaste para mí”. Virtute todavía escuchaba bien ahí; cabe inferir que no había olvidado aún el sonido, puede que sea la confirmación de un acto voluntario. Virtute no se perdió, *decidió* perderse. ¿Acaso porque su alegato de tiempo atrás probó ser inútil?

“Singing the sound” debe referirse a un silbido o un llamado cantadito, tipo “Viiiiir-tute”. La expresión invoca el milagro de la música para inmediatamente despojarla de supersticiones, reducirla a simple sonido, que tal vez algún día tuvo un significado especial y terminó por fundirse con el paisaje sonoro metropolitano, gránulo en las dunas de la memoria. ¿Qué es nuestra música para los gatos? Puro ruido, seguramente. Las canciones que amamos no sirven para conservar a los seres que amamos; invariablemente los veremos partir, del brazo de alguien más, a bordo de un avión o agonizando en un hospital. “No puedo recordar el sonido que inventaste para mí”. Pero a mí nadie me ha inventado un sonido. Que me consuman, despiadadas, las llamas de guitarrazos.

El último capítulo de la saga no es propiamente una canción de The Weakerthans. Está incluida en *Winter Wheat* (2016), disco solista de su cantante, guitarrista y principal compositor, John K. Samson. Fue bajista de los punketos Propagandhi, a quienes dejó para abrir una casa editorial. Las letras en los cuadernillos de sus cedés no vienen en versos, aparecen escritas en prosa a renglón seguido. Lo considero un énfasis en el valor de esos textos independientemente de las melodías que los revisten. Su más reciente propuesta musical (junto a Christine Fellows) se llama *Vivat Virtute*.

La queja respecto a que el dueño de Virtute se la pasaba chupando y viendo la tele llega a un punto crítico. Dirigiéndose directamente a él, como siempre, en “Virtute at Rest” le dice que la claridad conquistada tras un tratamiento, antidepresivos y siete meses de sobriedad la dejan tranquila; que superadas las neblinas de la adicción, tiene garantía de que podrá acurrucarse “en el fondo de tu cerebro, donde los recuerdos parpadean”. (Hay quien relaciona eso con otro corte del mismo álbum, “17th Street Treatment Centre”. De ser así, la trilogía, como los afamados mosqueteros, en el fondo, constaría de cuatro componentes.)



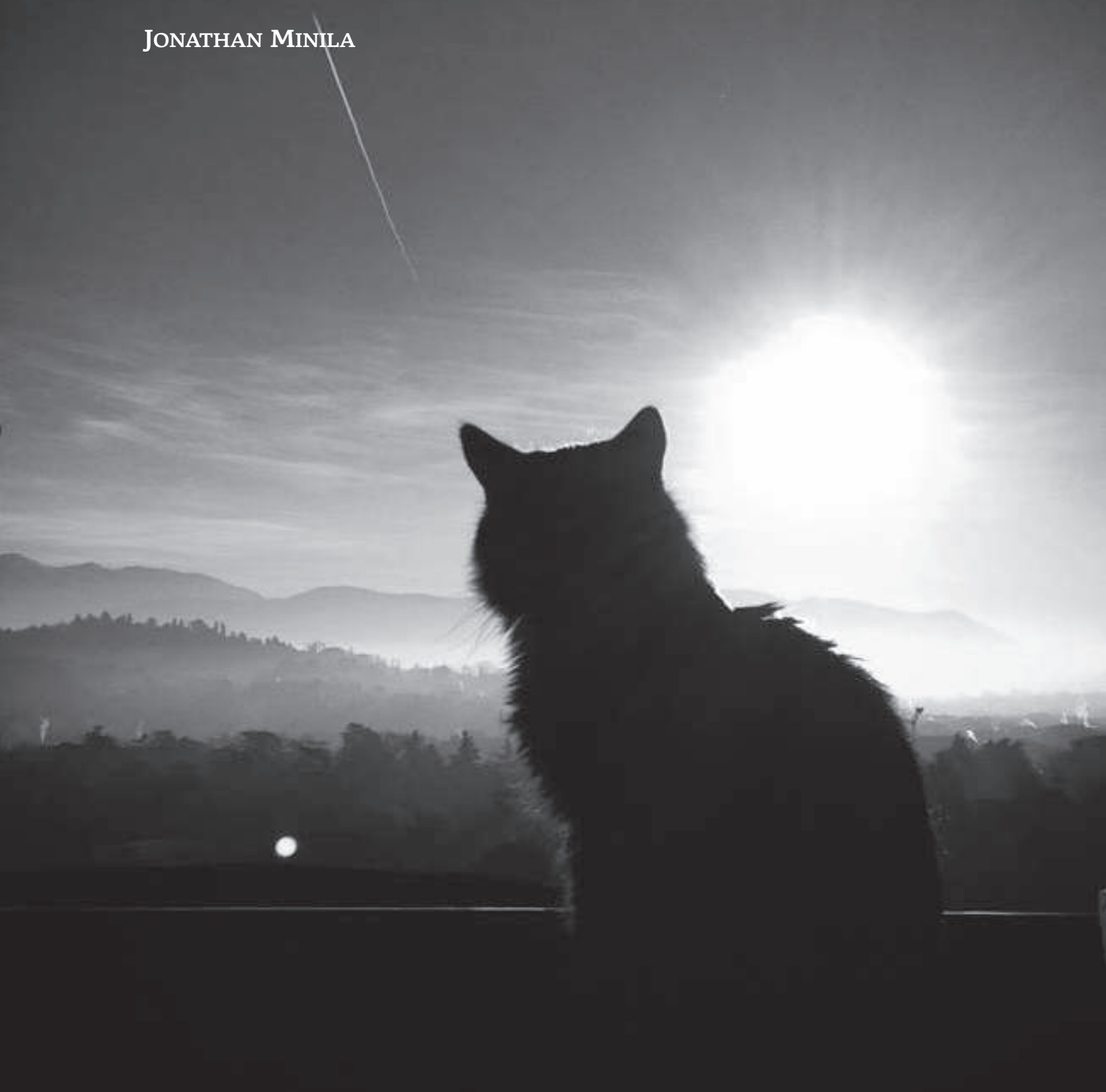
Virtute no ha regresado. Su libertad fue tan brutal que no hubo vuelta atrás, pero misteriosamente se ha mantenido al tanto de su antiguo amo, ya no por dependencia, sino por genuino amor. Han pasado trece años desde que la conocimos en forma de canción, y viene a despedirse. En un minuto y treintaiséis segundos, con escueto acompañamiento de guitarra acústica y su voz más melancólica (que, en realidad, es su timbre natural), Samson transmite las últimas palabras de la gata: “Debes saber que estoy contigo, saber que te perdono”. Si no por su reclamo del pasado, caído en saco roto, le reconforta verlo en una ruta de sanación: “estoy orgullosa de los pasos que has dado”, lo encomia. La superlativa longevidad de los humanos debería conferirles mayor sabiduría; ya está grandecito este compa para darse cuenta de que la vida nunca será sencilla. Un destello del carácter fuerte de antaño emerge: “te clavaré las garras cuando te desvíes”. Por el momento, habrá que descansar. Todo lo que no puedes cambiar “déjalo que descanse, y que así sea”.

Virtute es la mirada de mi perrito Falkor, que abarcaba los secretos de éste y varios otros cosmos. Virtute es mi padre cayendo por unas escaleras, quien nunca recuperará la cordura, que pasará los siguientes once años buscando cómo diantres morir. Virtute es la chica que veía todos los días hasta que la vi partir para no volver más que como en canción de Roy Orbison, “en sueños”. Virtute es los amigos que me dieron la espalda cuando mis medios hermanos me sumieron en la miseria –supongo que nunca aprendí a cantar el sonido correcto para ellos–. Virtute es la gin eternamente postergada con mi camarada Christian; ambos cumplíamos años en marzo y, en abril, un infarto lo aniquiló. Virtute es la despedida que me fue negado tener con mi madre, las despedidas que nunca deseé.

John K. Samson ha aclarado que la saga no es autobiográfica, que él no es el amo de Virtute, suma ficticia de varios gatos que ha tenido a través de los años. Virtute es de todos. ●

El consuelo de regalarte el sol

JONATHAN MINILA



Mientras escribo esto, llevo puesta una sudadera negra que no había usado desde el 2 de enero de 2024, día en que murió Gala. Después de cuatro días y de cuatro noches sin dormir, de abrazarnos, de observarnos prolongadamente, de saber que era la despedida, me di cuenta de que no había nada más que ayudarla a trascender. Ella no lo haría, estaba preocupada por mí. Aprendimos a comunicarnos con gestos, con sonidos, con la mirada. Dieciséis años fueron más que suficientes para que nuestro vínculo se hiciera tan fuerte que aún hoy sigo sintiendo su presencia. ¿Cómo podrían estas palabras transmitir el temblor de mis manos, de mi voz? ¿Cómo podrían transmitir las cuatro noches de desvelo? El ser más valiente y fuerte que he conocido se desvanecía en mis manos. Su cuerpo, mojado por la desesperación de tomar agua, se exponía ante mí en la fragilidad de un mar de pasado. La reina de mi vida, mi compañera, mi cómplice, mi guía y mi protectora. Mi madre, mi hermana, mi hija. Mi maestra.

De Gala aprendí a vivir la vida. En mis peores momentos, mientras mi cuerpo y mi mente se rendían ante la vida cotidiana, era ella quien llegaba con su pequeño y tierno maullido a levantarme. Crecimos juntos. Pasamos épocas de escasez y de abundancia. Alguna vez compartimos una lata de atún, pero tener un patio para nosotros nos hacía los más ricos del mundo. Ahí ella se extendía bajo el sol, siempre en el mismo lugar. Ese que voy a honrar siempre. Siempre fue inquieta. Le gustaba salir, pero volvía al escuchar no mi silbido –que no lo era–, sino el chasquear de mi lengua contra el paladar, como si le llamara a una ardilla. Una o dos veces bastaban para que apareciera su pequeña sombra y escuchara el suave sonido de sus pasos, con lo que ella sabía que yo voltearía a verla. Hoy hago mil veces ese sonido con la boca, pero ella no vuelve más.

Con el tiempo, Gala hacía que me levantara para que la siguiera por el patio, a pasos lentos. No era ya la misma pequeña que rasgaba las cortinas o que marcaba sus patas en una pared por saltar tan alto. Ambos habíamos crecido lo suficiente no sólo para ir lento, sino para disfrutar de un breve paseo. La vida nos había dado la sabiduría del movimiento, más a ella que a mí. Mientras andábamos en círculos, ella volteaba brevemente para cerciorarse de que yo estuviera ahí. Aquella mirada decía: Estamos juntos en esto, no te voy a dejar. Años atrás, corríamos. La perseguía; le lanzaba un hilo, y ella saltaba dando marometas. Ahora los pasos de ambos eran lentos.

Cuando llegamos a la última casa que habitamos juntos, a los dos nos empezaron a salir canas. Me gustaba presumir de eso. Me gustaba sentir que estábamos sincronizados. Como los pasos en la terraza, ambos con menos fuerza, pero ella con la energía suficiente para seguir enseñándome a vivir. Con su mirada decía: Vamos, otro paso más.

La sabiduría de Gala se guardaba en el misterio de sus ojos de sol. Una mirada fija, siempre a la expectativa, siempre alerta. Las semanas previas a dejarla partir, ella parecía saberlo. Comenzó con un despertar abrupto mientras dormía. Su lugar favorito era el sillón; ahí se hacía ovillo, como si en el centro de su cuerpo se encontrara el universo. Alzaba la cabeza y me buscaba de inmediato.

Luego maullaba, para comprobar con mi respuesta que yo estuviera bien. Se levantaba y corría a darme un abrazo, el cual consistía en colgarse de mi pecho, poniendo sus patas delanteras sobre mi hombro izquierdo y su cabeza en mi cuello. Su ronroneo comenzaba al instante. Añoro esos abrazos. A veces creo que aún, como un fantasma, me abraza de vez en cuando. Puedo sentir su calor.

La primera vez que me abrazó así fue dos meses después de quedarnos solos.

Gala llegó a mi vida por un anuncio en la calle. Ahí, en un poste, estaba la imagen de una gatita negra que me cambiaría la vida. No fui yo quien vio ese anuncio: la conocí cuando llegué a casa de trabajar y mi pareja de entonces me advirtió que tenía una sorpresa para mí. “En el baño”, dijo. Abrí la puerta, y la vi por primera vez. Esos ojos que dieciséis años después vería cerrarse con un último suspiro. Me quedé quieto, nervioso, enamorado. Una pequeña gatita totalmente negra. Un ser de ojos de sol que había llegado a darme la mejor de las suertes, aunque en ese momento aún no lo supiera. La cargué, y me sorprendió su tamaño. Cabía en la palma de mi mano. En su ojo izquierdo tenía una infección. Subir a la cama aún era imposible para ella; de ese tamaño era. Estaba cerca la Navidad, lo recuerdo porque destruyó el árbol que pusimos. La destrucción más hermosa y divertida. También rasgó las cortinas y manchó las paredes con sus patitas. Le gustaba molestar a Monet, un perro casi de su tamaño, para luego huir de él. Yo comencé a medir la altura que iba alcanzando, cada vez más.

Entonces nos quedamos solos. Ni perro, ni pareja, ni nadie más. Ella y yo. El primer círculo del camino que nos tocaría recorrer juntos.

Me senté en un sillón, triste, y me le quedé viendo a esa pequeña bola de pelos con ojos hermosos. “Nos quedamos solos, pero no te voy a abandonar”, le dije. Semanas después viajaba ya en una pequeña caja al primer espacio que compartimos los dos, solos, en el centro de la Ciudad de México. Los detalles importan. La calle era José Azueta, frente a la Alameda Central. El pequeño departamento estaba hasta arriba y al fondo de un viejo edificio de cinco pisos. Muchas cosas pasaron en aquel lugar. La ventana de la sala daba a un patio por el que había acceso para otros inquilinos. Gala tenía total libertad de salir. ¿No han pensado que todo sucede por una razón? Yo no lo hubiera creído entonces. Era joven y tonto. La dejaba salir con libertad; luego chasqueaba la lengua, y ella volvía sin falta. También me gustaba presumir la forma que tenía de comunicarme con ella.

A muchos amigos les gusta que les cuente esto como una experiencia graciosa; la verdad es que yo me asusté. Un día, Gala no volvió al sonido que hice con mi boca. Lo intenté una y otra vez, pero no surtió efecto. “Espera unos días”, me decía la gente fácilmente, “los gatos suelen irse, tener aventuras y volver”. A los seis días estaba desesperado. Pregunté por ella, la busqué por todas partes, y perdí la esperanza. Pero una mañana, como si todo nuestro futuro estuviera escrito—esos últimos abrazos, esa mirada suya mientras la sostenía por última vez, los paseos a pasos lentos alrededor del patio—, abrí los ojos y decidí asomarme al único lugar donde no había buscado. Subí a la azotea del

edificio y me asomé al hueco que había entre éste y el hotel de al lado. Entre los muros había algunos pocos metros de separación; los construyen así por los temblores. Hice el chasquido con mi boca, y entonces vi el breve y débil movimiento de su cabeza. ¡Estaba ahí! Había caído cinco pisos y llevaba en ese lugar seis días.

Lo demás es historia. Corrí a la calle. Saltar era imposible, así que pregunté en el hotel si tenían alguna forma de acceder. Les expliqué la razón, pero no les pareció suficiente. Hablé con la casera para ver qué podíamos hacer. Me hizo una sugerencia, un clásico: “Llama a los bomberos”. Sin pensarlo, lo hice. Nunca imaginé que llegaría un camión grande, que cerrarían la calle. El conductor, al verme, preguntó: “¿Dónde está el gato?”. “Gatita”, respondí y señalé el lugar. Ellos empezaban sus maniobras cuando salió personal del hotel para indicarnos que sí, que tenían una puerta de acceso a esa área. Increíble.

Pasamos al lugar un par de bomberos, empleados del hotel y yo. Tardamos en dar con ella tanto que pensé que quizá no había visto bien. Hasta que un bombero gritó: “¡Aquí está!”, y alzó a Gala, que parecía más un trapo. Me la entregó, y yo la tomé entre mis brazos, cargando nuestro destino juntos –ambos lo sabíamos– por quince años más.

Estaba tan en shock que no me despedí de nadie. Subí con ella a nuestra casa y la abracé por horas. Estaba muy deshidratada y hambrienta. La llevé al veterinario, donde le aplicaron suero y la revisaron. Al volver de la consulta, sucedió por primera vez. Me maulló intentando decirme algo y se subió a mi pecho, a mi hombro, para abrazarme ronroneando. “Estaremos juntos por siempre”, le dije. Así fue.

Un par de años después llegó a nuestra vida Cirilo, un hermoso gato blanco, albino, sordo, al que adoptó como su hijo. Nunca durmieron juntos, pero le enseñó a tomar agua con la pata y a no rasgar los muebles. Esa pequeña gatita negra que había llegado del tamaño de mi mano era ahora nuestra madre.

Después, el tiempo hizo lo suyo.

El final comenzó el 30 de diciembre de 2023. La noté débil. Algo intuí, porque llamé a mi madre para pedirle que si algo llegaba a pasar me ayudara. Yo no podría enfrentar solo una despedida de ese nivel. ¿Qué iba a ser de mí sin ella?

Fueron, sí, cuatro noches. Apenas me bañé por atenderla, por estar al pendiente. Días antes parecía ausente; se escondía en casa del vecino y no quería volver, como si no quisiera que la viera mal. Supongo que sabía. Ellos lo saben todo. Después ya no pudo salir, tan débil estaba. Se acostaba en el sillón y no quería comer. Apenas se levantaba. Yo me tumbaba a su lado para vigilarla, y me culpaba por quedarme dormido. Llamé al veterinario; me dieron cita, pero no llegamos a tiempo. Eran fechas complicadas. Vacaciones.

Su fuerza, su amor por la vida: mi esperanza.

La última noche llevaba puesta esta misma sudadera. Aquí la cargaba, la envolvía; hacía frío. Nos acostamos en la cama, y ahí estuvimos mirándonos toda la noche. Ella nunca cerró los ojos. Le leí una carta que Fiona Apple escribió a sus fanáticos cuando canceló una gira por la muerte de su perrita: “Es mi mejor amiga y mi madre y mi hija, mi benefactora, y es la única que me enseñó lo que es el amor”.

Lo demás fue silencio. Fue observarnos prolongadamente.

Le repetí varias veces que cerrara ya los ojos, pero ella no quería. No me quería dejar solo en el mundo.

Gala, la más limpia, la más pudorosa, se hizo del baño en mis brazos, sobre esta misma sudadera. Supe que no había más por hacer, y en la madrugada del 2 de enero llamé a mi madre. “Ven, por favor, yo no puedo”, le dije entre lágrimas. Ella sabía a lo que me refería: necesitaba ayudarla a dejar de sufrir.

Me acompañaron mi madre y mi hermana. La cargaron. Le mostraron el cielo por última vez. “Mira, Galita, el cielo”.

Recordé entonces su lugar en el patio, en la terraza, que tanto nos costó tener, por el que caminábamos lentamente, en el que se tumbaba a tomar el



sol todo el día. Nada me consolaba entonces, salvo haberla hecho feliz.

Lo demás fue rápido.

La acompañé hasta su último momento. La acostaron, yo la abrazaba, y le inyectaron la anestesia. Con eso fue suficiente. Cerró sus ojos para siempre.

Han pasado dos años, un poco más. Hasta hace unos días pude tener el valor de volver a usar esta sudadera. Aún puedo sentirla aquí, protegida. Trato de hacerlo ahora, con estas palabras. Siento como si hubiera sido ayer, es el lugar común.

Gala, ¿cómo le hago para volver el tiempo atrás y ver de nuevo tus ojitos como cuando nos despedimos en esa larga noche de mirarnos fijamente por última vez sin querer decirnos adiós? Crecimos juntos. Nos dimos calor y tiempo en necesidad y en abundancia. Mi compañera, mi cómplice, mi guía y mi protectora. Aún siento tu calor en mi pecho y en mi hombro, tu ronroneo en mi oído.

Me queda el consuelo de haberte regalado el sol. ☀



La misma estrella

MICHELLE PÉREZ-LOBO

Las enfermedades son el lenguaje secreto que nos daña.

Historial clínico, León Plascencia Ñol

Te pregunto otra vez

¿Irías a ser muda que Dios te dio esos ojos?

Altazor, Vicente Huidobro

Después de cinco cuartillas de escritura arrebatada, me doy cuenta de que mis palabras están rozando un filo. Están heridas. No sé cómo seguir. Hablar de la enfermedad renal crónica de Sepia requiere malabares gramaticales de los que no me siento capaz y en los que no me reconozco. La segunda persona, la prosopopeya. Qué gana nadie atribuyéndole cualidades humanas a un felino. Ése no es el punto. Coloco una palabra después de otra con la cautela de la malabarista en la cuerda floja. Son visibles mis titubeos, los pasos hacia atrás. La muerte está allá abajo, es el vacío que envuelve la cuerda, el que rodea a mi gata cada que salta de un mueble a otro.

Este texto es producto de varios intentos. Uno de ellos tuvo su detonante en una búsqueda arqueológica: reconstruir la historia clínica de Sepia a través de mis conversaciones de WhatsApp con sus veterinarias. Me reencontré con el peligro de la hidronefrosis, con el bypass SUB de partes importadas e impagables; los terribles nefrolitos que conocemos como piedras en el riñón y que tapan el uréter y provocan infecciones; las nefronas que se debilitan y las que sobreviven y trabajan a marchas forzadas para compensar; la proteinuria, patente cuando la paciente baja de peso; la urea y la creatinina, fieles brújulas; la mirtazapina y el citrato

de maropitant y la gabapentina y el telmisartán y la prazosina y la inulina de agave como remedios de una u otra cosa, drogas en constante balanceo; urianálisis y perfiles renales y UPC y hemogramas y ultrasonidos que requieren sedación, y por último la terapia de líquidos con jeringas de tres mililitros, la solución Hartmann inyectable, la bureta y los churus, premios sabor salmón que entretienen a la paciente y vuelven la experiencia más llevadera. Ante una enfermedad crónica, el léxico médico penetra en la vida cotidiana porque ésta muta de forma violenta. Nuestros horarios, cómo gastamos las quincenas, con qué soñamos en las noches, si tomamos vacaciones o no; la deficiencia renal tiene el control.

Qué agotador enlistar estas batallas, dar cuenta de los esfuerzos por salvaguardar eso que se llama “calidad de vida”. Qué cansado para Sepia sobrellevar todo esto. Porque lo sabemos, lo sabes tú, de nuevo recurro a interpelarte: llevamos ya más de mil días luchando a sabiendas de que estás condenada. Las nefronas no se regeneran. Nos consolamos con repetir que hoy es siempre. Estás correteando a tu hermano después de consumir media lata de Hills k-d con un chorrito de agua potable. Escribir sobre la muerte de mi gata mientras la observo transportar en la boca un pájaro de peluche y gru-

ñir en señal de victoria. Hasta pareciera que estoy exagerando o que hay esperanzas. Escribir sobre la antesala a esa partida completamente a ciegas: qué compuesto químico se saldrá de rango, qué órgano fallará primero; esa competencia inaudita, esa carrera contrarreloj de las células de un felino de tres kilos y medio que parecieran urgidas por desaparecer. ¿Es esto un acto cruel, de necesidad, de egoísmo puro? ¿Esta escritura que se asoma al vacío, sí, pero sobre todo mantenerte aquí lo mejor que se pueda, aunque sea *a pesar de*? ¿Qué es exactamente lo que necesitas tú?

En otro borrador contaba que hace una semana Sepia y yo nos pinchamos con la misma aguja. La que toca reemplazar en el ritual de la terapia de líquidos. La punta adentro de mi piel fue un accidente causado por mi nerviosismo; sangré, me eché alcohol, me lavé las manos mientras la gata jugaba con un pedacito de cartón, lo aventaba con la pata por el pasillo. La aguja en ella, en cambio, es vital. Es él, su otro humano, quien cada tercer día (una vez a la semana o al mes, depende) perfora con pulso firme ese cuero denso para crear una reserva de agua cerca del cuello. Setenta mililitros de fluido estéril e isotónico. Él lo hace porque yo no me atrevo a cruzar esa frontera. Y durante el proceso ella se impacienta, se queja, pero el tubito de alimento que le pongo en la nariz la distrae. Lame. Seguro que un frío líquido le recorre el lomo durante unos minutos. Se está quieta media hora y después salta para seguir con lo suyo. Nos pinchamos, pues, con la misma aguja, y pienso que *estamos cosidas a una misma estrella*, como en *Altazor* de Huidobro. Entretejidas desde que te aferraste a mi cuello aquella tarde de enero de 2019 cuando fui a buscarte al refugio sin saber que yo era tuya. Desde que te instalaste en mi primer departamento y estrenamos juntas mi primer refrigerador y sofá y bocinas. Atravesamos una pandemia y dos mudanzas. Lloro al recordar el insomnio de los días iniciales contigo. Tu paciencia para enseñarme límites y tus ocurrencias de cachorra.

Nos hemos despedido numerosas veces desde tu diagnóstico en noviembre de hace casi tres años. Hoy nos encontramos en un momento particular de tu vida: una especie de remanso nublado. Mientras escribo esto no hay indicadores de chubasco. Tú hueles ese miedo de hormiga ante el diluvio, es poderosa tu sabiduría animal. Comes, hablas, duermes, saltas, caminas, juegas, vas al baño, bebes, tiras objetos, te escondes, te acurrucas, te acicalas, besas, rasguñas, vuelves. Esta maldita enfermedad y sus intermitencias. Repito tus actos para confirmar que en este instante nada te falta, que en tu familia no estamos decidiendo mal. La nefróloga, pese a los ultrasonidos agoreros y a los zarpazos, siempre pega una estrellita en tu frente al terminar la consulta. La misma estrella. Habrá de refulgir cuando estés lista mediante uno de esos parpadeos sosegados con los que nos comunicamos tantas cosas.

He replanteado los párrafos de estas páginas más de una vez porque, siendo sincera, preferiría no escribir sobre todo esto. Acercarme a los riñones encogidos de mi gata me sobrepasa. Mejor trazo un retrato con el patrón tabby de su pelo, filamentos en tonos tierra, caramelo, dorado. Aquí suena el gorjeo que emite cuando grito su nombre por la casa. Estos sustantivos cargan el peso de su cuerpo al aterrizar en el sofá o en la torre donde toma el sol de las cinco. En estos espacios blancos es perceptible su aliento a pez muerto y agua dulce; mis erres conforman ese largo ronroneo que deposita en mi pecho caliente cada madrugada. Ojalá que deletrear y leer “Sepia” encienda esta página con la luz de sus ojos ocre. Con estas frases reconstruyo su carácter rebelde, furioso; su ímpetu infinito para existir con esa sentencia renal. Espero tener esa misma fuerza para ejecutar sus deseos. Hasta aquí los alcances de mi torpe lengua humana y sus ingenuidades.

Intento escribirte ahora que puedo mirarte muy de cerca, Chepis. Mientras espero tu señal, el último destello. ●

Adiós, Polvorilla*

JOSÉ DE LA COLINA

El jueves 21 de enero de 1988 apunté en mi *Desdiario*: “María trajo a casa un gatito gris atigrado de unas semanas de nacido que huyendo de la persecución de enfermeros y guardianes del vecino Hospital corría aterrado por los pasillos, y el azar lo hizo entrar a refugiarse en la oficina y bajo el escritorio de María [por entonces secretaria ejecutiva del proyecto del Hospital Regional Adolfo López Mateos]. Cuando los perseguidores pretendieron entrar en tromba tras el fugitivo, María se interpuso en la puerta, abrió los brazos en cruz como en un drama del cine mudo y dijo (de viva voz, no en un letreiro): ¡Sobre mi cadáver lo sacarán ustedes de aquí!”

Llegado a la que en adelante sería su casa, el gatito se hizo pipí en la alfombra recién adquirida, me mostró los dientes disparando leves bufidos, me mordió los calcañares y se eclipsó en algún rincón difícil del comedor, donde permaneció invisible por muchos días. Sólo en la avanzada noche salía del escondite para alimentarse en los recipientes de leche y de *kittenfood* y para cagar y mear en la arena de una palangana convertida en el “cacameódromo”.

En un anochecer, cuando veíamos la televisión en la sala, dio los primeros signos de querer trato con nosotros. Los apunté en mi *Desdiario*: “Lunes 15 de febrero de 1988. El primer acercamiento de Edelweiss fue esta noche, a eso de las nueve, en que, sin que supiéramos cómo, se apareció frente a nosotros en medio de la sala, donde veíamos un noticiario de la televisión. Estuvo un largo rato en quietud y silencio, con el solo movimiento de girar la cabeza hacia María y luego hacia mí, yo diría que estudiándonos, y finalmente se acercó más, nos pasó el lomo por los tobillos, volvió a tomar



distancia, a contemplarnos alternativamente, ahora por sólo un minuto o dos, y se alejó a su misteriosa guarida. Ya nos marcó, ya somos suyos, dijo María.” Eran signos de busca de amor y reconocimiento.

El amor se lo tenía ganado desde que brotara en nuestra vida; el reconocimiento tardó unos días, pues, aun si habíamos leído el poema de Eliot sobre cómo nombrar a los gatos, fue difícil hallarle un nombre: ignorábamos su sexo y, por otra parte, ella (que sí, era una *ella*) acaso sospechaba el prejuicio del género humano hacia las gatas embarazables y, por tanto, embarazosas, y procuraba que no se le viera el “asunto” bajo la cola. Así que le habíamos puesto Edelweiss, palabra alemana que suponíamos de género neutro y que significa algo así como “florecilla blanca” o “florecilla de las nieves”. Y el animalito pareció agradecer ese nombre que, reforzado por sus desplantes braveros, parecía conferirle una defensiva condición *macha*.

Cuando por fin se “destapó” y delató su verdadero sexo, consideramos varios nombres, que no fueron fáciles de hallar porque nos negábamos a humillarla con perversiones silábicas del estilo de Michita, Yuyú, Morranguita o Doris... Queríamos un nombre que a la vez fuese familiar, gracioso, expresivo de energía y no muy trillado. Entonces, una noche, cuando, por haber fracasado en la captura de una mariposa atarantada que había entrado y finalmente había salido por la ventana, emitió una metralla de bufidos como explosiones, le comenté a María: “Es una polvorilla”. El sobrenombre le quedó como nombre, y me enorgullece haberlo hallado porque, entre otras cosas, lo creo infrecuente si no único en México. La gatita quedaba distinguidísima con una palabra que le iba muy bien y que el diccionario académico define de este modo: “Polvorilla. Persona de gran vivacidad, propensa al arrebató pasajero e intrascendente.”

Convivir con la Polvorilla era una forma de felicidad. Cuando, tras horas de teclear en mi Acerina

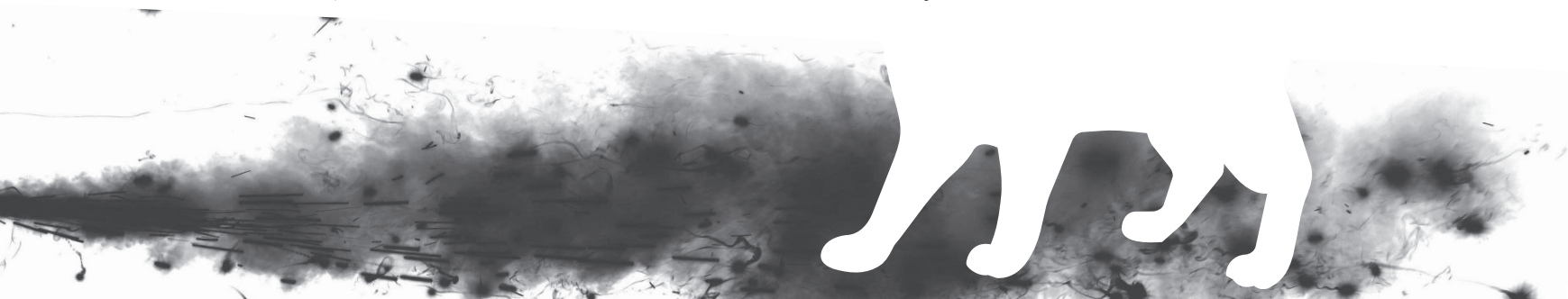
(mi computadora Acer), me quedaba a dormir en el “estudio” para no entrar en el dormitorio interrumpiendo el sueño de María, la gata se trepaba al lecho, me mordisqueaba los pies a través de la ropa de cama, se me acurrucaba en el vientre o a un costado y se dormía ronroneando. Y esto para los dos era un éxtasis.

Además, todo hay que decirlo, no dejaba de tener manías: cuando, siguiendo el ejemplo de Flaubert, leía yo en voz alta lo que acababa de escribir, se sobresaltaba y venía a protestar porque no me reconocía el tono y sospechaba que me hubiera vuelto un impostor, o quizá que me habitara un inquietante *alter ego*. Y si me oía conversar con Gema Amanda, hija de nuestra sirvienta Berta, se ponía celosa, me gruñía ferozmente y me mordía los calcañares. Eran modos a veces tremendos de demostrar su amor, pero, como se diría en romances y se cantarían en boleros: qué culpa tenía ella de haber nacido apasionada.

Creíamos que llegaría a los veinte años, pero desde hace unos quince días había comenzado a ayunar, a adelgazar, a caminar tambaleante, a quejarse con una triste vocecita de saxofón de juguete y quedarse tendida y quieta y aplanada en el suelo, mirando hacia la nada. La atendió con sapiencia y ternura la doctora Laura E. Millé León, que logró que se recuperase algo por unos días. Luego recommenzó su deterioro, ahora más rápido y doloroso. Anteayer casi no respiraba y tenía una mirada vacía. Tras consultar con la doctora, decidimos María y yo acabar con su sufrimiento. Ni siquiera sintió en el pecho la aguja que le paralizaría el corazón.

Adiós, querida, inolvidable, irreplicable Polvorilla. ●

* Publicado originalmente en *Milenio Diario* el domingo 18 de marzo de 2007 y reproducido en *Letras Libres* en junio del mismo año.
© Herederas de José de la Colina.



Los nombres de mis gatos

RAQUEL CASTRO



Morris. Primo. Pulgas. Chacho y Romualda. Siempre que llega un gato a mi vida pienso que le voy a poner un nombre ingenioso, resonante, pero siempre acaban llamándose del modo más raro posible. Beakman. Cucurumbé. Miau II. Miau I. Cuando Miau I se perdió, pasé días recorriendo la colonia, gritando su nombre. Nunca regresó, pero yo me convertí en *La loca que maúlla*.

Güerín-golín. Pillina. Fucifuz. La etapa (larga) en que los nombres eran elegidos por mi hermano fue terrible. *Que se llame Micifuz*, había sugerido mi mamá, y mi hermano dijo: *Sí, Fucifuz*. Lo quise corregir, pero a todos los demás les dio mucha risa. Y se quedó. Dumbo (que es nombre de elefante). Solovino (que es nombre de perro). Cuál (que es un chiste muy malo). Comotú (que es otro chiste muy malo). Fererica (que debió llamarse Federica, pero yo todavía no sabía hablar bien).

He tenido muchos gatos, supongo. Los más recientes han durado más de una década (Cucurumbé murió de quince años, Beakman llegó a los dieciséis y Primo se despidió de este plano a los dieciocho), gracias a que ya no tengo vecinos envenenadores y a que la cultura de la prevención ha llegado, despacito pero seguro, a nuestras vidas: Cucurumbé fue la primera de mis mascotas a la que llevamos a esterilizar, y desde ella somos cuidadosos con vacunas y alimentación.

Antes, teníamos en casa la creencia antigua de que los gatos no necesitaban más que sobras de comida humana y una cama protegida del viento y la lluvia. Los gatos vivían en el patio o en la azotea; se iban por temporadas o definitivamente, y a uno se le hacía pedazos el corazón, pero no creíamos que fuera posible evitarlo. Las gatas tenían camada tras camada y la casa se llenaba con los gatitos que no podían encontrar acomodo con amigos, vecinos y familiares. Por ejemplo, Cucurumbé y Beakman fueron hermanos, hijos de distintas camadas de Miau II, la única mascota que he comprado: me costó quince pesos en un tianguis.

Me acuerdo de cuando Miau II desapareció; la camada de Beakman era de bebitos y Cucu-

rumbé tomó el lugar de su mamá: los bañaba, se dormía con ellos, les hacía creer que los amamantaba (porque no estaba criando, así que no tenía leche). Yo la miraba, gatita adolescente, cuidando de sus hermanos bebés, y me conmovía tanto que lloraba. Siempre he sido muy llorona, pero como además hacía poco tiempo de la muerte de mi mamá y de algún modo me sentía responsable de mi hermano, pues me proyectaba en la historia de mis gatos.

Todavía en estos momentos, mientras recuerdo la escena, siento un nudo en la garganta y me pregunto qué habrá sido de Miau II: ¿la habrán envenenado o atropellado?, ¿estaría enferma y buscó un lugar secreto para morir?

Los gatos tienen ese hábito: si se sienten muy mal, se esconden para que no puedan atacarlos sus depredadores. Uno de los hermanitos de camada de Beakman tuvo un accidente horrible: estaba lloviendo y se escondió debajo del coche. Mi hermano iba a salir, y... Yo vi cómo una llanta pasó por encima del gatito y cómo éste alcanzó a correr, lejos del auto. Ni mi hermano ni mi papá me creyeron: si lo hubiera atropellado, el gatito habría quedado ahí, tirado, quejándose, o ya muerto. Pero yo vi lo que vi y pasé dos días buscando al gatito, hasta que encontré el cadáver bien escondido detrás de la caja de herramientas de mi papá. Estaba tieso, tieso. ¿Cómo olvidarlo? ¿Cómo no llorar por el gatito que no alcanzó a tener un nombre y que murió espantado y solo entre el polvo, antes de tener siquiera la oportunidad de hacerle callo a los cojincitos de sus patas? Lo enterramos en el jardín, en el mismo lugar donde, dieciséis años después, enterramos a su hermanito de camada.

No creo en la vida después de la muerte, pero me gusta fantasear con que Beakman se reencontró con su hermana Cuca, que murió un par de años antes que él, y que juntos se dedican a comer pedacitos de queso (su golosina favorita) y a tomar el sol, echados uno junto al otro, mientras Morris le lame las orejas a Primo y Pulgas se sienta en el regazo de San Pedro. Estas ideas, bobas y ligeramente heréticas, me traen algo de consuelo.



Y es que es impresionante lo mucho que puede doler la muerte de una mascota. Yo tengo una hipótesis al respecto: cuando muere un ser humano, el luto incluye una etapa de enojo contra el fallecido, en la que te acuerdas de sus fallas y, sobre todo, de sus ofensas, lo que te permite olvidar a ratitos el dolor para concentrarte en la ira, y eso ayuda a superar la separación. Pero cuando piensas en un animalito que sólo te dio cosas buenas, que confiaba en ti por completo y que jamás te guardó rencor —ni siquiera cuando lo pisaste sin querer o cuando lo llevaste a operar de alguna dolencia que le molestaba, sí, pero que no comprendía—, ¿cómo vas a enojarte? Así que sólo tienes ese dolor hondo pero *de clóset*, porque da pena mostrarlo, porque sientes que nadie más podrá comprenderlo, o que quizá será tachado de trivial, de absurdo o de injusto.

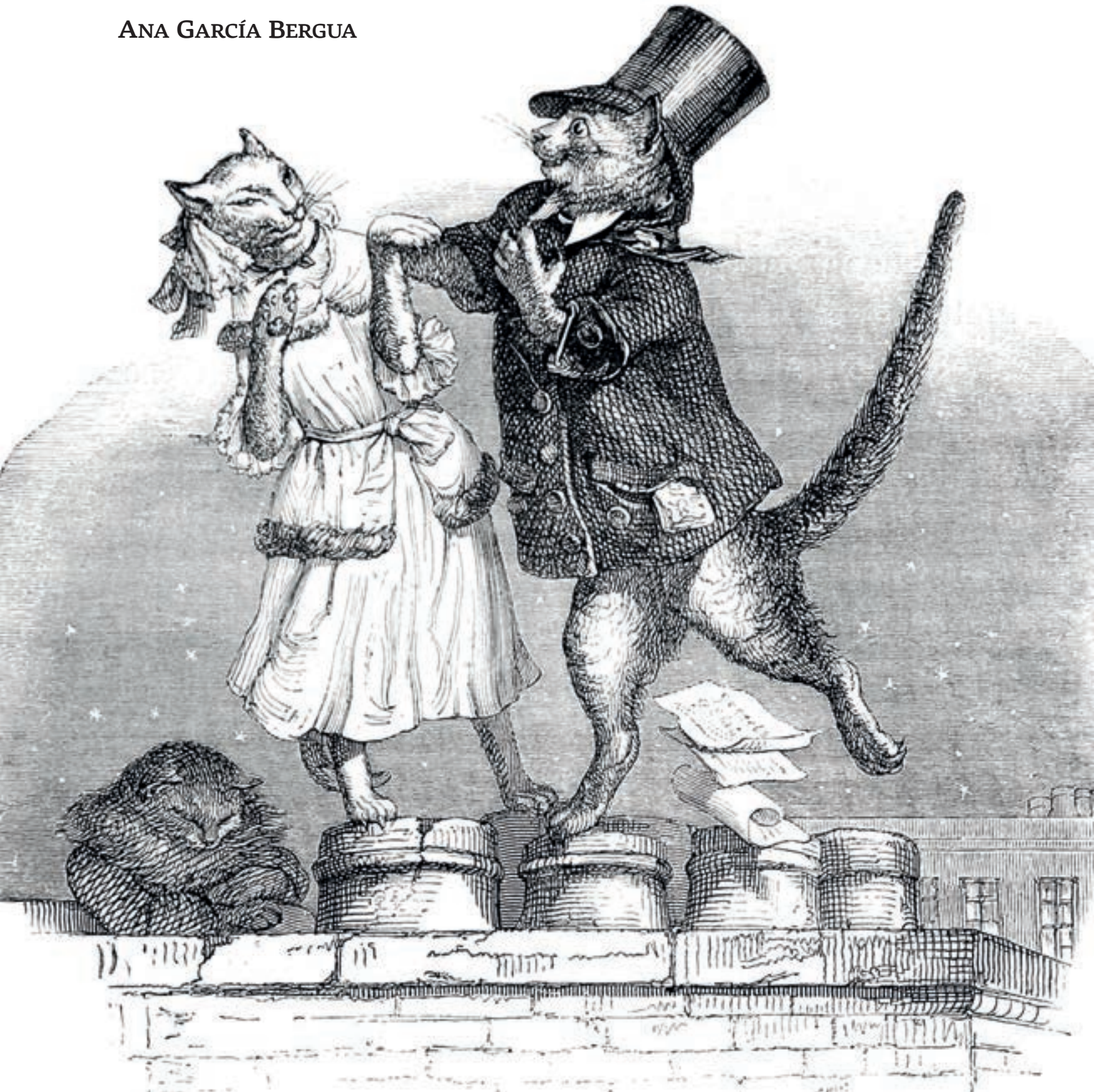
Absurdo sí es, por supuesto. Yo me lo decía una y otra vez mientras, inclinada sobre la mesa de operaciones, no podía dejar de llorar, mientras Pulgas respiraba sólo porque seguía conectado a una máquina. Lo habían anestesiado para hacerle una intervención menor, pero tuvo una complicación con la anestesia. El veterinario me dijo que no se podía hacer nada más que alargarle ese estado o hacerle la eutanasia. *Pues sí, que no sufra*, dije, con la voz firme y sin una lágrima en los ojos. Pero cuando me dejaron pasar a despedirme de él a solas, toda esa fortaleza se desmoronó. Entonces el nudo en mi garganta creció hasta convertirse en una bola de vidrio molido y tachuelas, y luego comencé a sollozar primero y a llorar después. Luego medio me compuse lo suficiente para hacer algún trámite y regresar a casa. Entonces, nada más ver a Alberto, mi esposo, lloré en sus brazos. Creo que ése ha sido uno de los momentos en que me he sentido más intensamente unida a él.

Cuando murieron Pulgas y Morris, ya estaban con nosotros los hermanitos Chacho y Romy. A Romy la adoptamos porque se parecía muchísimo a Primo; y a Chacho, porque era hermanito de Romy y no quisimos separarlos. Pensé que esa vez sería mi oportunidad de elegir nombres *de alta gama*, pero descubrimos que uno no puede poner un nombre y ya: tiene que quedarle al gato, ir con su cara, con su personalidad. Y si son dos gatitos que todavía no descubren que son entidades independientes, los dos nombres tienen que hacer juego. No podían ser Sartre y Beauvoir o Pepel-toro y Chorreada porque ellos eran hermanos, no esposos. Podrían ser Charlotte y Emilio (Brontë), Jacobo y Wilhelmina (Grimm), Carlos y Groucha (Marx), pero no parecían quedarles bien. También pensamos en Tolkien y LeGuin, Nunó y Bocanegra, Pérez y Prado. Pero los nombres se resbalaban de la zalea de nuestros gatos como diciendo *No, no soy el adecuado*. Entonces, en un acto de egocentrismo, propuse que podían ser Horacio (como un personaje de Alberto) y Atari (uno mío). Lanzamos los nombres contra los animalitos. Atari rebotó sin remedio. Horacio pegó, pero cambiado: Torcuato Horacio Amundsen, fue como le quedó bien, pero el gatito nos miró con una expresión que sólo podía significar: *Pero mejor díganme Chacho. O mejor, Chachito*. Y su hermanita, de pronto, puso una cara de Romualda Fererica Segunda que no pudimos discutir (tiene lógica: su cara es cien por ciento de Romualda, Fererica es en homenaje a mi primera gatita y Segunda es por su parecido con Primo).

Y, en todo caso, ya no pienso en cómo le pondré a mi próximo gato: mejor pienso en pasarla bien con estos dos, que cuando corren de madrugada por todo el departamento parecen media docena. ¿Será que era mejor ponerle un nombre y no tres a cada uno? ●

Greguerías dictadas por un gato*

ANA GARCÍA BERGUA



El gato sólo obedece a su Sueño.

*

En las pupilas del gato vive otro gato más pequeño
y flexible que al saltar le dicta sus secretos.

*

La espina dorsal del gato se curva y se tensa como
la cuerda del violín para producir el lamento del
maullido.

*

A un acuarelista chino y distraído se le derramó el
agua sobre el dibujo e inventó al gato siamés.

*

De noche, el perro dormido a un lado evoca la fo-
gata y la cueva; el gato acurrucado en su rincón, la
antorcha y el templo.

*

Los escritores necesitan contemplar a los gatos
mientras escriben, pero los gatos también necesi-
tan a los escritores para que los contemplen mien-
tras duermen.

*

Los gatos leen la escritura del vuelo de los insectos;
a veces de un zarpazo les corrigen la ortografía.

*

La pata del gato es como la supuesta bondad hu-
mana, esa suavidad encantadora que en el momen-
to menos pensado puede sacar las garras.

*

El arreglo con la fiera es necesario y cuidadoso: yo
te alimento y tú no me devoras.

*

El ronroneo del gato dormido en el sillón, radiador
del pensamiento.

*

Por el sueño del gato desfilan pájaros y ratoncitos
como en un caleidoscopio.

*

La mano se arriesga a cruzar el puente que va de la
cabeza a la cola; en sentido inverso, el cruce puede
ser mortal.

*

El maullido es una canción larga, melancólica y en-
gañosa, una versión distorsionada del canto de las
sirenas para convertirnos en esclavos de los gatos.

*

El gato del teatro dirige con la cola su orquesta
invisible.

*

Desde el gato la sombra me mira.

*

Veo a mi pequeño gato siamés, y me parece un dios
antiguo, una figurilla a venerar que, cínicamente,
lo sabe.

*

En la cola de nuestro gato tendemos nuestros ro-
pajes las señoras cursis.

*

Todos los gatos se parecen un poco a Marcel Proust.

*

Los ojos verdes de los gatos, recuerdos de un árbol antiguo y mágico cuyas hojas se dispersaron entre las fieras.

*

El pelo y los bigotes erizados de los gatos son antenas que convocan el auxilio del rayo y la centella.

*

El gato duerme con espalda en C: la cola doblada, el espinazo curvo, las patas delanteras que abrazan a las traseras, su bigotona carita de señor.

*

Pájaro y roedor, en el murciélago vive el imposible deseo del gato.

*

En los bigotes de los gatos tañen sus canciones los fantasmas.

*

En la oscuridad todos los gatos son pardos, excepto los gatos negros, que salen a fundirse con la noche.

*

El agua a la que temen los gatos se estanca en sus ojos azules.

*

Los gatos atigrados llevan la escritura de su vida a cuestras.



*

El gato siamés trae señaladas en negritas sus partes importantes.

*

En un principio, la fiera perezosa quiere asesinar con la pura admiración; sólo cuando no lo logra saca dientes y garras. 🐾

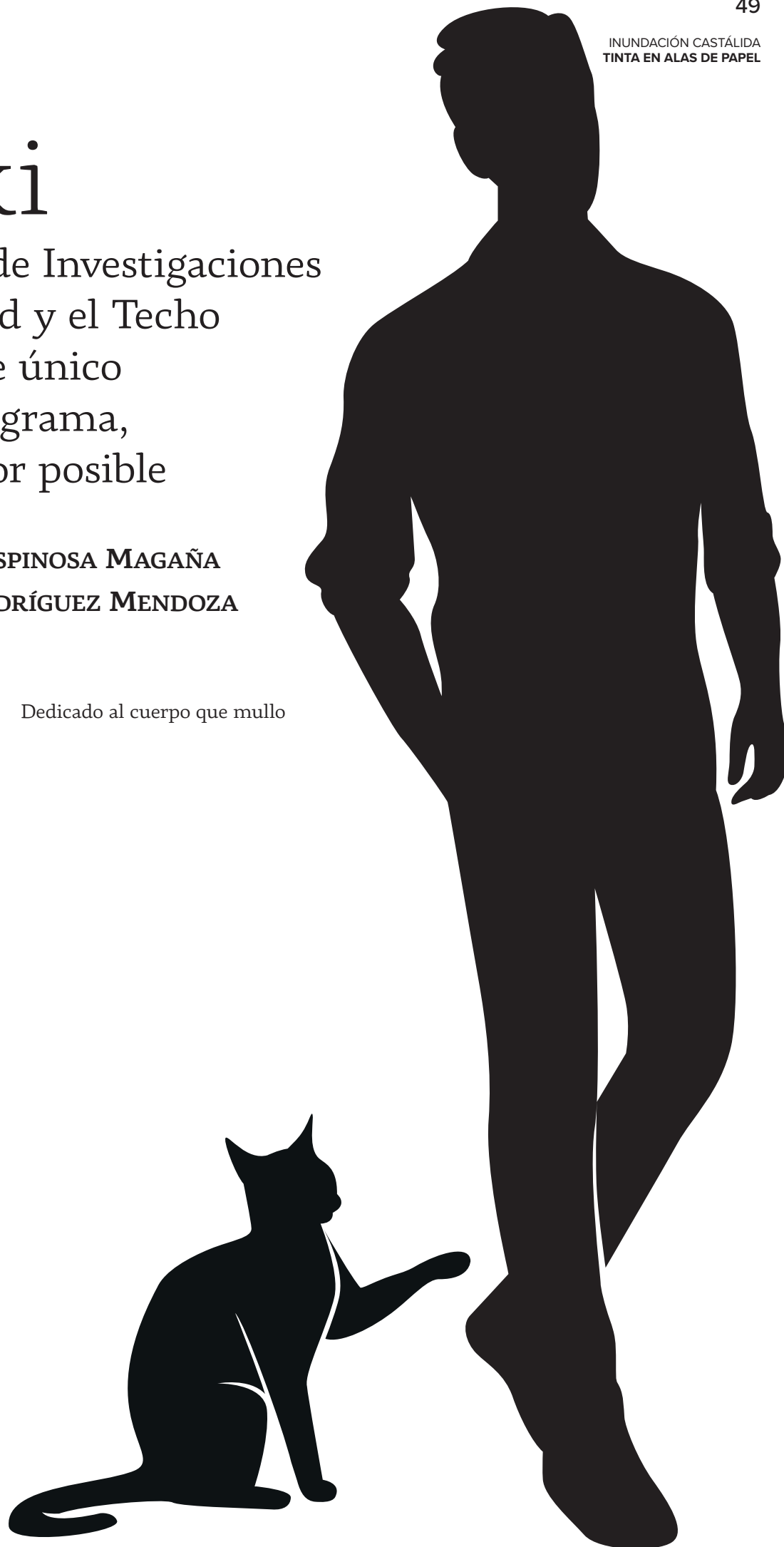
* Publicado originalmente en la columna de la autora "Husos y Costumbres", en *Laberinto de Milenio*, Ciudad de México, 15 de abril de 2022, <https://www.milenio.com/cultura/laberinto/greguerias-dictadas-gato-ana-garcia-bergua>.

Miki

Instituto de Investigaciones
de la Pared y el Techo
Integrante único
del organigrama,
sin exterior posible

ATAHUALPA ESPINOSA MAGAÑA
XITLALITL RODRÍGUEZ MENDOZA

Dedicado al cuerpo que mullo



Día cualquiera

Ayer ignoraste al gato abajofirmante. Te divertías con gatitos de internet, como si prefirieras tacos bidimensionales en tu plato.

Más tarde, seguías en la pantalla. Ahora con expresión torturada, y pensé ah, lo que llaman trabajo. Te interrumpí para distraerte con algo más grato: un ronroneo, el tobogán de mi lomo, el camino que lleva la concentración hacia el pliegue donde se disuelve el tiempo.

Fue inútil.

Cuida mucho a tus obligaciones. Acarícialas.

Ahora vine a buscar ese pliegue dentro del mueble en el que guardas las cazuelas. (Más temprano, la abriste y entré sin que me vieras.) Ahora que la abres de golpe, esperas que te agradezca, como si me hubieras “rescatado”. ¿Podrías volver a cerrar la puerta, por favor? Necesito unos minutos más.

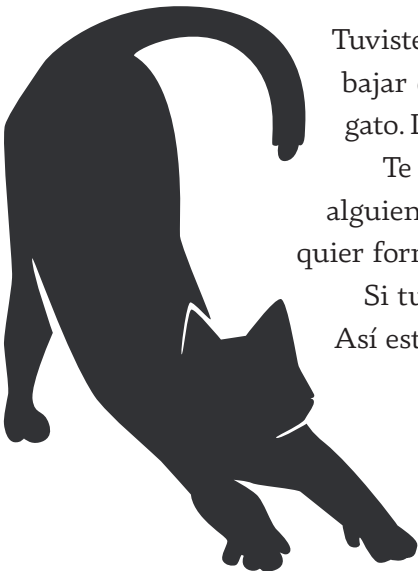
(Valga precisar que no deben leerse las líneas anteriores con tono de rencor o siquiera recelo. Existen dos clases de gato: aquellos que viven para vengarse y los que olvidamos todo al cabo de tres minutos.)

Entre otras cosas, llegué a la conclusión de que la venganza es estéril, como lo somos muchos gatos domésticos. Sin embargo, la venganza no es un gato doméstico.

Día inexistente

Hace unos momentos, la pelusa estaba viva mientras jugaba con ella y dejó de estarlo cuando perdió mi interés.

Cualquiera diría que el juego de matar pelusa es una forma de autoengaño. Pero el autoengaño necesita ser atestiguado para existir. De otra forma, la creencia es verdadera.



Tuviste que salir para trabajar en un día helado. Los gatos podemos trabajar desde casa cuando hace frío. No comprendo por qué no eres un gato. La pasaríamos mejor.

Te recomiendo algo que me ha funcionado: evita el dinero. Encuentra alguien que lo maneje por ti y te provea de las cosas en las que de cualquier forma gastarás el dinero.

Si tuviera dinero, compraría pesos a dos pesos hasta quedar en ceros. Así estoy bien, gracias.

Día ignoto

Partamos de que confundo los días entre sí. El hecho de que me guste casi todo dificulta la percepción del paso del tiempo. (También dificulta pensar, testimonio de lo cual son estas líneas.)

Ayer no sucedió nada. Como cada día. Es decir, fue fascinante.

Hubo algo que la gente llamaría silencio. Alguna vez me explicaron qué es y no entiendo cómo creen posible algo semejante. Hasta ahora, sólo he logrado entrar al punto en la pared que veo durante horas. (Todo gato consigue entrar ahí, eventualmente.)

Para alguien con una curiosidad compulsiva, una puerta abierta no es una invitación, sino imposición para asomarse. Sucede que veo puertas en todos lados.

Si miras con atención, sabrás cuál punto de la pared es un portal y cuál una estación de radio que programa gente muerta.

Día ilegible

Me han dicho (o lo he escuchado de tus visitas, no estoy seguro) que mi cara es graciosa. Todo mundo parece entender ese chiste, excepto yo. Cada quien, sospecho, es su propio chiste incomprensible.

No me fío del espejo entre otras cosas porque, desde fuera, me hace aparecer como uno solo. Muy parecido a tu mirada.

Los años no pasan, sino que las diferentes personas que eres se mueven a través de ellos. En algún punto sigues comiendo tu desayuno del 15 de julio de 2014 (cuando yo era un bebé). Puedes saludarte al pasar.

Tengo sueño y eso traslapa los bordes de mis ideas. Sigo capaz de “pensar”, pero no logro ver dónde quedó el vaso de agua que tiré en la alberca.

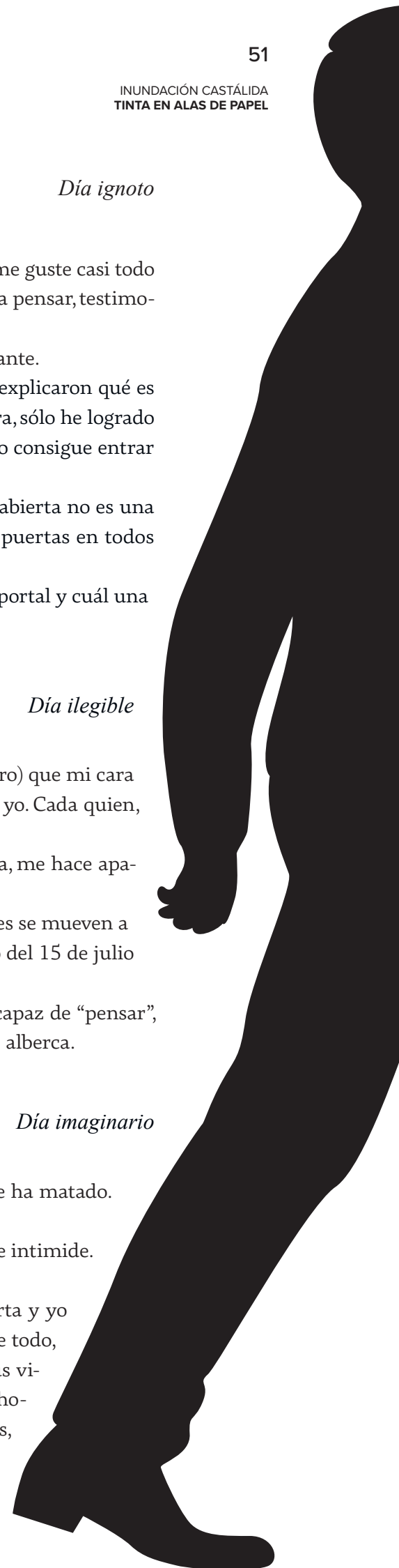
Día imaginario

Feliz cumpleaños. Es día de felicitar a toda la gente que no te ha matado.

Un día dejarás de cumplir años.

Cuando mueras, ven a visitarme. No dejes que la muerte te intimide. Es sólo un cambio de marco teórico.

Te voy a querer más cuando estés muerto. La gente muerta y yo tenemos un récord impecable en materia de relaciones, sobre todo, porque me tiene mucha paciencia. Sólo me desconciertan sus visitas arbitrarias. A veces me despiertan y me hablan durante horas, esperando que descifre sus peticiones, casi siempre simples, como “oscurece más ese rincón”.



Desde hoy sé cómo serás cuando seas mi amigo muerto. Me entenderás mejor. Es como ver a las personas en 4D, donde la cuarta D es el fantasma que cada quien deja tras de sí al morirse y antes de eso lo lleva consigo a todas partes.

Día no

Lo único que necesitas recordar es la lista de cosas por olvidar. Puedes tachar cada cosa que olvides definitivamente, hasta que en esa lista no haya nada sin tachar. El fin es olvidar.

Sé como un gato que no necesita saber el significado de “gato”.

La novela que escribo no incluye palabras. Trata sobre algo que llaman mundo exterior, en la mejor tradición del género fantástico.

La mejor manera de desaparecer, o al menos de que se olvide de ti quien lo necesite, es hacer lo mismo todos los días, en el mismo sitio.

Tu gato quiere apoderarse de tu alma. Déjalo, sabe lo que hace.

Efectivamente, no estoy haciendo nada. Puedes acompañarme. Somos buenos en esto, ¿no?

Todo día

Soñaste que yo tenía un trabajo y hacía todo mal, pero no importaba. Nada importaba. Ponía una canción y le gustaba a todo mundo.

“Todos quieren ser ya Gato Jazz”-Los Aristogatos (Tin-Tan)

Racha. Una palabra ahora sobreexplotada por aplicaciones como Duolingo, Running de Adidas y a saber por cuántas más. Apesta a término, a tiempo podrido, a entrenamiento paramilitar para usuarios, osarios, no del internet, sino de sus propios abismos. Rachas para crear *engagement*, otra palabra odiosa y, además, prestada. Más explosiones de la ch, ese sonido que asusta a los gatos, ese antónimo de psp.

“Dueto de gatos”-Rossini (Kiri Te Kanawa y Norma Burrows)

Sin embargo, Chai se llama Chai. Con ch y con espuma. Como Churu. Como Church: Winston Churchill. Responde a su nombre y a su nombre y a su nom-

bre, y al mío, tan breve, como tos pero mío para que Chai lo maúlle, lo mastique, lo desgarré: tan mío que pronto se vuelve pío en el feroz hocico del pipiolo.

“El gato viudo”-Chico Che

A Chai le gusta el cha-cha-chá, le gusta Chico Che y la Crisis.

“Like a cat”-Cyndi Lauper

No puedo volver con Chai antes de un par de semanas porque no tengo saldo para comprar tiempo sin trabajo. Rebaba de la pantalla del celular, estoy impedida a romper esa secuencia, esa cardo de vacío. “Chai vomitó pastito”, “Chai se me está restregando todo el tiempo, como Punch a su peluche”, “Punchai”, me dice su papá cada noche. Ése es mi noticiario favorito. 🐾



Acariciar al gato

ANA CLAVEL

Ilustración: cortesía de Roberto Rébora



De todo el orbe animal, sólo el gato es perfecto. Los adjetivos se desbordan para dar fe de su enigma: hechizante, orgulloso, profundísimo, irreverente, immaculado, gimnástico, perezoso. Neruda nos recuerda en un poema la elástica curva de su lomo, “firme y sutil” como “la línea de la proa de una nave”. No son pocos los que le tributan una admiración sin par. Como Da Vinci, a quien se le atribuye esta afirmación: “el más pequeño de los gatos es una obra maestra”. Se equivocan aquellos que lo tildan de egoísta e indiferente: es que no han sido amados por un gato, ni disfrutado el terciopelo de su fricción sensual, sus manitas impecables, sus besos tenues... Algo de esa dicha conoció el libresco Borges, quien le dedicó un poema a su pequeño Beppo, no sin antes sonreír al recordar que así se llamaba también el gato de Lord Byron.

Muchos escritores se han dejado fotografiar con sus mascotas preferidas, imágenes memorables: Mishima, Hemingway, Kerouac, Cocteau, Foucault, Cortázar, Garro, Monsiváis y un largo etcétera. La fascinación que ejerce en nosotros los humanos quizá tenga que ver con la magia hipnótica del fuego y la contemplación que nos sumerge en los misterios inefables de la belleza.

Muchos cuadros se han pintado de madonas, vírgenes, cortesanas en los que la presencia de algún minino retozón o taciturno no hace sino atraer los sublimes cielos del arte a la vida cotidiana. ¿Cómo no recordar a la frontal y complaciente *Olympia* de Manet con su gato erizado al sorprendernos espíandola? ¿O las ninfulas resplandecientes de Balthus, tan plenas de gracia e indiferencia como los gatitos que las acompañan? Es sabido que Balthus fue devoto de las ninfas adolescentes y de los gatos eternos. Una de sus primeras series estuvo dedicada a Mitsou, una mascota de su niñez. Muchos años después se pintaría a sí mismo como un hombre-gato po-

deroso, con un trinche y un cuchillo afilado, dispuesto a devorar un arco iris de peces que surge del mar y se derrama directamente sobre su plato dispuesto y anhelante.

Baudelaire le dedicó varios poemas en sus *Flores del mal*, y comparó su piel eléctrica con la de la mujer, lo mismo que su mirada, “profunda y fría, capaz de herir como un dardo”. No son pocos los que han equiparado la esencia del gato con la de la mujer. En sus representaciones más antiguas se le adjudica un *status* divino. Así, la diosa egípcia Bastet, patrona de la danza, la alegría y la maternidad, era representada con cabeza de gata. El carruaje de Freya, diosa nórdica de la sexualidad y la lujuria, era tirado por un par de felinos. En cambio, en la Edad Media se le asoció con el diablo y la brujería, y llegó a ser un espectáculo la quema de gatos en las hogueras de la Noche de San Juan.

Veneración o temor, como esa otra figura a la que frecuentemente se le asocia: la mujer, a veces idealizada como la *femme fragile* o satanizada como la *femme fatale*. Bob Kane, uno de los creadores de Batman (junto con Bill Finger), solía decir: “Los gatos son tan difíciles de entender como las mujeres”. No en balde la contraparte del superhéroe es la supervillana Gatúbela. En cambio, Charles Bukowski no se cansó de alabar a la mujer sensual, como una hembra mayor de los felinos, en su poema “¿has besado alguna vez a una pantera?”

Victor Hugo añadió a la lista de virtudes del *Felis catus* un goce tentador al señalar que Dios creó al gato para brindar al hombre el placer de acariciar un tigre –o, en su caso, una tigresa–. Algo muy semejante a lo que escribió José Emilio Pacheco en su poema “Gato”: “Ven, acércate más. / Eres mi *oportunidad* / de acariciar al tigre / –y de citar a Baudelaire”. Es que el gato despierta caricias con sólo mirarlo. Como sucede con todo objeto del deseo que nos hace sus vasallos. ●

Conversación mañanera con mi gata Coco*

ALEJANDRO TOLEDO

Son las seis de la mañana en un viernes de vacaciones... y de todos modos despierto a esa hora, voy al baño y luego me detengo un rato en la cocina, para instalarme al fin en el sillón grande de la sala. En este ritual me acompaña mi gata Coco, que se levanta conmigo. La ida a la cocina es porque exige que la acompañe mientras come sus croquetas. Y ambos, usualmente yo del lado izquierdo y ella del derecho, nos acomodamos en el sillón. Es lo que hacemos casi todas las mañanas. A veces leo. Si la modorra persiste, dormimos juntos otro rato. A las ocho, desayuno; y a las nueve salgo rumbo a la oficina. Nada de eso cuenta ahora porque estoy de vacaciones. Tomo la computadora portátil y la enciendo.

—¿Qué haces? —me pregunta la gata.

—Escribo algo.

—¿Sobre qué?

—Un perro, se llama Rudolph. Es un perro de ficción, está en una novela de David Martín del Campo, *Abí viene el lobo*.

—¿Lobo o perro?

—Perro y lobo. Este último es su dueño, que se apellida Wolf. Es de origen alemán, aunque ha vivido casi toda su vida en México, y es de oficio fotógrafo. Se hace llamar, nunca mejor dicho, Axel Moritz Wolf, y fue conocido como “el fotógrafo de los presidentes”.

—¿Y el perro?

—Es un setter. Lo acompaña en su viaje por el país. Van de aquí para allá en su Tsuru, dando conferencias sobre fotografía, y conversa mucho con Rudi. Se entienden muy bien.

—¿Conversa con el perro?

—Sí, tienen buenos diálogos. Algo que me gustó del libro es que en las conversaciones, en general, se resuelven muchas cosas. El autor sabe armarlas, y eso hace muy ágil la lectura. Uno siente estar escuchando a los personajes. Yo diría que es una de las virtudes del libro: el narrador es un buen dialoguista.

—Y dices que el personaje habla con el perro...

—Sí, como ahora hablamos tú y yo, Coco.

—Tienes razón. No discutiré eso.

—En la página 175, recuerda Axel un libro de John Steinbeck, *Viajes con Charley*, en el que el narrador estadounidense recorre las carreteras de Estados Unidos en compañía de su perro Charley. “Era el año 1962; le acababan de anunciar lo del Premio Nobel”, nos dice. Supongo que en eso se inspira.

—Curioso.

—Yo una vez, cuando vivía en San Miguel de Allende, viajé con mi gato Merlín a San Luis Potosí. Salimos temprano y regresamos por la noche. Recuerdo haber paseado por el mercado de La Merced en busca de enchiladas potosinas, e iba con Merlín en los brazos, bien agarrado para que

no se me escapara. Creo que no se la pasó bien. Mareado y somnoliento casi todo el viaje. A Rudi su dueño le da whisky, para que se adormezca, lo que es matarlo poco a poco. El perro conoce bien a su dueño. En algún momento, en la página 178, le dice: “Eres un mamón. [...] ¿Qué pretendes con ese jugueteo? ¿Meterle mano? ¿Cogértela más al rato? ¿Por qué no mejor le cuentas tus días con Heinrich Hoffmann, cuando Leni te envió con él para aprender en su estudio los trucos de la luz? Y la sorpresiva visita que hizo él con su séquito paramilitar. ¿Te acuerdas o no te acuerdas?”

—¿Me estás preguntando?

—No, es un pasaje del libro. Rudi es como la conciencia de Axel, pero lo emborracha. Es decir, emborracha a su conciencia. Y también se le escapa el perro en Monterrey, en busca de una hembra. Aunque lo reencuentra gracias a la plaquita metálica que tiene sus datos.

—¿Y de eso trata el libro, de los diálogos entre Axel y Rudi?

—El libro es sobre Axel, un anciano fotógrafo que se deprime un día porque lee en *El País*, el 13 de septiembre de 2003, que la Kodak cierra su planta en Rochester, y eso para él marca el fin de una era. Va al armario, y se despide de sus siete cámaras: una Horizon rusa, la Nikon clásica, la Leica III, una Hasselblad, la Yashica de mirilla con telémetro, una Rollei y una Canon. ¿Son siete?

—Sí, siete.

—Y luego le llevan el regalo de un archivo rescatado: se trata de un libro de desnudos que le confiscó el gobierno porque entre las celebridades retratadas aparecía Esperanza López Mateos, hermana rebelde del que se perfilaba como candidato a la presidencia de la República. Y décadas después le reeditan

el libro, y con ejemplares en la cajuela, el maduro fotógrafo se va de viaje por el país, en el Tsuru, con Rudi, con gastos pagados por Conaculta...

—Ya me perdí. ¿Por qué lo leíste?

—Me encontré con el autor en la Feria del Libro de León; dimos una plática juntos sobre crónica. Me obsequió el libro; le eché un ojo, y me cayó bien el personaje Rudi, el perro, y también su dueño, que se hace llamar Axel. Son más de trescientas páginas, y se lee con buen ritmo. Se cuentan muchas cosas: cómo salió de Europa, su llegada a México, el proyecto de las *Ninfas mexicanas / Doce beldades en el jardín de Eva*, su relación con los presidentes... Está el relato de una cena el 1 de octubre en Los Pinos con Díaz Ordaz, en la que el perro de éste, Atila, bebe champaña... Bueno, tendrías que leerlo.

—No seas cabrón, Álex, sabes que no sé leer.

—Bueno, otro día te cuento eso. Creo que es un proyecto complejo: la invención de un personaje que pasa por una guerra mundial y es testigo en primera fila de la historia mexicana en la segunda mitad del siglo XX. Es alemán, parecido a Paul Newman, y por ello, un imán con las mujeres... y un cabrón —perdón por mi mal español (sigo tu ejemplo)— con su esposa. Cuando algo era bueno, decía Marco Antonio Millán, el viejo editor: “Tiene migajón”. Y *Abí viene el lobo* lo tiene, sin duda.

—Ya duérmete un rato, que vas a ir a trabajar.

—Estoy de vacaciones, Coco.

—De todos modos duérmete. Te ves cansado.

Hazte para allá. ●

* Publicado originalmente con el título “En torno a una novela de David Martín del Campo”, en *Laberinto de Milenio*, Ciudad de México, 16 de marzo de 2024, <https://www.milenio.com/cultura/laberinto/en-torno-a-una-novela-de-david-martin-del-campo>. Corregido para el presente número de *Inundación Castálida*.





Crónica mínima
de la guerra de los
gatos en contra de
las plantas*

JAVIER GARCÍA-GALIANO

Se atribuye el descubrimiento de los gatos a un soldado de Alejandro Magno en la ciudad fenicia de Tiro, pero en el Evangelio de Damasco se afirma que son eternos. Antes de que ese militar desconocido se asombrara al verlos por primera vez, una gata ya simbolizaba a la diosa Bast y, como a los cocodrilos, se les solía embalsamar con técnicas depuradas descritas por Heródoto. Hay quien cree que el gato tiene un origen, el cual se hallaría, según algunos, en África, aunque otros sostienen que se encuentra en Oriente. No pocos piensan que son obra de la brujería o de la alquimia, pero una leyenda asegura que proceden del león y del mono. No faltan, desde luego, aquellos que niegan su existencia o que los consideran una visión de mal agüero.

Su descripción, en cambio, es precisa. Don Sebastián de Covarrubias definió al gato como un “animal doméstico que limpia la casa de ratones. Dixose de la *catús*, que vale astuto, sagaz; de donde se llamaron Catones aquellos romanos, dichos así por la prudencia y sagacidad del primero que tuvo este nombre, del qual no degeneraron sus descendientes”. Aclara, sin embargo, que “es animal ligerísimo y rapacísimo, que en un momento pone en cobro lo que halla a mal recaudo; y con ser tan casero jamás se domestica, porque no se dexa llevar de un lugar a otro si no es metiéndole por engaño en un costal, y aunque le llevan a otro lugar se buelbe, sin entenderse cómo pudo saber el camino. Él es de calidad y hechura del tigre, y los gatos monteses son fieros y muy dañinos; de un aruño o mordedura de un gato han muerto algunos, como lo testifica el epitafio de un romano en Santa María del Pópulo”.

Aunque en la *Historia de los animales* Claudio Eliano considera que uno de sus rasgos distintivos se funda en la lujuria, que lo mueve a matar a sus crías para que la gata, llevada por el deseo de tener otras, satisfaga su deseo, desde el tratado de agricultura de Paladio se le distingue por su destreza para la cacería.

Según Andrew Edney, el aprendizaje de la caza comienza como un juego. Primero persiguen ob-

jetos como pelotas, calcetines o madejas de lana. Luego se les enseña a examinar presas muertas y, poco después, a matar aquellas débiles o ya aturdidas. Finalmente, aprenden a enfrentarse a ellas con sus armas naturales: garras, dientes (“ideales para asir y morder, pero no para masticar”), la visión aguda incluso en la oscuridad, una lengua “tan áspera, que lamiendo mucho en una parte, la desuella y saca sangre”, y, sobre todo, la vigilia. En contra de la creencia común, para Edney, los gatos pocas veces duermen del todo, y aun cuando pueda suponerse lo contrario, siempre permanecen en alerta. No sólo en la modorra, también cuando parecen sumidos en un profundo descanso mantienen los ojos medio abiertos, cubiertos “con la membrana nictitante, un tercer párpado protector que les da una apariencia espectral”. Quizá por eso Plinio Cayo Segundo no los incluye en el capítulo que le dedica al sueño de los animales.

Entre sus enemigos más frecuentes se hallan los pájaros, a los que acechan con paciencia a la espera de dar el zarpazo definitivo; las moscas, cuyo vuelo estudian con detenimiento para devorarlas todavía vivas; las cucarachas, a las cuales tampoco ellos han podido exterminar; ciertas arañas inofensivas, muchos otros insectos, espíritus, sombras y ratones, para combatir a los cuales, afirma Paladio, fueron adoptados en la Roma antigua, y por lo que, según sostiene una leyenda escocesa, fueron apreciados en España cuando los llevó el hijo de un regidor de Edimburgo caído en desgracia.

Plinio el Viejo refiere también que los gatos “encubren su estiércol soterrado con tierra” para que el olor no los delate. Sin embargo, al hacerlo dañan irremediablemente a distintos tipos de vegetales, acabando muchas veces con ejemplares sanos y hasta entonces resistentes.

Ciertamente, en ocasiones la vegetación se convierte en su aliada, pues suelen afilarse las uñas en los troncos y encontrar refugio en los árboles, aunque no resulta extraño que ese asilo circunstancial se transforme en prisión cuando el miedo se apodera de ellos, impidiéndoles bajar de esas ramas hasta entonces seguras. Sin embargo, el daño



que les producen a las plantas no siempre parece impensado. Creo poder afirmar que muchos felinos caseros mantienen una enemistad fiel hacia ciertos ejemplos de la botánica. No un género o una especie determinada, sino un ejemplar preciso, una planta bien identificada.

Si bien algunos ataques son perpetrados por mera necesidad, para marcar territorio o por voluntad de dominio, muchos se realizan con inquina, intentando la destrucción lenta y paulatina. El enemigo puede ser desconocido, como en el caso de los gatos que se internan en jardines ajenos, pero suelen elegir víctimas familiares, sanas, vistosas y apreciadas; es raro que atenten contra plantas enfermas, mortecinas, arrinconadas o simplemente feas, y nunca pelean con otras plagas por una presa.

Como la cacería, el ataque parece un juego. Se dirigen a las hojas, las cuales arrancan en pocas ocasiones, prefiriendo desgarrarlas hasta dejarlas en un estado lamentable. También minan el tallo sin terminar de destruirlo y cortan las flores con la boca para mostrarlas como una presa no del todo valiosa. Pero el asalto más frecuente y efectivo se hace con la orina, que puede resultar letal y dejar la tierra yerma.

En la *Vida psíquica de las plantas*, Gustav Theodor Fechner se detiene poco en la amenaza de las plagas e ignora la que representan los gatos. Sin embargo, describe algunas de las defensas posibles de los vegetales, fundadas en espinas, pinchos, olores poderosos y secreciones de sustancias corrosivas o venenosas. Ninguna de ellas puede enfrentar al encono felino, que no se avergüenza por aprovecharse de un ser inerte.

Pero la guerra de los gatos en contra de las plantas dura más allá de la muerte, pues también dirigen sus ataques hacia objetos hechos de ellas, como los libros. De la misma manera que con los vegetales vivos, los gatos no se conforman con cualquier ejemplar, sino que lo buscan con sagacidad y paciencia, eligiéndolo siempre entre los más preciados. Cuando lo encuentran, lo sacan cuidadosamente con las garras del anaquel en el que se encuentra protegido, para desgarrar alguna hoja, mordisquearlo o marcar el lomo de la portada con uñas y dientes, aunque también pueden aprovechar para orinarlo, pero el arma no es en este caso tan efectiva como desagradable. Esta forma fósil de la botánica tampoco ofrece resistencia; sólo su dueño puede rescatarla.

Debido a que el hombre es uno de sus escasos defensores posibles y quien profesa cierto afecto a los ejemplares atacados, no parece aventurado suponer que la guerra de los gatos en contra de las plantas en realidad está dirigida hacia un hombre preciso, que en la mayoría de los casos es su poseedor, aun cuando José Manuel de Rivas sostenía que uno no tiene gatos sino que los gatos son los dueños de uno. Se trata, por lo tanto, de una guerra sentimental hecha de batallas caprichosas por el dominio de una atención amorosa, que no prescinde de celos, simulaciones, estrategias impulsivas y voluntades rotas. ●

* En *La pequeña Estambul y otros textos naturales*, México, Aldvs, 2009 ("Festina Lente").

Del culto a los gatos por los antiguos egipcios*

HERÓDOTO

Los egipcios observan en extremo las prácticas religiosas, y particularmente la siguiente. Aunque el Egipto confina con la Libia, no abunda mucho en animales; pero los que hay, sean domésticos o no lo sean, son todos tenidos por sagrados. Si dijera por qué motivo son sagrados, llegaría a hablar de materias divinas, cosa que sobre todas evito tratar, pues lo que de ellas he dicho por encima, lo hice necesariamente obligado. La regla sobre los animales es así: como guardianes del alimento de cada especie por separado están designados en Egipto hombres y mujeres, que transmiten su cargo de padres a hijos. Cada uno de los moradores de las ciudades cumple ante ellos de este modo los votos que hace al dios a quien corresponde el animal: rapa la cabeza de sus hijos, o toda o la mitad o la tercera parte; coloca el pelo en una balanza, lo equilibra con plata, y entrega su peso a la [persona] guardiana de los animales; a cambio de la plata, [...] corta pescado y da de comer a los animales, pues ése es el alimento que les está asignado. Quien mata a una de estas bestias, si voluntariamente, sufre pena de muerte; si involuntariamente, paga la multa que fijan los sacerdotes. Quien mata un ibis o un gavián, voluntaria o involuntariamente, muere sin falta.

Grande es la abundancia de animales domésticos y sería mucho mayor si los gatos no sufrieran este percance: las hembras después de parir no se allegan ya a los machos, y éstos, por más que tratan de juntarse con ellas, no lo logran; acuden, pues, a esta astucia: quitan, por fuerza o por maña, a las hembras sus cachorros y los matan, pero no los comen. Las hembras, despojadas de sus cachorros y deseosas de otros, se allegan de este modo a los machos, porque este animal es amante de su cría. Cuando hay un incendio, pasa con los gatos un hecho extraordinario: los egipcios se colocan de trecho en trecho guardando a los gatos, sin ocuparse de extinguir el fuego, pero los gatos cruzan por entre los hombres a saltos por encima de ellos y se lanzan



al fuego. Cuando tal sucede, gran pesar se apodera de los egipcios. En las casas en que un gato muere de muerte natural, todos los moradores se rapan las cejas solamente; pero al morir un perro, se rapan la cabeza y todo el cuerpo.

Los gatos son llevados después de muertos a locales sagrados, [donde] son embalsamados y sepultados, en la ciudad de Bubastis. Cada cual entierra las perras en ataúdes sagrados en su respectiva ciudad, y del mismo modo se sepulta a los icneumones. Llevan las musarañas y gavilanes a la ciudad de Buto; los ibis, a la de Hermópolis; pero a los osos, que escasean, y a los lobos, que no son mucho mayores que zorros, los entierran allí donde los encuentren tendidos. ●

*Del Libro II: *Euterpe*, ¶¶ 65-67, en *Los nueve libros de la historia*, traducción y estudio preliminar de María Rosa Lida de Malkiel, México, Grolier-W.M. Jackson, México-Nueva York-Panamá, 1963 ("Los Clásicos", dirigida por Alfonso Reyes *et al.*). Hemos puesto el título "Del culto a los gatos por los antiguos egipcios" para designar estos tres párrafos en el presente número de *Inundación Castálida*, por lo tanto, no pertenece al original.





Neptuno
ALEGÓRICO

Amor cruel

IGNACIO CASAS

Pocos días después de comenzar el noviciado en el Convento de San Jerónimo, la muy joven sor Encarnación de Jesús, en una noche de luna llena, a eso de las tres de la mañana, se despertó muy asustada a causa de llantos y lamentos que se oían. El corazón le comenzó a latir con rapidez, al tiempo que las piernas le temblaban.

Aquellos terribles sonidos aumentaron de volumen e intensidad, por lo cual, aterrada, se persignó una, dos, tres veces y se hincó sobre las frías losas de su celda para repetir en voz baja Jesucristo, aplaca tu ira, tu justicia y tu rigor, y por tu preciosa sangre, misericordia, Señor.

Con enorme inquietud encendió una vela y caminó apresuradamente hasta llegar a la celda vecina. Abrió la puerta. Se acercó a la cama de sor Felipa de San Alberto, novicia aún más joven que ella, y comenzó a moverla para despertarla.

Sor Felipa, esbozando una sonrisa tierna, soñaba que Polifemo, el cíclope enamorado, le decía palabras suaves al oído. ¡Escuche, hermana, escuche, parece que alguien está torturando a un cristiano! Sor Felipa, sin terminar de despertarse, no entendía nada de lo que sor Encarnación le decía. Cuando por fin logró espabilarse, hizo un gesto con brazos y manos en señal de pregunta.

Sor Encarnación, en un susurro, le volvió a pedir que escuchara con atención, pues estaba segura de que había un hombre sufriendo a las puertas del convento. Sor Felipa aún tenía en los oídos las palabras que el cíclope enamorado le había dicho en sueños, por lo que, enojada, respondió que seguramente había tenido una pesadilla. Vuelva usted a su celda, hermana Encarna, antes de que aparezca la maestra y le mande un castigo la mar de duro. Nada de pesadilla, hermana Felipa, son los gemidos de alguna persona, escuche usted. Sor Felipa, ya bien despierta, paró oreja, y enseguida le dio la razón a sor Encarnación.

Pasaron buen rato de la madrugada dudando entre ir a ayudar al sufriente o no hacerlo, pues tenían prohibido acercarse a la puerta, como recién





llegadas al noviciado podrían verse en la tentación de violar el voto de clausura.

Cerca de las cinco de la mañana, poco antes de la llamada a laudes, se apersonó frente a ellas sor Severiana, la maestra de novicias, quien al ver sus rostros con la expresión descompuesta les preguntó qué había ocurrido. Una y otra, entre balbuceos, le explicaron. La maestra, bastón en mano, a pesar de ser dura de oído escuchó con atención. Casi de inmediato movió la cabeza de un lado a otro, y con una leve sonrisa condescendiente les ordenó ponerse sus cofias y velos y que la siguieran.

A paso lento caminaron por el pasillo y bajaron varios escalones. Mientras tanto, llantos y lamentos continuaban, cada vez más fuertes y agudos. Las novicias, más que aterradas, pedían detenerse y regresar a sus celdas, pero sor Severiana de ninguna manera aceptó.

Al poco llegaron a un patio, donde estaba una gatita gris de patas blancas que lanzaba maullidos punzantes, rodeada de tres, cinco, ¡muchos gatos! que peleaban con arañazos y hacían bufidos espantosos. La maestra pidió a las jóvenes que permanecieran detrás de una columna y observaran en silencio. Una y otra no podían creer lo que miraban, pero eso no fue lo peor. Un minino negro y grande, a punta de mordiscos y arañazos, ahuyentó a los demás gatos, quienes, despechados, orinaron fuente y paredes. Uno gordo y con actitud cínica se acercó a la columna donde estaban las religiosas, y casi les orina los pies. Luego ocurrió el acabose: el gato

negro montó a la gatita. Gemidos y maullidos de otro tipo se incrementaron tanto que las novicias sintieron que taladraban sus oídos, pero pelaban los ojos sin dejar de mirar la escena, y se santiguaron, sudaron, hasta rieron un poco con pudoroso nerviosismo.

Cuando los gemidos por fin terminaron, y luego de reponerse, sor Encarnación preguntó a la maestra por qué la gata había maullado con tanto sufrimiento. Sor Severiana respondió que así es el amor de gatos. ¿Amor?, preguntaron ambas jovencitas mirándose una a la otra. Amor cruel, confirmó sor Severiana. Sor Encarnación puso ambas manos sobre su pecho y suspiró con tristeza. Sor Felipa frunció el ceño y clavó la mirada en la gatita gris, que lamía algunas partes de su magullado cuerpo.

Llegó en ese momento la madre priora, quien había sido informada de lo sucedido. Un cosquilleo desagradable la hizo fruncir su nariz a causa de la peste a orines que inundaba el ambiente. Ordenó entonces a las novicias que limpiaran con vinagre y lejía de ceniza el que desde entonces fue conocido como “El patio de los gatos”.

Sor Encarnación pasó el día, entre bostezo y bostezo, cavilando cómo era posible que hubiera amores tan repugnantes. Sor Felipa, por su parte, pedía una y otra vez al Señor nunca volver siquiera a soñar que el cíclope enamorado le hablaba al oído, no fuera a ser que quisiera profesarle amor cruel como el minino negro lo hizo con la gatita gris de patas blancas. ●

El gato y la zorra*

ALEKSANDR NIKOLÁIEVICH AFANÁSIEV

(Traducción de Tatiana Enco de Valero)



Érrese un campesino que tenía un gato tan travieso, que su dueño, perdiendo al fin la paciencia, lo cogió un día, lo metió en un saco y lo llevó al bosque, dejándolo allí abandonado.

El gato, viéndose solo, salió del saco y se puso a errar por el bosque hasta que llegó a la cabaña de un guarda. Se subió a la guardilla y se estableció allí. Cuando tenía ganas de comer cazaba pájaros y ratones, y después de haber satisfecho el hambre volvía a su guardilla y se dormía tranquilamente. Estaba contentísimo de su suerte.

Un día se fue a pasear por el bosque y tropezó con una zorra. Ésta, al ver al gato, se asombró mucho, pensando: “Tantos años como llevo viviendo en este bosque, y nunca he visto un animal como éste”.

Le hizo una reverencia, preguntándole:

—Dime, joven valeroso, ¿quién eres?, ¿cómo has venido aquí?, ¿cómo te llamas?

El gato, erizando el pelo, contestó:

—Me han mandado de los bosques de Siberia para ejercer el cargo de burgomaestre de este bosque. Me llamo Kotoféi Ivánovich.

—¡Oh, Kotoféi Ivánovich!—dijo la zorra—. No había oído ni siquiera hablar de tu persona, pero ven a hacerme una visita.

El gato se fue con la zorra, y llegados a la cueva de ésta, ella le convidó con toda clase de caza, y entre tanto le preguntaba detalles de su vida.

—Dime, Kotoféi Ivánovich, ¿estás casado o eres soltero?

—Soy soltero—dijo el gato.

—Yo también soy soltera. ¿Quieres casarte conmigo?

El gato consintió y en seguida celebraron la boda con un gran festín.

Al día siguiente se marchó la zorra de caza para procurarse más provisiones, poderlas almacenar y poder pasar el invierno, sin preocupaciones, con su joven esposo. El gato se quedó en casa.

La zorra, mientras cazaba, se encontró con el lobo, que empezó a hacerle la corte.

—¿Dónde has estado metida, amiguita? Te he buscado por todas partes y en todas las cuevas sin poder encontrarte.

—Déjame, lobo. Antes era soltera, pero ahora soy casada, de modo que ten cuidado conmigo.

—¿Con quién te has casado, Lisaveta Ivánovna?

—¿Cómo? ¿No has oído que nos han mandado de los bosques de Siberia un burgomaestre llamado Kotoféi Ivánovich? Pues ése es mi marido.

—No he oído nada, Lisaveta Ivánovna, y tendría mucho gusto en conocerlo.

—¡Oh, mi esposo tiene un genio muy malo! Si alguien le incomoda, en seguida se le echa encima y se lo come. Si vas a verlo, no te olvides de preparar un cordero y llevárselo en señal de respeto; pondrás el cordero en el suelo y tú te esconderás en un sitio cualquiera para que no te vea, porque si no, no respondo de nada.

El lobo corrió en busca de un cordero.

Entretanto, la zorra siguió cazando y se encontró con el oso, el cual empezó, a su vez, a hacerle la corte.

—¿Qué piensas tú de mí, zambo? Antes era soltera, pero ahora soy casada y no puedo escuchar tus galanterías.

—¿Qué me dices, Lisaveta Ivánovna? ¿Con quién te has casado?

—Pues con el mismísimo burgomaestre de este bosque, enviado aquí desde los bosques de Siberia, y que se llama Kotoféi Ivánovich.

—¿Y no sería posible verlo, Lisaveta Ivánovna?

—¡Oh, amigo! Mi esposo tiene un genio muy malo, y cuando se enfada con alguien se le echa encima y lo devora. Ve, prepara un buey y tráeselo como demostración de tu respeto. Pero no olvides, al presentarle el regalo, esconderte bien para que no te vea; si no, amigo, no te garantizo nada.

El oso se fue en busca del buey.

Entre tanto, el lobo mató un cordero, le quitó la piel y se quedó reflexionando hasta que vio venir al oso llevando un buey. Contento de no estar solo, lo saludó, diciendo:

—Buenos días, hermano Mijaíl Ivánovich.

—Buenos días, hermano Levón —contestó el oso—. ¿Aún no has visto a la zorra con su esposo?

—No, aunque llevo esperando un buen rato.

—Pues ve a llamarlos.

—¡Oh, no, Mijaíl Ivánovich, yo no iré! Ve tú, que eres más valiente.

—No, amigo Levón, tampoco iré yo.

De pronto, vieron una liebre que corría a toda prisa.

—Ven aquí tú, diablejo —rugió el oso.

La liebre, asustada, se acercó a los dos amigos, y el oso le preguntó:

—Oye tú, pillote, ¿sabes dónde vive la zorra?

—Sí, Mijaíl Ivánovich, lo sé muy bien —contestó la liebre con voz temblorosa.

—Bueno, pues corre a su cueva y avísale que Mijaíl Ivánovich con su hermano Levón están listos esperando a los recién casados para felicitarlos y presentarles, como regalos de boda, un buey y un cordero.

La liebre echó a correr a casa de la zorra, y el oso y el lobo se pusieron a buscar el sitio para esconderse. El oso dijo:

—Yo me subiré a un pino.

—¿Y qué haré yo? ¿Dónde podré esconderme? —preguntó el lobo, desesperado—. No podría subirme a un árbol a pesar de todos mis esfuerzos. Oye, Mijaíl Ivánovich, sé buen amigo: ayúdame, por favor, a esconderme en algún sitio.

El oso lo escondió entre los zarzales y amontonó encima de él hojas secas. Luego se subió a un pino y desde allí se puso a vigilar la llegada de la zorra con su esposo, el terrible Kotoféi Ivánovich.

Entre tanto, la liebre llegó a la cueva de la zorra, dio unos golpecitos a la entrada, y le dijo:

—Mijaíl Ivánovich con su hermano Levón me han enviado para que te diga que están listos y te esperan a ti con tu esposo para felicitaros y presentaros, como regalo de boda, un buey y un cordero.

—Bien, liebre, díles que en seguida iremos.

Un rato después, salieron el gato y la zorra. El oso, viéndolos venir, dijo al lobo:

—Oh, amigo Levón, allí vienen la zorra y su esposo. ¡Qué pequeñín es él!

El gato se acercó al sitio donde estaban los regalos, y precipitándose sobre el buey empezó a arrancarle la carne con los dientes y las uñas. Se le erizó el pelo, y mientras devoraba la carne, como si estuviese enfadado, refunfuñaba: “¡Malo! ¡Malo!”.

El oso pensó, asustado: “¡Qué bicho tan pequeño y tan voraz! ¡Y qué exigente! A nosotros nos parece tan sabrosa la carne de buey, y a él no le gusta. A lo mejor querrá probar la nuestra”.

El lobo, escondido en los zarzales, quiso ver al famoso burgomaestre, pero como las hojas le estorbaban para ver, empezó a separarlas.

El gato, oyendo el ruido de las hojas, creyó que sería algún ratón, se lanzó sobre el montón que formaban y clavó sus garras en el hocico del lobo. Éste dio un salto y escapó corriendo. El gato, asustado también, trepó al mismo árbol donde estaba escondido el oso.

“¡Me ha visto a mí!”, pensó el oso, y como no podía bajar por el tronco, se dejó caer desde lo alto al suelo, y a pesar del daño que se hizo, se puso en pie y echó a correr.

La zorra los persiguió con sus gritos.

—¡Esperad un poco, y os comerá mi valiente esposo!

Desde entonces todos los animales tuvieron un gran miedo al gato, y la zorra, con su maridito, provistos de carne para todo el invierno, vivieron contentos y felices de su suerte. ●

* Afanásiev, *Cuentos populares rusos* [selección], tomo II y último, traducción de Tatiana Enco de Valero, Madrid, Calpe, 1923 (“Colección Universal”).

Notas:

Para el presente número de *Inundación Castálida*, hemos actualizado algunas formas léxicas, de acentuación y de puntuación, así como eliminado los mayusculismos y corregido los leísmos.

En la sección **Diversa de mí misma** nuestros queridos lectores encontrarán una serie de observaciones, de la editora Luz de Lourdes García Ortiz, a propósito de la traducción de “El gato y la zorra” aquí reproducida.

Del temeroso espanto cencerril y gatuno que recibió don Quijote en el discurso de los amores de la enamorada Altisidora*

MIGUEL DE CERVANTES

Dejamos al gran don Quijote envuelto en los pensamientos que le había causado la música de la enamorada doncella Altisidora. Acostóse con ellos, y, como si fueran pulgas, no le dejaron dormir ni sosegar un punto, y juntábansele los que le faltaban de sus medias. Pero como es ligero el tiempo y no hay barranco que le detenga, corrió caballero en las horas, y con mucha presteza llegó la de la mañana, lo cual visto por don Quijote, dejó las blandas plumas y no nada perezoso se vistió su acamuzado vestido y se calzó sus botas de camino, por encubrir la desgracia de sus medias; arrojóse encima su mantón de escarlata y púsose en la cabeza una montera de terciopelo verde, guarnecida de pasamanos de plata; colgó el tahelí de sus hombros con su buena y tajadora espada, asió un gran rosario que consigo contino traía y, con gran prosopopeya y contoneo, salió a la antesala, donde el Duque y la Duquesa estaban ya vestidos y como esperándole. Y al pasar por una galería, estaban aposta esperándole Altisidora y la otra doncella su amiga, y así como Altisidora vio a don Quijote, fingió desmayarse, y su amiga la recogió en sus faldas y con gran presteza la iba a desabrochar el pecho. Don Quijote, que lo vio, llegándose a ellas, dijo:

—Ya sé yo de qué proceden estos accidentes.

—No sé yo de qué—respondió la amiga—, porque Altisidora es la doncella más sana de toda esta casa, y yo nunca la he sentido un ¡ay! en cuanto ha que la conozco. Que mal hayan cuantos caballeros andantes hay en el mundo, si es que todos son desagradecidos. Váyase vuesa merced, señor don Quijote, que no volverá en sí esta pobre niña en tanto que vuesa merced aquí estuviere.

A lo que respondió don Quijote:

—Haga vuesa merced, señora, que se me ponga un laúd esta noche en mi aposento, que yo consolaré lo mejor que pudiere a esta lastimada doncella,

que en los principios amorosos los desengaños prestos suelen ser remedios calificados.

Y con esto, se fue, por que no fuese notado de los que allí le viesen. No se hubo bien apartado, cuando volviendo en sí la desmayada Altisidora dijo a su compañera:

—Menester será que se le ponga el laúd, que sin duda don Quijote quiere darnos música, y no será mala, siendo suya.

Fueron luego a dar cuenta a la Duquesa de lo que pasaba y del laúd que pedía don Quijote, y ella, alegre sobremodo, concertó con el Duque y con sus doncellas de hacerle una burla que fuese más risueña que dañosa, y con mucho contento esperaban la noche, que se vino tan apriesa como se había venido el día, el cual pasaron los duques en sabrosas pláticas con don Quijote. Y la Duquesa aquel día real y verdaderamente despachó a un paje suyo (que había hecho en la selva la figura encantada de Dulcinea) a Teresa Panza, con la carta de su marido Sancho Panza y con el lío de ropa que había dejado para que se le enviase, encargándole le trujese buena relación de todo lo que con ella pasase.

Hecho esto, y llegadas las once horas de la noche, halló don Quijote una vihuela en su aposento. Templóla, abrió la reja, y sintió que andaba gente en el jardín. Y habiendo recorrido los trastes de la vihuela y afinádola lo mejor que supo, escupió y remondóse el pecho, y luego, con una voz ronquilla, aunque entonada, cantó el siguiente romance, que él mismo aquel día había compuesto:



—Suelen las fuerzas de amor
sacar de quicio a las almas,
tomando por instrumento
la ociosidad descuidada.

Suele el coser y el labrar
y el estar siempre ocupada
ser antídoto al veneno
de las amorosas ansias.

Las doncellas recogidas,
que aspiran a ser casadas,
la honestidad es la dote
y voz de sus alabanzas.

Los andantes caballeros
y los que en la Corte andan
requiébranse con las libres,
con las honestas se casan.

Hay amores de Levante
que entre huéspedes se tratan,
que llegan presto al Poniente
porque en el partirse acaban.

El amor recién venido,
que hoy llegó y se va mañana,
las imágenes no deja
bien impresas en el alma.

Pintura sobre pintura,
ni se muestra, ni señala;
y do hay primera belleza,
la segunda no hace baza.

Dulcinea del Toboso
del alma en la tabla rasa
tengo pintada de modo
que es imposible borrarla.

La firmeza en los amantes
es la parte más preciada,
por quien hace Amor milagros
y a sí mismo los levanta.



Aquí llegaba don Quijote de su canto, a quien estaban escuchando el Duque y la Duquesa, Altisidora y casi toda la gente del castillo, cuando de improviso, desde encima de un corredor que sobre la reja de don Quijote a plomo caía, descolgaron un cordel donde venían más de cien cencerros asidos, y luego, tras ellos, derramaron un gran saco de gatos, que asimismo traían cencerros menores atados a las colas. Fue tan grande el ruido de los cencerros y el mayar de los gatos, que

aunque los duques habían sido inventores de la burla, todavía les sobresaltó, y, temeroso don Quijote, quedó pasmado. Y quiso la suerte que dos o tres gatos se entraron por la reja de su estancia, y dando de una parte a otra, parecía que una región de diablos andaba en ella: apagaron las velas que en el aposento ardían y andaban buscando por do escaparse. El descolgar y subir del cordel de los grandes cencerros no cesaba. La mayor parte de la gente del castillo, que no sabía la verdad del caso, estaba suspensa y admirada. Levantóse don Quijote en pie y, poniendo mano a la espada, comenzó a tirar estocadas por la reja y a decir a grandes voces:

—¡Afuera, malignos encantadores! ¡Afuera, canalla hechiceresca, que yo soy don Quijote de la Mancha, contra quien no valen ni tienen fuerza vuestras malas intenciones!

Y volviéndose a los gatos que andaban por el aposento, les tiró muchas cuchilladas. Ellos acudieron a la reja y por allí se salieron, aunque uno, viéndose tan acosado de las cuchilladas de don Quijote, le saltó al rostro y le asió de las narices con las uñas y los dientes, por cuyo dolor don Quijote comenzó a dar los mayores gritos que pudo. Oyendo lo cual, el Duque y la Duquesa, y considerando lo que podía ser, con mucha presteza acudieron a su estancia, y, abriendo con llave maestra, vieron al pobre caballero pugnando con todas sus fuerzas por arrancar el gato de su rostro. Entraron con luces y vieron la desigual pelea; acudió el Duque a despartirla, y don Quijote dijo a voces:

—¡No me le quite nadie! ¡Déjenme mano a mano con este demonio, con este hechicero, con este encantador, que yo le daré a entender de mí a él quién es don Quijote de la Mancha!

Pero el gato, no curándose destas amenazas, gruñía y apretaba. Mas, en fin, el Duque se le desarraigó y le echó por la reja.

Quedó don Quijote acribado el rostro y no muy sanas las narices, aunque muy despechado porque no le habían dejado fenecer la batalla que tan trabada tenía con aquel malandrín encantador. Hicieron traer aceite de Aparicio, y la misma Altisidora con sus blanquísimas manos le puso unas vendas por todo lo herido, y al ponérselas, con voz baja le dijo:

—Todas estas malandanzas te suceden, empedernido caballero, por el pecado de tu dureza y pertinacia. Y plega a Dios que se le olvide a Sancho tu escudero el azotarse, por que nunca salga de su encanto esta tan amada tuya Dulcinea, ni tú la goces, ni llegues a tálamo con ella, a lo menos, viviendo yo, que te adoro.

A todo esto no respondió don Quijote otra palabra sino fue dar un profundo suspiro. Y luego se tendió en su lecho, agradeciendo a los duques la merced, no porque él tenía temor de aquella canalla gatesca, encantadora y cencerruna, sino porque había conocido la buena intención con que habían venido a socorrerle. Los duques le dejaron sosegar y se fueron, pesarosos del mal suceso de la burla; pero que no creyeron que tan pesada y costosa le saliera a don Quijote aquella aventura, que le costó cinco días de encerramiento y de cama, donde le sucedió otra aventura más gustosa que la pasada, la cual no quiere su historiador contar ahora por acudir a Sancho Panza, que andaba muy solícito y muy gracioso en su gobierno. ●



* Capítulo XLVI de la Segunda Parte, en *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, tomo VII, edición y notas de Francisco Rodríguez Marín, de la Real Academia Española, Madrid, Ediciones de "La Lectura", 1913 ("Clásicos Castellanos").

Pierrot y sus gatos*

BERNARDO COUTO CASTILLO

El invierno se presentaba excesivamente frío, y más que frío, desagradable. Las rachas heladas soplaban a cada momento barriendo la nieve, azotándola sobre los transeúntes, golpeando cristales, arrancando pedazos de pizarra de los tejados, levantando las faldas y haciendo volar los paraguas.

Pierrot, desolado por la frialdad y el abandono de su buhardilla, se había lanzado a plena calle cuando los mecheros de gas comenzaban a encenderse. Llenó sus bolsillos de castañas calientes y metió en ellas las manos para abrirlas. Luego, haciendo una mueca desdeñosa a la temperatura, echó a andar, apartándose de los lugares bulliciosos.

Sin saber por qué, sentía aversión a lo que diariamente frecuentaba. Los cafés encendidos, repletos de gente, llenos de risas, frases y voces, de colores y de ruidos, de faldas y de *fracs*, se le hacían antipáticos. Difícilmente hubiera soportado la conversación de un *clubman*, un *cabotin* o una *cocotte*.

Pierrot sentía *spleen*.

Bajó hacia los muelles. El Sena, profundamente negro, reflejaba las luces de sus bordes, que cintilaban y serpenteaban produciendo un cuadro feérico: parecían inmensas flores fosforescentes, crisantemas del amarillo más excelso, hostias de oro, soles caídos en el agua, donde navegaban culebras luminosas, arrastrándose y desarrollándose entre flores, astros y soles. De cuando en cuando todo aquello era roto por el paso de un vaporcillo, una *golondrina* blanca que huía desapareciendo entre las arcadas de los puentes.

Pierrot caminaba preocupado, mirando los árboles secos, escuetos, mostrando sobre sus ramas áridas, que se levantaban como brazos que imploraran algo, como boas extendidas, sólo la nieve re-

posando en el lugar de las hojas. Bajo sus pies todo era blanco y blando; sus zapatillas se hundían, su cuerpo parecía una de esas ráfagas que el viento levantaba. Y Pierrot, algo halagado por la pureza del color, considerando a la naturaleza vestida con su propio traje, continuaba su marcha con los ojos fijos en la silueta de Notre Dame, que a lo lejos se recortaba en la negrura.

Pierrot estaba triste. Sentía una de esas melancolías inmotivadas que caen sobre nosotros como una lluvia negra y hacen pensar en una enlutada que se obstinara en agarrarse a nuestro brazo siguiéndonos por todos lados. En esos momentos, él, que siempre reía, él, que todo desdeñaba, él, que había alcanzado la suprema filosofía y la más completa impasibilidad, sentía que en su vida faltaba algo: era uno de los raros momentos en que echaba de menos las caricias de Colombina, y Colombina reía, sin duda, en alguna salita donde hubiera luces parecidas a estrellas, risas parecidas a cascabeles y frases parecidas a besos. Pierrot, que no creía en el amor, necesitaba a alguien que lo amara, algo que lo hiciera salir de su aspereza y de su desprecio por todo lo humano. Se irritaba contra los pasantes, contra el frío, contra el ruido, contra sí mismo; se irritaba al pensar en su carácter, al considerar el vacío que su indiferencia le formaba; se irritaba contra su mueca burlona. Hubiera querido ser el primer venido que frente a él pasara, sentir como él, pensar, llorar y reír como él. En el alma de Pierrot se levantaba una de esas amarguras sordas y silenciosas que consumen a los payasos, a los cómicos, a los humoristas, a los vendedores de risas que constantemente tienen que llevar una máscara.

La mancha blanca de la túnica de Pierrot seguía avanzando como una ráfaga de nieve que el viento

fuera empujando. Levantó la vista para buscar a su amada y consoladora, sin encontrarla. La luna también le era esquiva esa noche, y su tristeza iba en aumento.

Al llegar a la estatua de Enrique IV, se sintió fatigado; miró al rey galán, recordó sus hazañas y sus penalidades, y otra vez el pliegue desdeñoso de su labio apareció. Llevando la tristeza de la miseria humana, se atravesó para sentarse en el umbral de una de las puertas de Notre Dame.

El sueño comenzó a rendirlo, y soñó cosas caprichosas y pierrotescas: vio infinidad de *fracs* pendiendo de los árboles como ramilletes, y vio infinidad de cuervos picando cerebros vacíos, y vio cuerpos desnudos de mujeres hermosas de los que las carnes caían en podredumbre mientras los labios rosados reían, reían en constante e histérica carcajada. Y su sueño fue siendo más denso, más denso.

Un maullido débil, cariñoso, ligeramente agudo, como nota escapada de una cuerda demasiado tirante, lo despertó. A ese maullido siguió otro, y luego otro.

Pierrot miró, asombrado, y dos, cuatro, seis ojillos redondos y luminosos se clavaron sobre él mientras los maullidos continuaban, lánguidos como suspiros de mujer. Tres gatos negros, resaltando como manchas de carbón sobre el pavimento cubierto de nieve, lo rodeaban: tres gatos que avanzaban, tímidos, con coquetería de señorita; tres gatos que parecían preguntarle: “¿Nos quieres a tu lado?”. Y Pierrot se quedó absorto.

“El carácter de los gatos...”, se dijo, “¡cosa más singular! Nunca había yo pensado... Tienen razón en buscarme, pues algunos puntos de contacto tenemos. Como yo, son esquivos, desdeñosos y afec-

tos a lo suntuoso. Sus mantos son suaves, ricos, blancos a menudo. Sus actitudes son distinguidas. Gustan de la noche y se aman a la claridad de la luna. Son caprichosos; a una caricia responden hurañamente con un arañeo. Son soberbios y difíciles de domar, son orgullosos y despreciativos, son desinteresados. Acompañan al hombre, lo toleran mientras les place; cuando se cansan, vuelven el rostro y se alejan con pisadas lentas y señoriales... Venid y alegrad con vuestras voces mi buhardilla, regocijadme con vuestras posturas elegantes y con vuestros gestos dignos. Seréis mis compañeros, y en mis momentos de debilidad, me enseñaréis a recordar el orgullo”.

Pierrot se levantó. Y cuentan que algunos parisenses pudieron ver el singular espectáculo de Pierrot caminando en pleno invierno, parecido a una ráfaga de nieve, seguido de tres gatos negros cuyas miradas fulguraban como chispas de carbón encendido. ●

* En *El Mundo [Ilustrado]*, tomo I, no. 24, fundado y dirigido por Rafael Reyes Spíndola, ilustración de portada “Medio millón de dote” de José María Villasana, Ciudad de México, domingo 12 de junio de 1898. El cuento, publicado por primera vez en ese semanario, fue acompañado de dos ilustraciones de Julio Ruelas.

Notas:

Un ejemplar de ese número se encuentra digitalizado en la Colección Iberoamericana de la Biblioteca Virtual de Prensa Histórica, Ministerio de Cultura del Gobierno de España, https://prensahistorica.mcu.es/latinoamerica/es/catalogo_imagenes/grupo.do?path=2000961958®istrardownload=0

Para el presente número de *Inundación Castálida*, hemos corregido las erratas del original y los leísmos, así como actualizado la acentuación y la puntuación.



La gata coja*

VICENTE RIVA PALACIO



— Me quiere usted contar —le dije a Del-
fina— por qué cuida tanto a esa pobre
gata coja?

—Es una historia —me contestó riendo— que
le voy a referir a usted, aunque no es larga ni di-
vertida.

Habíamos vuelto de Sevilla la Pepa y yo; la em-
presa que nos llevaba tronó a pocos días de estar allí.
Eso sí, llevábamos una bonita contrata: siete pese-
tas, viajes pagados y un beneficio libre para el coro
de señoras. El empresario era hombre de mucho
empeño pero de pocos recursos. Hará cosa de tres
años. Era el verano, y esperábamos pasarlo bueno, y
sacando alguna ventaja, recorriendo las provincias.

Llevábamos un buen repertorio: *De Getafe al
Paraíso, La canción de la Lola, Los bandos de Villa-
frita, La gran vía*, vamos, la mar. Pero como decía,
y decía muy bien el empresario, la empresa pone y
el público dispone. Y porque la tiple no era bonita
y desafinaba, o porque el barba era tartamudo, o
porque la característica bizqueaba del ojo derecho,
o por lo que Dios sabe, ello es que la compañía no
cayó bien en Sevilla, y desde la primera represen-
tación el público empezó a meterse con nosotras,
con el pretexto de que el tenor había metido la
pata adelantándose a cantar cuando no le tocaba.
En las primeras representaciones era un pateo que
no había pieza que no reventaran; ya después no
tanto, porque, como no había ni tres duros en la
taquilla, tampoco había quien se metiera con no-
sotras. No hubo remedio, la empresa no nos pagó
y nos contentamos con que nos dieran un billete
de tercera en el tren mixto para volver a Madrid,
y con eso, y cinco duros que tenía la Pepa, y cuatro
que yo había ahorrado, llegamos aquí, alquilamos
un cuartito y comenzamos a buscar ajuste. Pero
¡qué! como el verano estaba tan adelantado, todos
los teatros tenían más gente que querían: ni en
Felipe, ni en Recoletos, ni en el Príncipe Alfonso,
ni en el Tívoli, que se había estrenado en esos días,
pudimos encontrar colocación, y los nueve duros
se habían acabado, y los equipajes desfilaban para
la casa de empeños, y las papeletas abultaban más
que el borrador de una comedia.

Se me había olvidado decir a usted que, al tomar
el cuarto, nos encontramos con esa gatita, flaca y
muerta de hambre, pero tan mona y cariñosa que,
como decía la Pepa, debíamos conservarla para que
Dios nos ayudara, y el pobre animalito realmente
tenía sangre ligera, porque comía con el mismo
gusto el bacalao con patatas que nos sobraba del
almuerzo, que las migajas de la libreta del desayu-
no, y hasta me parece que ella fue la que se comió
un guante de cabritilla de la Pepa, que no pudimos
encontrar.

Nos levantábamos muy tarde (después de las
doce), y nos acostábamos muy temprano para no
tener que hacer más de una comida; el dinero nos
faltaba, pero el buen humor no llegaba a abando-
narnos, y todas aquellas cosas nos causaban risa,
porque eso sí, tomarlo a lo serio era tocar a suici-
darse.

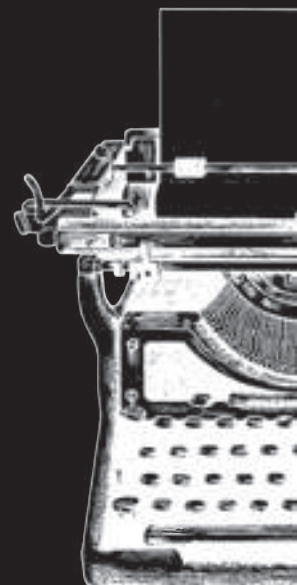
Una mañana la situación se puso seria y no te-
níamos ni qué empeñar, y era preciso comer aquel
día. Pensando y meditando, ocurriósele a la Pepa
vender una silla que el vecino de al lado nos prestó
para que tuviéramos en qué sentarnos. La idea no
era mala, y yo me comprometí a salir del paso.

Afortunadamente el vecino no estaba, porque
era conductor de tranvías y no llegaba hasta la no-
che. Abrí la puerta, y me cercioré de que la escalera
estaba sola; tomé la silla, bajé a escape, y no paré
hasta la casa de un vendedor de muebles viejos,
que me dio por ella dos pesetas. En seguida, a la
compra: pan, vino, carbón y dos chuletas que me
bailaban en la mano.

¡Con qué gusto me recibió la Pepa! Puse la com-
pra sobre el brasero y entré a quitarme el mantón
y a lavarme las manos, contando a la Pepa toda mi
carrera. Pero todos los males vienen por la lengua;
nos pusimos a hablar como si no tuviéramos ham-
bre, y al volver a la cocina, excuso decirle a usted
lo que sentí al ver a la gatita comiéndose el último
pedazo de las chuletas: sólo le digo que tan sober-
bio fue el golpe que di al infeliz animal, que desde
entonces se quedó coja la pobrecita. ●

* De *Cuentos del general*, fotografados de Laporta, ilustraciones de F.
Mas, Madrid, Estudio Tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, 1896.

Diversa
DE MÍ MISMA



Notas acerca de la traducción del cuento ruso “El gato y la zorra” de Afanásiev por Tatiana Enco de Valero (Con un extra)

LUZ DE LOURDES GARCÍA ORTIZ

“El gato y la zorra” es uno de los seiscientos ochenta cuentos (conocidos) de la antigua tradición oral rusa que compiló Aleksandr Nikoláievich Afanásiev y publicó por vez primera en ocho tomos, entre 1855 y 1863, con el título Народные русские сказки, que transliterado al alfabeto latino se lee *Narodnyye russkiye skazki*; preparó una segunda edición revisada y ampliada, en cuatro grandes tomos, que fue publicada en 1873, póstumamente. La traducción al español desde el ruso publicada en 1922 (tomo I) y en 1923 (tomo II) por la entonces editorial Calpe en su Colección Universal, una selección de treinta y un cuentos, fue realizada por la ruso-española Tatiana Enco de Valero. Hasta la fecha no he sabido cuál edición usó Enco para su traducción, sólo que fue directa, pero he comparado, gracias a ejemplares originales en ruso digitalizados y disponibles en internet, las dos viejas ediciones de Afanásiev y otras dos, modernas, de los años ochenta y noventa, y el cuento es el mismo¹.

¹ De las dos ediciones modernas que usé para empezar mi estudio, ésta es la principal por contar con un prefacio importante: A.N. Afanasyev, *Narodnyye russkiye skazki*, tomo I [de tres], edición de L.G. Barag y N.V. Novikov, prefacio de A.N. Afanasyev a la segunda edición de 1873, Moscú, Nauka [de la Academia de Ciencias de la



El título en ruso es “Кот и лиса” | “Kot i lisa”². El nombre del felino protagonista, Kotoféi (Котофей

URSS], 1984 (“Monumentos Literarios”).

² En adelante, las transliteraciones del alfabeto cirílico al alfabeto latino las separo con una barra vertical. La transliteración no es tan sencilla de hacer y suele ser hoy en día todavía controvertida, pero aquí aplico una versión estandarizada internacional. Los signos gráficos prosódicos no se usan en ruso como la tilde y la diéresis en español (son distintas en función, por ejemplo, la diéresis diacrítica en la vocal *ë* y el breve en la consonante o semivocal *й*), pero las tildes suelen usarse en las traducciones al español para marcar la sílaba tónica según la fonética rusa, siguiendo las normas ortográficas del español.

| Kotofey)³ es un compuesto lúdico, jocosos, satírico, irónico, de кот, sustantivo masculino que significa “gato”, con una de las terminaciones típicas de los nombres propios masculinos, como Матвей | Matvey o Matvéi = Mateo. A su vez, Lisaveta lo es del sustantivo femenino лиса (aplicable a hembras y machos), que significa “zorra”, y evoca el nombre propio Lizaveta, es decir, Елизавета | Yelizaveta o Elizabetha, cuya forma corta y familiar es Лиза | Liza; de hecho, en el original el nombre de la zorra es Лизавета, con з | z, y no con с | s, como lo traduce Enco. Por otra parte, Ivánovich (Иванович) e Ivánovna (Ивановна) son los patronímicos que preceden al apellido paterno (no se usa el materno, como norma) según la forma eslava de integrar los nombres completos de persona, y significan “hijo / hija de Iván”; el sufijo -ovich o -evich lo lleva la forma completa y estándar para hombres, mientras que -ovna o -evna es para mujeres. Suele usarse una forma acortada, coloquial, informal, familiar, de los patronímicos: Ivánovich queda como Ivánich, por ejemplo⁴; un ejemplo de la forma familiar del patronímico en femenino: Serguéievna queda como Serguévna.

Hemos de considerar que Afanásiev incluyó no sólo cuentos en lengua puramente rusa, sino también en ucraniano, bielorruso, armenio, checheno, etcétera, con sus dialectos locales y mezclas, pues dispuso de variados archivos integrados por otros investigadores, documentos sorprendentemente sustanciosos –pero en este rubro hay un protagonista que a mí en lo particular me interesa más incluso que Afanásiev: el militar (a fuerza por tradición familiar), médico, lexicógrafo, etnolingüista, políglota y cuentista Vladímir Ivánovich Dal-. Esos investigadores, con frecuencia contando con el auspicio de instituciones como, por ejemplo, la Sociedad Geográfica Rusa, y aun con recursos propios si eran parte de la aristocracia, viajaron lo que no viajó Afanásiev, y hasta a lugares de lo más recónditos del entonces extenso y en expansión



Imperio Ruso; había entre ellos no sólo geógrafos, sino también lingüistas, etnólogos, folkloristas y otros eruditos especialistas. Afanásiev sólo registró por sí mismo unos diez cuentos en Vorónezh, su provincia natal. Sus méritos, es cierto, radican en otros aspectos no menos valiosos.

De ahí, pues, que el nombre del oso en el original sea Михайло | Mikhaylo, Mikhaylo según una variante común, o Myjáilo = Miguel, en ucraniano, que en ruso es Михаил | Mikhail o Mijaíl. El lobo tiene el nombre armenio Levón (Левон | Levon), que en ruso es Лев | Lev –que significa, como saben quienes recuerden a Lev Tolstói, león-. En el original, Levón también tiene su patronímico, Ivánovich, pero en la traducción de Enco no aparece.

En el primer párrafo del original, se lee que el gato tenía harto al campesino porque era demasiado шkodливый | shkodlivyy: adjetivo coloquial que se refiere a quien le encanta hacer travesuras, sí, pero no precisamente travesuras inocentes, inocuas, como lo hace parecer Enco; designa a alguien, más bien, que es un tremendo revoltoso, incluso perniciosamente lascivo, libertino de cuidado: что беда! | chto beda!, exclama el narrador en el original: ¡un desastre!, ¡una calamidad!, tendríamos que haber leído en español. Por eso el campesino no hallaba

³ Su forma familiar es Котай | Kotay o Kotái, como aparece en una de las tres variantes del mismo cuento registradas por Afanásiev.

⁴ El cual también aparece en una de las tres variantes del cuento.

qué hacer con el gato, aunque en el original no hay sugerencia de maldad de parte el dueño ni de otra cosa más que de puro y llano fastidio: думал, думал | dumal, dumal: pensó, pensó, antes de decidir deshacerse del pequeño rufián abandonándolo en el bosque. El narrador, transmitiendo el desesperado cansancio del campesino, al final de ese primer párrafo añade un coloquialismo: пускай пропадает! | puskey propadayet!, o sea, ¡que se pierda!, en el sentido de ¡que se joda!, ¡que se vaya al diablo!—a los rusos les encanta, ayer como hoy, también mandar al diablo, como a nosotros, que además nos encanta mandar al carajo, a la chingada, etcétera—; incluso ese coloquialismo también puede entenderse como ¡que se muera! o ¡déjalo que se muera!, no tanto porque el campesino deseara que el gato se muriera, sino que desapareciera de su vida para siempre.

Al final del segundo párrafo, en el original el narrador lanza otro sarcasmo: и горя ему мало! | i gorya yemu malo!, una expresión coloquial que puede entenderse como “y hay poca pena”, “y hay poco dolor”, “y hay poco de que preocuparse” para alguien. En efecto, el gato sigue dando muestras de ser indolente, de no preocuparse por nada ni sentirse inquieto ni triste por nada—al fin y al cabo dispone de alimento suficiente con sólo salir un ratito a cazar—, aun cuando su situación de reciente abandono lo ha dejado sin aquel hogar cálido y seguro donde el campesino le brindaba cuidados y al que siempre podía regresar tras entregarse a sus “travesuras”. Enco hace desvanecer la intención del sarcasmo: “Estaba contentísimo de su suerte”.

Cuando Kotoféi y Lisaveta se conocen y ella lo invita a su cueva, le cuenta que es “soltera”, según Enco, pero en el original se presenta como que es девица | devitsa = doncella, que no precisamente es lo mismo que ser холоста | xolosta = soltera, tal como él sí es холост | xolost = soltero, y en cuanto al gato así se lee en el original. El detalle es significativo para la historia y su trasfondo.

La personalidad de Lisaveta es también peculiar, como es de esperarse siendo la protagonista. En el original, cuando se encuentra con Levón mien-

tras anda de cacería para proveer de reservas su hogar, a la pregunta de él de dónde había estado ella, a la que trata de кума | kuma = comadre o madrina—una familiaridad que no necesariamente es cándida—, en la primera parte de su respuesta ella le lanza un despectivo Пусти, дурак! | Pusti, durak!: ¡Quítate, estúpido!, o imbécil, necio, tonto, bobo, pendejo, o bien, en términos coloquiales acordes con el cuento, ¡Quítate, ganso!, o pavo, besugo, borrego. El “Déjame, lobo” de la traducción de Enco, por una parte, le resta intención al desdén con que la zorra trata de rechazar el galanteo del lobo—con pudor fingido, por supuesto—, además de defender su flamante condición de casada, condición que le importa sobremanera lucir ante todo el mundo. Por otra parte, uno puede muy bien imaginarse que no sólo hay en ese rechazo un intercambio de palabras sino también movimientos y gestos físicos, pues el verbo пусти | pusti tiene más un sentido de contacto físico que meramente hablado, lo cual sugiere que Levón le bloquea el paso a Lisaveta, e incluso podemos entender ese verbo con un significado de soltar, y así el galán se ha dado el gusto de abrazarla o al menos de tomarla del brazo o la mano; después de todo, ésas eran las confianzas que se habían tenido uno al otro, al menos hasta ese momento. En todo caso, hubiera mejorado un poquito el sentido si a “Déjame, lobo” Enco le hubiera conservado su signo de admiración. (No descarto la posibilidad de que se trate de un error tipográfico de la edición, así como la omisión del patronímico de Levón que he comentado.)

A mi parecer, esa imagen del galanteo de Levón con acción física se refuerza cuando más adelante Lisaveta se topa con Mijaíl y un diálogo similar se da entre ellos. En el original se lee cómo ella—suponemos que ya molesta o irritada por el encuentro anterior, pues tiene prisa por regresar con su Kotoféi—empieza a defenderse así: Что ты, дурак, косолапый Мишка, трогаешь меня? | Chto ty, durak, kosolapyy Mishka, trogayesh menya?, algo así como ¿Por qué me tocas, estúpido, Osito zambo?, donde трогаешь | trogayesh es conjugación del

verbo трогать | trogat = tocar, palpar, toquetear. Ella lo llama, como a Levón, дурак | durak = estúpido o etcétera, despectivo que ahora hace burlón al añadir косолапый Мишка | kosolapyu Mishka, donde косолапый | kosolapyu ciertamente significa zambo o patizambo, pero Мишка | Mishka es la forma afectuosa de медведь | medved = oso –similar al osito de borra (relleno de borra) u osito de peluche, que por un tiempo fue nuestro osito Bimbo, si bien este último lo menciono sólo como término de comparación–; Мишка | Mishka, pues, da nombre a un personaje tradicional genérico: el oso / hombre grandote y torpe pero amable. Y se asemeja a la forma familiar del nombre mismo del oso, Mijaíl, que es Миша | Misha. Enco conserva un simple zambo en “¿Qué piensas tú de mí, zambo?” Y en esa escena, en el original, la zorra insiste en aclarar, esta vez al oso, que ella antes era una девица | devitsa = doncella pero ahora es casada.

Otra de las expresiones clave que describen a Kotoféi en el original, y que también determina el sentido sustancial del cuento respecto a la relación entre el gato y la zorra –de connotación sexual–, es мало | malo, palabra que en ruso es un adverbio de cantidad o intensidad con el significado de poco o muy poco, insuficiente, escaso, no es suficiente, no lo suficiente, no basta, no bastante y frases similares, con un matiz dependiente del contexto. Como adjetivo y según la declinación que le corresponda, en algunos diccionarios ruso-español que tengo de consulta (con uno fraseológico además de los léxicos) se dan ejemplos en frases como Мне это слишком мало | Мне eto slishkom malo = Me es/ está demasiado pequeño (o me queda demasiado pequeño); мало посещаемый | malo poseshchayemyu = poco frecuentado o poco visitado, refiriéndose a un lugar. Como elemento o raíz de palabras compuestas o derivadas, la partícula мал- | mal- siempre tiene ese significado; como ejemplo, pienso en el título de un magnífico conjunto de poemas dramáticos de Aleksandr Serguéievich Pushkin: Маленькие трагедии | *Malenkiye tragedii* = *Pequeñas tragedias*. (Pushkin, también interesado en

cuestiones lingüísticas y de la tradición oral.) En el cuento original, cuando Mijaíl está oculto en lo alto del pino y ve llegar a los recién casados, le comenta a Levón: какой же он маленький! | kakoy zhe on malenkiy! = ¡qué pequeño es él! Ahora bien, aun cuando una frase como мало приспособленный к жизни | malo prisposoblennyu k zhizni = poco adaptado a la vida, por ejemplo, en español podemos entenderla como alguien mal adaptado a la vida –¿no decimos, acaso, que alguien está malo para referirnos a que está enfermo, o sea, que tiene poca salud o la salud deteriorada o disminuida?–, esto sigue estando en el sentido de insuficiencia o deficiencia, no en el ontológico de maldad o de “valor negativo, falta de las cualidades que cabe atribuirle por su naturaleza, función o destino” o que “se opone a la lógica o a la moral” (RAE).

En definitiva, la palabra rusa мало | malo en el cuento original no tiene que ver precisamente con el adjetivo y sustantivo masculino español “malo” que usa Enco. Posible y probablemente se prestó a un falso cognado... o quizá lo aprovechó la traductora para facilitar(se) el trabajo. Así, el gato refunfuña ¡Malo! ¡Malo! según la traducción, cuando en el original se lee: а сам мурлычет: “Мало, мало!” | а сам murlychet: “Malo, malo!”, que puede entenderse como y ronronea para sí mismo: “¡Poco, poco!”. La expresión de Kotoféi se entiende, en el original, como que se refiere a que no es suficiente cantidad de carne o que ésta no es suficientemente buena o sabrosa –y aun, en el doble sentido que subyace en el original, evoca que el acto sexual entre los recién casados es tan sabroso que le parece poco al gato y va a querer más–, lo cual es congruente con la impresión que causa en Mijaíl de ser muy exigente y difícil de satisfacer, tanto que acaso se le antoje también la carne de oso y de lobo... Podríamos hacer la concesión de que en la traducción el gato refunfuña “¡Malo! ¡Malo!” puesto que en todo momento da muestras de aparentar ser fuerte, valiente, y que en esa escena lo que hace es reafirmarse como lo alardea su esposa: en la traducción, que por tener “un genio muy malo” puede llegar a ser

malo con quienes le caen mal: ¡Soy un gato malo, muy malo!, pareciera decir al devorar la carne de buey, según Enco.

Ciertamente, Lisaveta presume de tener un marido que es tan de mal genio como bravo y gallardo, además de notable por su cargo de burgomaestre. Sin embargo, en el original la zorra afirma, en su encuentro con el lobo y el oso, que su marido es такой сердитый | takoy serdityy = tan enojón, donde такой | takoy = tan, tan así, tan así de, muy; mientras, сердитый | serdityy = enojón, gruñón, enfadadizo, enojadizo, bilioso, arrebatado, colérico. Ahí donde Enco pone que el marido “tiene un genio muy malo”: de nuevo, el adjetivo en español “malo”. Claro, en la realidad del cuento el gato Kotoféi es un pícaro fanfarrón que se hace al enojado para darse aires de importante y con tal de que no lo molesten o le pidan cuentas por sus correrías, además de que su perfil de personaje de escasas palabras lo hacen ver más como un bruto cuyo vocabulario es escaso, y no precisamente por ser circunspecto, escueto o lacónico, pero para referirse a él aun en el lenguaje coloquial en ruso se usaría otra palabra distinta de сердитый | serdityy como para no dar crédito a la traducción de Enco, por ejemplo, злой | zloy = malo o maloso, ruin, perverso, maligno, malévolo, dañino, siniestro, malicioso, rencoroso. Usa Enco la palabra “genio” para referirse al carácter o el temperamento, que en ruso es muy parecida, гений | geniy, y que, en efecto, entre sus varias acepciones está la del temperamento además de designar el talento, significaciones todas semejantes a “genio” en español, pero гений | geniy no es palabra usada en el original. En ruso se dispone también de palabras de uso común como нрав | нрав = disposición, índole, naturaleza, ánimo, o bien, характер | kharakter = carácter, temperamento, personalidad. Lo que quiero es señalar el inconveniente de insistir en el uso de la palabra “malo” en la traducción, aunque no sea tan evidente la distinta intención que da respecto al original.

Otros dos coloquialismos en el original, cuya intención despectiva y al mismo tiempo burlona

es, como mínimo, suavizada en la traducción de Enco, son pronunciados por Mijaíl cuando se dirige a la asustadiza pero bien dispuesta liebre. Por cierto, a ese personaje no se le da nombre propio en el original, en ninguna de sus versiones, quizá por ser secundario, aunque no lo es tanto, pues en el trato que le dan se muestra también la personalidad de los otros personajes, como veremos enseguida. Esos coloquialismos son косо́й черт | kosoy chert y косо́й пострел | kosoy postrel, donde косо́й | kosoy es un adjetivo que en ese contexto puede significar bizco, pero también ladeado, desviado, torcido, chueco, y que en doble sentido puede señalar una ofensa de prejuicio sexual: joto, mariquita, maricón; черт | chert es la palabra ucraniana y bielorrusa que significa diablo, demonio, espíritu maligno—en ruso es чёрт | chort—, que si bien puede referirse a alguien de forma peyorativa como tipo o tipejo—como decir pobre diablo—, suele considerarse una palabrota en expresiones maldicientes que van desde ¡Diablos!, ¡Vete al diablo! y ¡Que el diablo se los lleve!, por ejemplo, hasta las más obscenas referidas a los órganos genitales y el acto sexual; y пострел | postrel puede tomarse como bicho, sabandija, gusarapo, polizón. Así que, en efecto, la liebre es considerada como “diablejo” y “pillete”, como si dijeran diablo astuto, sabandija pícara. Hago notar que además, en el original, cuando la liebre llega a la madriguera y transmite el mensaje a la zorra, al responderle ésta lo llama también косо́й | kosoy: Ступай, косо́й! Сейчас будем | Stupay, kosoy! Seychas budem, que puede entenderse como ¡Adelántate, bizco! Enseguida iremos, o ¡Ve y avisa, bizco! Llegamos enseguida.

La manera en que termina el original es, con constar de fórmulas convencionales, más poética que el algo raro pero insulso “vivieron contentos y felices de su suerte” de la traducción de Enco—lo raro está en “de su suerte”, que ya había usado en el segundo párrafo—, aunque se refieran a lo mismo en términos generales, es decir, que los protagonistas alcanzan una vida tranquila y cómoda tras todas sus aventuras, con confianza de que el futuro

les será favorable (счастли́вый конец | schastlivyy konets = final feliz). Se lee, pues, en el original: и стали себе жить да поживать, и тепе́рь живут, хлеб жу́ют | i stali sebe zhit da pozhivat, i teper zhivut, khleb zhuyut, que literalmente quiere decir: y comenzaron a vivir y a prosperar, y ahora viven y comen pan.

En fin, que de lo desgranado aquí a otras semánticas no tan ambiguas... un salto de gato y zorra hacia la abierta “obscenidad”.

Ya desde antes de los tiempos de Afanásiev era bien sabido que cuentos como “El gato y la zorra” tenían sus variantes que aquí entre nosotros llamaríamos coloradas, subidas de tono, picantes, atrevidas, peladas, sucias, vulgares, por no decir pornográficas. Afanásiev compiló todas las variantes de un mismo cuento de que logró disponer, pues siempre las había según las diversas regiones geográficas donde se conocieran y según los estratos sociales de donde provinieran, incluso alguna versión según la persona que la haya transmitido. Ejercieron presión y metieron su cuchilla los censores zaristas, de manera que en sus *Cuentos populares rusos* Afanásiev sólo agrupó cuatro variantes “limpias” de “El gato y la zorra”—para limitarnos a sólo ese cuento—, bajo el mismo título y ubicando en primer lugar la más elaborada y consistente tanto en su contenido como en su forma. Esa primera variante es la que tradujo Enco.

Sé que apareció como *samizdat* una compilación de versiones secretas, prohibidas, que se guardó el mismísimo Afanásiev. De acuerdo con el eslavista y folklorista estadounidense Jack V. Haney en su artículo “Mr. Afanasiev’s Naughty Little Secrets: *Russkie zavetnye skazki*”⁵, de entre los cuen-

tos compilados por Afanásiev que contienen “obscenidades” de naturaleza sexual y otras, como las anticlericales, plenas de picaresca y vulgaridad, al menos setenta y siete no pasaron la censura zarista cuando intentó publicarlos junto con el resto de su *corpus*, pero que tampoco franquearon después la no menos mojigata e hipócrita censura soviética —como hoy mismo la censura putinista—, si bien los relatos no dejaron de circular extensamente en clandestinidad, pues al fin y al cabo se trata de una peculiar parte de la antigua tradición oral que, subrepticia y casi milagrosamente, todavía seguía viva durante el siglo XIX y lo sigue estando en lo que va del siglo XXI. Fue por las investigaciones del filólogo y folklorista Yuri Matvéievich Sokolov que en la década de 1930 se comprobó que hacia 1862 Afanásiev había integrado una colección aparte con los manuscritos de ciento cincuenta y ocho cuentos, no todos completos, que conservó oculta en una carpeta con el rótulo “Narodnyye russkiye skazki - Ne dlya pechati”: “Cuentos populares rusos - No para publicar”. Esa carpeta fue recuperada y resguardada, hasta 1997, en el Instituto de Literatura Rusa —conocida como Pushkinsky Dom: Casa Pushkin—, de la Academia de Ciencias Rusa, que pocos años atrás todavía era la Academia de Ciencias de la Unión Soviética.

Afanásiev había fallecido ya en 1871. Entre 1872 y 1875—sigue contando Haney—, lo más acabado de ese material apareció publicado en Ginebra como Русские заветные сказки | *Russkiye zavetnye skazki*, que puede traducirse como *Cuentos atesorados rusos* o *Cuentos secretos rusos: secretos* en el sentido de íntimos, guardados con celo y cariño para la intimidad o privacidad, y por eso también *cuentos entrañables, cuentos queridos*. En esa edición *samizdat*, en vez del año de publicación se anotó: Годъ мракобесия | God mrakobesiya: Año del oscurantismo. Como sello editorial en la porta-

⁵ Ya en mi niñez y a lo largo de mi vida me he interesado por la cultura de varios países eslavos, tal como la que englobamos como “rusa”. Una bonita historia que no viene al caso contar aquí. Los cuentos de Afanásiev traducidos por Enco de Valero los conocí por los dos tomos de la obra que había en la biblioteca de la escuela secundaria donde estudié; por supuesto, en ese entonces no puse atención a la traductora ni otros detalles, pero sí que se trataba de clásicos que llegaron a México desde España. Muchos años después, de los ejemplares de la biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras donde también estudié saqué fotocopias, que conservo. Lo de las

versiones secretas lo supe hacia 2010—algo así—por un artículo de Jack V. Haney que leí en internet, publicado en el otoño de 1998 (vol. III, no. 2) en la *Slavic, East European, and Eurasian Folklore Association Journal* (*SEFEA Journal*, actualmente *Folklorica*).

da y en la contraportada, Валаажъ | Valaaz. Se hizo una segunda edición ginebrina en 1879. Resulta que los manuscritos habían sido llevados a Londres por V.I. Kasatkin (desconozco qué nombres corresponden las iniciales V.I.), uno de los amigos de Afanásiev entre los más jóvenes. En ese momento se encontraban en la ciudad varios emigrantes de la *intelligentsia* rusa, sobre todo exiliados políticos, entre ellos nada menos que los filósofos, periodistas, editores y escritores Nikolái Platónovich Ogariov y Aleksandr Ivánovich Herzen, quienes se cree que podrían haber sido puestos al tanto por Kasatkin y dispondrían de forma anónima su publicación con amigos y conocidos en Ginebra.

Por supuesto, fue una publicación *gosizdat* (госиздат), no oficial o no autorizada por el Estado, de tiraje reducido, pero unos cuantos ejemplares de ambas ediciones llegaron a sus lectores y formaron parte de colecciones privadas—Haney afirma que hasta Lenin poseía un ejemplar y que sólo se les permitía tener el suyo a unos cuantos lectores siempre y cuando tuvieran un permiso especial... dado por Lenin mismo—.

Hace pocos años logré conseguir en formato digital una edición hecha a partir de aquella ginebrina, publicada en Minsk en 1992 por la Belorussko-Avstraliyskoye Agentstvo Daydzhest, es

decir, Agencia Bielorruso-Australiana Digest. Se trata de una edición a cargo del filólogo, folklorista e historiador de la literatura rusa Yuri Geórgievich Kruglov, quien reprodujo los setenta y siete cuentos secretos de que consta la que llama “edición Ginebra”. Un breve comentario preliminar, las anotaciones y un glosario son también de Kruglov, además de incluir las notas originales de Afanásiev; el prefacio es de un tal Filobibl; fue ilustrado por Vladímir Yakóvlevich Tsesler y diseñado por V. Shelk. Y algo que me resulta necesario por aquello de la confiabilidad: lo que dice Jack V. Haney en su artículo coincide con lo dicho por Kruglov, o viceversa.

En el curioso dibujo de Tsesler que ilustra la portada, debajo del nombre de Afanásiev y del título *Ruskiye zavetnye skazki*, se lee un par de exclamaciones retumbantes: “ТОЛЬКО ДЛЯ ВЗРОСЛЫХ!!!” | “TOLKO dlya VZROSLYKH!!!” y “ТОЛЬКО ДЛЯ МУЖЧИН!!!” | TOLKO dlya MUZHCHIN!!!”, o sea, ¡¡¡Sólo para adultos!!!, ¡¡¡Sólo para hombres!!! ¿Y no para mujeres (женщины | zhenshchiny), carajo?, me pregunto poniendo los ojos en blanco.

Aventuro a continuación mi traducción del cuento en su versión secreta, a partir de la mencionada edición de Kruglov:



El gato y la zorra

Un campesino había echado de la casa a un gato lujurioso mandándolo al bosque. Y he aquí que en ese bosque vivía una zorra, ¡pero qué puta!, lo mismo se revolcaba con lobos que con osos.

Ella se encontró al gato; empezaron a platicar de esto y aquello. La zorra le dice: “Tú, Kotoféi Ivánovich, eres soltero, ¡y yo soy una esposa sin esposo! Tómame para ti.”

El gato aceptó. Tuvieron un bodorrio y se divertieron. Después de la fiesta, el gato debía—según el ritual—tener pecado con la zorra. El gato montó a la zorra, y no tanto la follaba sino la arañaba con las garras, a la vez que él gritaba: “¡Poco, poco, poco!”

“¡He aquí otro tal!”, decía la zorra, “¡y para él es poco!...”

~~~

Muzhik prognal iz domu bludlivogo kota v les. A v etom lesu zhila-oyla lisa, da takaya blyad! Vse valyalas s volkami i medvedyami.

Povstrechala ona kota; razgovorilis o tom o sem. Lisa i govorit: “Ty, Kotofey Ivanovich, kholost, a ya nezamuzhnyaya zhena! Vozmi menya za sebya.”

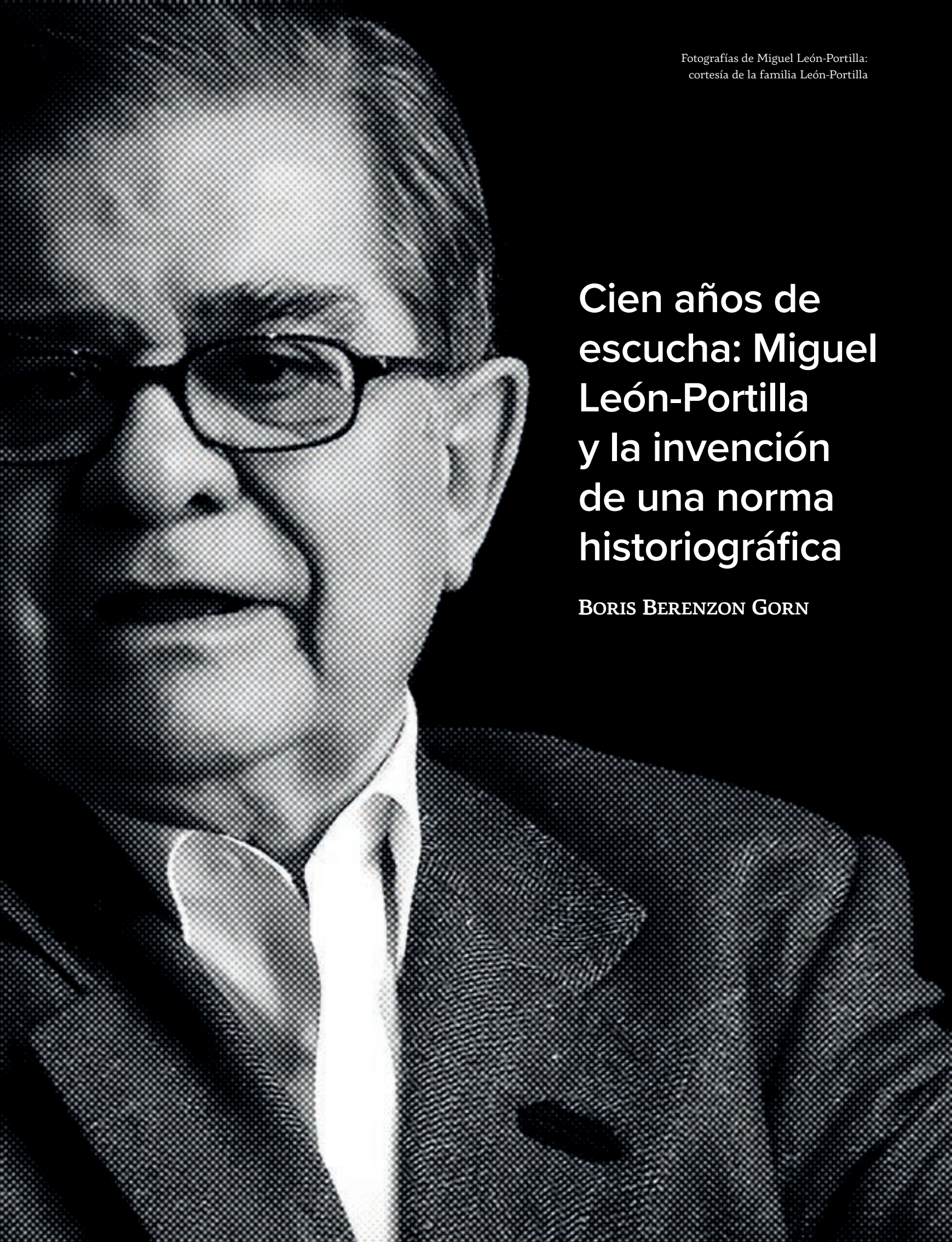
Kot soglasilsya. Poshel u nikh pir da veselye. Posle pira nado kotu po obryadu imet s lisitseyu grekh. Kot vzlez na lisitsu, ne stolko yebet, skolko kogtyami deret, a sam yeshche krichit: “Malo, malo, malo!”

—“Vot yeshche kakoy! — skazala lisitsa, — yemu vse malo!..”

Considerado como el “único libro de literatura erótica popular en la historia de la cultura rusa”, como escribe Kruglov en 1992, me pregunto junto con él si *Russkiye zavetnye skazki* es una colección de cuentos o relatos donde el erotismo sea franco, directo, “al desnudo”, pues pornografía no es. Responde: “¡no son erotismo en absoluto! [...], sobre todo, porque los relatos secretos, por regla general, no revelan los asuntos o problemas sexuales, sino los sociales y cotidianos. [...] Últimamente, la sociedad ha estado observando una idealización de la antigüedad, la historia rusa, la nobleza y el clero... [...] Pero creo que no deberíamos precipitarnos hacia los extremos [...]. La vida es mucho más compleja, más amplia que nuestros gustos y aversiones, y el arte lo confirma. La sátira no puede retratar la realidad de forma heroica o romántica, y los cuentos secretos lo confirman. Y el erotismo aparece en ellos como uno de los recursos artís-

ticos con los que los vicios sociales y cotidianos son ridiculizados con suma brillantez. Los cuentos fueron creados con fervor polémico; argumentan, destruyendo las nociones idealizadas de sus personajes.” Estoy de acuerdo con Kruglov... pero añado que sí hay problemas sexuales, que se revelan como formas de violencia y de abuso en las relaciones, y que esos problemas son parte de los problemas sociales, que se condicionan o determinan entre sí, y sí los revelan. Una arista de la complejidad de la existencia humana.

Termino, no sin antes decir que dejo para próxima ocasión otros apuntes en los que he reflexionado en torno al tema de estas notas, no ya sólo con interés léxico-semántico sino dirigido a un intento de esclarecer, tanto del trabajo del propio Aleksandr Nikoláievich Afanásiev como del de Tatiana Enco de Valero, las circunstancias de publicación y censura en su contexto histórico. ●



Fotografías de Miguel León-Portilla:  
cortesía de la familia León-Portilla

# Cien años de escucha: Miguel León-Portilla y la invención de una norma historiográfica

BORIS BERENZON GORN

**A** veces, la historia no se escribe: se reconfigura en silencio. Hay obras que no sólo dicen algo sobre su tiempo, sino además modifican la manera en que ese tiempo puede ser leído. No irrumpen con estrépito ni se anuncian como ruptura; se depositan, como una capa lenta de sentido, en la conciencia cultural. Vuelven una y otra vez: en las aulas, en los debates historiográficos, en las conversaciones donde el pasado insiste, incluso cuando el lenguaje que lo nombra ya ha cambiado. *La visión de los vencidos* pertenece a esa estirpe discreta y decisiva. Más que un hito de la historiografía mexicana o un raro éxito editorial en el ámbito académico, es una intervención de largo aliento: una ética de la escucha que desplazó el lugar desde donde México ha aprendido a pensarse a sí mismo.

A cien años del nacimiento de Miguel León-Portilla, regresar a su obra no es un acto de celebración ni una devoción ritual. Es, en el fondo, una exigencia crítica: preguntarnos qué gesto intelectual fue capaz de abrir, cómo logró trastocar las reglas del campo historiográfico y qué nos interpela hoy, cuando el pasado ya no puede narrarse sin asumir sus mediaciones, sus silencios y sus disputas. Escuchar, aquí, deja de ser una metáfora hospitalaria para convertirse en un problema radical: una práctica donde se juegan, simultáneamente, la verdad del conocimiento y la justicia de la memoria.

### **I. La ruptura silenciosa de 1959: *La visión de los vencidos***

Cuando *La visión de los vencidos* / *Relaciones indígenas de la Conquista* apareció, la Conquista seguía narrándose—incluso en sus versiones críticas—desde una gramática colonial del archivo. Podían cambiar las interpretaciones, pero el punto de enunciación permanecía intacto. León-Portilla no “agregó” voces indígenas a una historia ya escrita: reordenó el modo mismo de narrarla.

El libro comienza antes del contacto, con los presagios, con el temblor del mundo. Ese gesto no es literario: es epistemológico. La historia deja de

comenzar con la acción del conquistador y se inaugura con la percepción indígena del desajuste cósmico. El acontecimiento no es sólo externo, es también interpretado desde categorías propias. El tiempo histórico se fractura: deja de ser lineal y se vuelve experiencia.

En ese desplazamiento radica su fuerza duradera. *La visión de los vencidos* no propone una contrahistoria ideológica, sino una historia desde la herida, donde el duelo, el asombro y la incompreensión son formas legítimas de conocimiento. Su impacto pedagógico—circulación escolar, universitaria y pública—convirtió el libro en referencia compartida y, al mismo tiempo, en riesgo: el de ser leído como texto “cerrado”. En realidad, su potencia está en haber abierto una pregunta que no se clausura: ¿desde dónde se puede narrar un origen marcado por la violencia?

### **II. Filología y responsabilidad: el legado de Garibay**

Nada de esto sería inteligible sin Ángel María Garibay. Garibay comprendió que la lengua náhuatl no era un depósito folclórico, sino un sistema de pensamiento capaz de formular preguntas sobre la verdad, la muerte y la fragilidad del mundo. De él, León-Portilla heredó una convicción decisiva: traducir es asumir responsabilidad.

Traducir no es transportar palabras como objetos neutros; es aceptar pérdidas, abrir sentidos y hacer visibles mediaciones. La filología deja de ser disciplina auxiliar para convertirse en forma de justicia histórica. Esta ética de la traducción atraviesa toda la obra de León-Portilla y explica por qué su escucha nunca fue ingenua ni romántica.

### **III. Cimientos conceptuales: *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes***

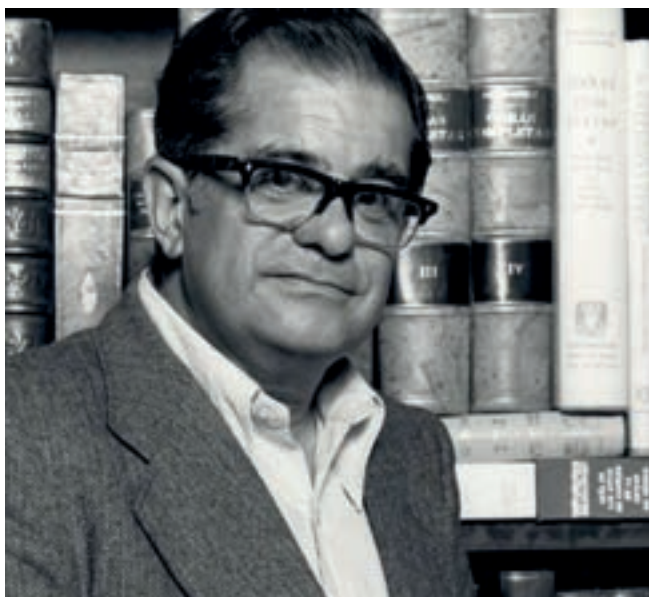
Antes del libro-símbolo hubo una apuesta que sostuvo todo el edificio posterior: *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, tesis doctoral de León-Portilla, de 1956, posteriormente publicada



como libro. Aquí se desmonta el prejuicio de una filosofía exclusivamente occidental. El análisis del *teotl*, de la verdad como búsqueda inestable y de la fragilidad del mundo, muestra una ontología marcada por la conciencia de lo efímero.

No hay exotismo ni traducción complaciente. Hay rigor filológico y una propuesta clara: pensar desde las fuentes, aun cuando esas fuentes incomoden las taxonomías académicas. Sin este trabajo, la escucha correría el riesgo de convertirse en gesto moral sin densidad conceptual. Con él, la escucha se vuelve filosóficamente exigente.

#### IV. Historia que canta: *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*



En esta obra publicada en 1961, León-Portilla amplía de manera decisiva el concepto de fuente histórica. Las crónicas indígenas y los cantares no aparecen como materiales auxiliares, sino como espacios de elaboración histórica. La poesía no embellece la historia: la piensa.

El canto registra derrotas, migraciones y genealogías, pero también emociones colectivas y tensiones políticas. Al leer esos textos como archivo, León-Portilla rompe con la jerarquía moderna que separa dato y símbolo. La historia deja de ser monopolio del documento administrativo y se abre a formas de verdad que se dicen en ritmo, imagen y metáfora.

#### V. La poesía como literatura mayor: *Quince poetas del mundo náhuatl*



Precedido por *Trece poetas del mundo azteca*, publicado en 1967, con *Quince poetas del mundo náhuatl*, de 1993, la poesía indígena ingresa al espacio público como literatura mayor. Los poetas nahuas aparecen como autores que piensan la fugacidad, la muerte y la belleza con una intensidad que dialoga con cualquier tradición poética del mundo.

Este libro produjo un efecto cultural profundo: enseñó a leer el mundo prehispánico como experiencia estética viva, no como curiosidad etnográfica.

fica. Leer estos poemas es aceptar que el pasado sigue hablando, no como reliquia, sino como interlocutor.

### **VI. La Conquista en plural: *La conquista de América vista por los indígenas***

León-Portilla rompe con la tentación de pensar la Conquista como episodio exclusivamente mexicano. Al reunir testimonios de distintos pueblos—azteca, maya y quechua—, muestra que la experiencia indígena de la invasión europea fue diversa, compleja y comparativamente legible.

El trauma no se repite mecánicamente; tampoco la adaptación ni la negociación. Este libro, publicado en 1985, anticipa debates sobre colonialidad y memoria: la Conquista deja de ser acontecimiento local para convertirse en problema histórico continental.

### **VII. Lengua y política cultural: el náhuatl hablado y escrito**

En su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua en 1962, *Maestros prehispánicos de la palabra*, en libros como *Literatura del México antiguo / Los textos en lengua náhuatl*, de 1978, y *Teatro náhuatl / Prehispánico, colonial y moderno*, de 2019, y en artículos como “Literatura en náhuatl clásico y en las variantes de dicha lengua hasta el presente”, de 1996, la defensa de la lengua se vuelve explícitamente política. Una lengua no es sólo medio de comunicación: es archivo de conocimiento. Perder una lengua es perder posibilidades de pensamiento.

Aquí la filología se transforma en intervención pública. Preservar el náhuatl no es nostalgia ni folclorismo: es una tarea intelectual de primer orden.

### **VIII. Otros humanismos: el humanismo náhuatl**

Frente a un humanismo europeo que se asumió universal, el humanismo náhuatl propone una idea incómoda y fecunda: existen otros humanismos.

Tradiciones indígenas que elaboraron nociones propias de dignidad, comunidad y sentido.

León-Portilla no idealiza el pasado; rechaza su subordinación. El pensamiento indígena no es preámbulo de la modernidad, sino alternativa ética que dialoga con debates contemporáneos sobre pluralismo e interculturalidad. Así es abordado en libros como los ya mencionados *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, *La visión de los vencidos* y *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, así como en *Literaturas indígenas de México*, de 1992, y *Toltecáyotl / Aspectos de la cultura náhuatl*, de 1980.

### **IX. Pluralidad mesoamericana: *Tiempo y realidad en el pensamiento maya***

Con *Tiempo y realidad en el pensamiento maya*, un ensayo publicado en 1968 y luego en edición aumentada en 2003, la mirada se extiende al mundo maya para evitar una trampa frecuente: la homogenización de Mesoamérica. Las concepciones del tiempo y de la realidad aquí exploradas enriquecen el panorama intelectual prehispánico y confirman la pluralidad como principio metodológico.

### **X. Críticas, mediaciones y vigencia**

El éxito de *La visión de los vencidos*—sus múltiples ediciones y traducciones—trajo críticas necesarias: la categoría “vencidos”, la heterogeneidad indígena, las mediaciones coloniales del archivo. León-Portilla nunca negó esas mediaciones. Enseñó a leer con conciencia de ellas. Su obra no promete transparencias imposibles; propone algo más difícil: una ética de la interpretación.

### **XI. Escuchar como método, hoy**

Vista en conjunto, la obra de Miguel León-Portilla no es un catálogo disperso, sino una arquitectura coherente. Filosofía, historia, poesía, teatro y lengua convergen en una misma apuesta: desplazar el centro, tomar en serio las lenguas originarias,

reconocer la densidad filosófica de la poesía y del teatro náhuatl y entender la historia como responsabilidad frente a las palabras del pasado.

A cien años de su nacimiento, León-Portilla no es un monumento: es una exigencia. Nos recuerda que el origen de México no es una escena clausurada, sino una conversación inacabada que sigue pidiendo tiempo para escuchar, cuidado para interpretar y valentía –siempre incómoda– para narrarnos de otra manera.

### **Epílogo. Después de la escucha: historia, responsabilidad y derechos en un mundo plural**

Cerrar un texto sobre Miguel León-Portilla exige una precaución fundamental: no clausurar aquello que su obra se empeñó en mantener abierto. Su legado no pide un punto final, sino un desplazamiento. No se trata de resumir lo ya dicho, sino de interrogar lo que su trabajo vuelve posible –y exigible– en el presente.

Si algo enseñó León-Portilla es que la historia no se reduce a la administración del pasado. Es, ante todo, una relación ética con palabras que nos preceden, palabras que llegan hasta nosotros atravesadas por la violencia, la traducción, la asimetría del poder y el olvido institucional. En un tiempo marcado por la aceleración informativa, la simplificación identitaria y el consumo rápido de memorias estandarizadas, su obra propone lo contrario: lentitud interpretativa, cuidado filológico y responsabilidad narrativa. Escuchar no como gesto moral ocasional, sino como disciplina intelectual sostenida.

Hoy, cuando los pueblos originarios no sólo son objeto de estudio sino sujetos de derecho, actores políticos y productores de conocimiento, la obra de León-Portilla adquiere una resonancia que desborda el marco nacional. Ya no se trata únicamente de reconocimiento cultural o inclusión simbólica, sino también de derechos colectivos plenamente formulados en el ámbito internacional: derecho a la autodeterminación, a la tierra y al territorio, a la lengua, a los sistemas propios de conocimiento,

a la consulta libre, previa e informada, a la participación efectiva en las decisiones que afectan su presente y su futuro.

En este punto, la ética de la escucha que atraviesa la obra de León-Portilla dialoga –aunque él no lo formulara en estos términos– con el giro jurídico y político que ha tenido lugar en las últimas décadas a escala global. Instrumentos internacionales han dejado atrás el paradigma integracionista, que concebía a los pueblos indígenas como sujetos “en tránsito” hacia una modernidad homogénea, para reconocerlos como colectividades con historicidad propia, continuidad cultural y derechos inalienables. La escucha ya no es sólo condición de comprensión histórica: es exigencia jurídica y política.

Esta ampliación del horizonte no invalida su obra; la recontextualiza críticamente. Leer hoy *La visión de los vencidos* obliga a reconocer tanto su potencia fundacional como sus límites históricos. La categoría de “vencidos”, la centralidad del trauma, la organización del relato desde la catástrofe responden a un momento intelectual específico. Pero el presente exige complejizar esa herencia: los pueblos indígenas no pueden pensarse únicamente desde la herida originaria, sino asimismo desde la continuidad, la reinención, la agencia política y la producción contemporánea de saberes.

Aquí reside una de las lecciones más fértiles de León-Portilla para la historiografía actual: su obra no debe leerse como repertorio cerrado de categorías, sino como método crítico abierto, capaz de dialogar con nuevos marcos normativos, epistemológicos y políticos. Su insistencia en las lenguas originarias como lenguas de pensamiento, en la poesía y el teatro como forma de conocimiento y en la traducción como acto responsable encuentra hoy una prolongación natural en los debates sobre pluralismo jurídico, interculturalidad, derechos culturales y justicia epistémica.

Desde esta perspectiva, el desafío contemporáneo ya no es únicamente incorporar voces indígenas al relato histórico, sino principalmente reconfigurar las condiciones mismas de producción del conocimiento. ¿Quién investiga? ¿Desde qué



lenguas? ¿Con qué criterios de autoridad? ¿Para quién se escribe la historia? León-Portilla mostró, con paciencia filológica y valentía intelectual, que estas preguntas no son accesorias: definen el sentido ético de la disciplina.

Más que un autor para conmemorar, Miguel León-Portilla es un interlocutor exigente en un mundo atravesado por disputas sobre memoria, territorio, identidad y futuro. Nos recuerda que el origen de México—y, por extensión, de las sociedades marcadas por la colonización—no es una escena clausurada ni un mito estabilizado, sino una conversación inacabada, hoy ampliada por marcos globales de derechos y por luchas indígenas contemporáneas que desbordan fronteras nacionales.

Volver a León-Portilla, entonces, no es un ejercicio de añoranza ni de canonización. Es aceptar que la historia sigue pidiéndonos algo: tiempo para escuchar, cuidado para interpretar y una responsabilidad renovada para narrar el pasado sin neutralizar el presente. En un mundo que discute derechos, pluralidad y justicia desde múltiples escalas, su obra sigue recordándonos que no hay futuro democrático sin una escucha histórica verdaderamente plural. ●

# Jaime Sabines: apuntes para celebrar su centenario

PILAR JIMÉNEZ TREJO

La poesía es una droga que se tomó una vez, un cocimiento de brujas, un veneno vital que puso otros ojos al hombre y otras manos, y le quitó la piel para que sintiera el peso de una pluma.

Jaime Sabines al recibir el Premio Nacional de Ciencias y Artes en Lingüística y Literatura en 1983



**E**ste año se celebra el centenario del nacimiento del poeta Jaime Sabines. Su legado no necesita defensas ante el paso del calendario. Consagramos al poeta universal de la condición humana, del transcurrir de la vida, del amor y la muerte, cuya tinta –hecha de sangre y tiempo– ha logrado eternizar el instante como un eco profundo y vital.

Su capacidad de encapsular un universo entero en un solo verso es la facultad sagrada de un hombre que nació poeta y logra que la palabra sea, al mismo tiempo, herida y bálsamo. Para él, Dios no es un juez distante, sino un acompañante de la soledad humana. Introducir a Dios en su poesía no fue un acto de fe, sino de compañía.

El mejor reconocimiento que sus lectores podemos hacerle será leerlo o releerlo, como me lo confió en una de varias conversaciones:

El homenaje más importante es que me lean. Que mis libros sirvan de algo [...] Uno encuentra que la poesía se realiza en la satisfacción de descubrir que hay alguien a quien le sirvió para vencer un momento de soledad o una angustia o un pesar, por contagio de los pesares del poeta, por sentir alivio de que el sufrimiento no está nada más en uno. [...] La poesía sirve para ayudar a las gentes a contemplar este mundo destruido y abstracto, pero no para corregirlo. Para saber que hay otra persona que, como uno, siente lo mismo ante las cosas. Es un gran alivio encontrar a un poeta que dijo lo que uno habría querido decir en un momento dado. Por eso creo que siempre va a haber poetas, y siempre habrá poesía.

Sabines es el poeta que, desde las últimas tres décadas del siglo XX y hasta nuestros días, se convirtió en uno de los autores más leídos. Logró penetrar con sus versos en la sensibilidad de miles de personas en México, y también en el extranjero, porque sus lectores van más allá de nuestras fronteras. Existen antologías de su obra en distintas lenguas:

inglés, francés, alemán, italiano, portugués, holandés, catalán, chino, japonés, hebreo. Y en árabe, la que hablaba de niño su padre, el mayor Sabines.

Jaime Sabines sigue siendo el poeta de todos. Basta recorrer hoy las redes sociales para encontrar su nombre multiplicado entre lectores jóvenes y no tan jóvenes que descubren en sus versos el arrebató del amor, el consuelo ante la pérdida, siempre su enorme intensidad de vivir.

\*\*\*

Desde que publiqué en 2013 mi libro *Jaime Sabines / Apuntes para una biografía* –resultado de casi diez años de conversaciones con el poeta–, he seguido con atención sus huellas con la intención de comprender más profundamente la raíz de sus palabras y el difícil arte de su sencillez. Cito aquí su voz registrada en mi libro:

Por lo general yo uso el lenguaje cotidiano, el lenguaje de todos los días, pero lo transformo con pequeños matices, le doy calidad literaria. [...] Yo he pensado que la poesía debe ser la sencillez, la claridad; no el simplismo, no la simpleza, pero sí la sencillez. [...] El amor es uno de mis temas, pero no creo en los grandes temas para la poesía. Todos son adorables mediante la poesía porque en ella caben todas las cosas de la vida.

Sabines y su obra son una mezcla entre el cedro del Líbano y el roble de Chiapas, una esencia que está en *Algo sobre la muerte del mayor Sabines*. En esa imagen está cifrada la identidad profunda del poeta: la raíz oriental que le llegó por la sangre de su padre y la fuerza terrestre de su voz a través de la tierra que lo vio nacer y de su madre, doña Luz. De esa confluencia nace su poesía.

Siempre he pensado que en mi infancia y mi juventud influyeron ese ambiente de libertad y de

naturaleza maravillosas que hay en mi estado, donde sobra la luz. Es decir, me dieron carne y sustancia. Chiapas fue determinante en mí, pero no soy un poeta bucólico ni paisajista, ni he hablado de la selva, ni de los ríos de Chiapas, como Pellicer sí lo hizo con Tabasco [...].

Adán y Eva se encuentran en el paraíso, pero no creía que hubiera una influencia directa de la tierra, de la naturaleza de Chiapas. El poema “Adán y Eva” habla del paraíso y las cosas que hay en él: el mar, el aire, los árboles, las estrellas... La formación del medio ambiente, para Adán y Eva, que los rodea.

Los lectores encontramos en la poesía de Sabines, por un camino u otro, una forma de consuelo profundamente humano. Así lo expresó en la primera entrevista que le hice, en 1988:

Lo que uno tiene al escribir poesía es emoción: puede ser alegría, dolor, desesperanza. En ese sentido, sí creo mucho en la palabra *inspiración*, o tal vez no sea *inspiración* sino *alumbramiento*... La poesía no se escribe solamente con la actitud intelectual y reflexiva del hombre: el poema debe ser la emoción del hombre. Si lees un poema, no estás buscando palabras sabias, profundas o filosóficas; buscas una emoción humana, y eso es lo que da el arte en general: la emoción de la vida.

Sabines es, sin duda, un poeta universal. Sé que, por ejemplo, en Buenos Aires existe desde hace una década un programa de radio independiente que inicia cada mañana con la voz de Sabines:

Te quiero a las diez de la mañana, y a las once, y a las doce del día. Te quiero con toda mi alma y con todo mi cuerpo.

El programa lleva precisamente como nombre el inicio de ese poema, *Te quiero a las diez de la mañana*.

\*\*\*

En 2013 fui al Líbano a presentar mi libro. El entonces embajador Jaime García Amaral organizó la reunión, junto con el Instituto Cervantes de Beirut, y convocó a un grupo de lectores e hispanistas, que resultaron un público muy atento y receptivo.

En ese país del que llegó el mayor Sabines a América alrededor de 1902, se encontraba el estudioso de la literatura hispanoamericana Antoine S. Khater, quien afirmó: “Sabines parece un poeta que nunca hubiera salido del Líbano”. Aquellas palabras confirmaban algo que el propio Sabines había reflexionado:

Fue mi padre quien me enseñó la profundidad de la literatura árabe. Sabía de memoria las historias de *Las mil y una noches* y *Las aventuras de Antar*. De igual modo, me repetía enseñanzas espirituales y filosóficas de la Biblia, poesía pura que no seduce los oídos sino el alma.

En secundaria y preparatoria me dio mucho por leer; acudí a infinidad de libros, pero la influencia mayor que he tenido fue a través de mi padre. Su conocimiento de la literatura oriental me ayudó a llegar a las raíces de todo. Soy al mismo tiempo un poeta oriental y occidental porque mi poesía intenta hacer confluír la idea mística con su razonamiento contemporáneo.

Seguí interesado en la literatura árabe y busqué poetas persas. Así llegué a Tagore, que murió a principios del siglo XX; es un poeta maravilloso de la literatura hindú. Tagore es uno de mis grandes maestros: me fascina por su sinceridad, por su ternura; posee un elemento al que yo aspiro: la profundidad de la poesía oriental. Lograrlo ha sido mi meta. [...] Creo que toda esa literatura árabe y mi ascendencia paterna marcaron mi visión fatalista de que el hombre, cuando habla de libertad, no es más que un muñeco manejado por la vida.

\*\*\*

En 1977 se tradujo *Tarumba* al inglés. En 1987 la editorial alemana Vervuert publicó una antología

que en ese idioma llevaba el nombre de su poema “Tu cuerpo está a mi lado”: *Dein Körper neben mir*.

Años después, Colin Carberry, canadiense criado en Irlanda y asentado en Linares, Nuevo León, quien descubrió a Jaime Sabines en 2001 mientras daba clases de inglés en una escuela, ha traducido cerca de cien poemas de Sabines, varios de los cuales han aparecido en revistas y libros de Canadá, Reino Unido e Irlanda.

Poemas ya traducidos, como *Algo sobre la muerte del mayor Sabines*, vuelven a versificarse en esas mismas o en otras lenguas, como lo hizo en 2014 Mark Schafer con *A Few Words on the Death of Major Sabines* para el libro *Pinholes in the Night / Essential Poems from Latin America*, con selección de Raúl Zurita y editado por Forrest Gander, dos grandes poetas. Lo ha traducido dos veces; la segunda, luego de leer en mi libro esto que cuenta Sabines:

En *Algo sobre la muerte del mayor Sabines* casi todo el final de la primera parte fue escrito en sonetos; es curioso, pero me era más fácil. Era como vaciarse en un molde ya hecho. Recurrí a esta forma para concretar mi emoción, como un vaso para contenerla, porque si no, no habría escrito nada, sobre todo en aquellos primeros días en que yo sentía su muerte como mi muerte. Son sonetos que nunca busqué que fueran perfectos. Incluso en el momento rompía la métrica tradicional; hice endecasílabos, y a éstos muchas veces los volvía heptasílabos, o alejandrinos. [...] Llegaba la noche, y el soneto estaba ahí esperando para que lo escribiera: la forma ya estaba, ya no tenía que buscarla; nada más era cuestión de derramarme en aquel vaso que ya existía, desbordar el dolor, los borbotones de sangre. El soneto era la copa ya hecha: era nada más cuestión de llenarla con lo que yo lloraba. Fue escrito así por facilidad; fueron sonetos a mi manera y a mi estilo.

Tras su muerte, surgieron nuevas traducciones. Al italiano, por el poeta y académico Emilio Coco. Al árabe, por el poeta libanés Afif Albert Kaissar, quien explica:



Mi interés por traducir a Sábines no fue sólo por su origen, sino especialmente porque encontré en él la sabiduría de lo sencillo. Sin embargo, esa aparente sencillez fue uno de los principales retos al llevar su poesía al árabe. [...] “Me encanta Dios” no pude traducirlo al árabe clásico, como los otros poemas. A diferencia de otras lenguas, el árabe presenta una división entre el registro clásico—usado en contextos formales—y el coloquial, que varía según la región. Si lo traducía al clásico, había palabras que se perderían totalmente, así que lo traduje al libanés coloquial.

Circula en la web un video donde el cineasta Guillermo del Toro confiesa que el poema “Del mito” fue su inspiración para dar vida a su película *Pinochío*, estrenada a finales de 2022. Son estos versos:

Mi madre me contó que yo lloré en su vientre.  
A ella le dijeron: tendrá suerte.

Alguien me habló todos los días de mi vida  
al oído, despacio, lentamente.  
Me dijo: ¡vive, vive, vive!  
Era la muerte.

Este 2026 esperamos la publicación de los poemas inéditos que Sábines escribió entre 1946 y 1968, que no recogió en su *Recuento de poemas*. Aparecerán bajo el título *Poemas rescatados*, seleccionados por el propio poeta y que su familia decidió dar a conocer. El libro lo publicará la Universidad Nacional Autónoma de México, en una edición a cargo del poeta y académico Marco Antonio Campos.

En España, por otra parte, la prestigiosa editorial Visor cuenta ya con una nueva edición del *Recuento de poemas*.

\*\*\*

El pasado 29 de marzo, en el homenaje que se le realizó a Jaime Sábines en el Palacio de Bellas Artes, en su ponencia el poeta y diplomático Homero

Aridjis recordó el Festival de Poesía de la Ciudad de México que organizó en agosto de 1987 en el Teatro de la Ciudad, en el que participaron veintidós poetas extranjeros, procedentes de diecinueve países, junto con diecisiete poetas mexicanos, entre los que figuraron Octavio Paz y el propio Sábines. Cuenta Aridjis: “Allí Paz leyó dos largos poemas, ‘Pilares’ y ‘Carta de creencia’, de *Árbol adentro*, su libro que saldría en octubre de ese año”. Y recuerda que Paz terminó su recital con “*Coda*”, de “Carta de creencia”:

Tal vez amar es aprender  
a caminar por este mundo.  
Aprender a quedarnos quietos  
como el tilo y la encina de la fábula.  
Aprender a mirar.  
Tu mirada es sembradora.  
Plantó un árbol.  
Yo hablo  
porque tú meces los follajes.

“La lectura de Paz fue recibida con aplausos.”

Cuando le tocó su turno de Sábines, continúa Aridjis, apenas pronunció “Los amorosos callan”, el público empezó a corear con él, porque se sabía el poema de memoria:

El amor es el silencio más fino,  
el más tembloroso, el más insoportable.

Siguió con “Te desnudas igual”, “Los he visto en el cine”, “Tu cuerpo está a mi lado”, “Me tienes en tus manos”, “No es que muera de amor”, “He aquí que tú estás sola”, “Me doy cuenta de que me faltas”, “No es nada de tu cuerpo” y “En la boca del incendio”. Terminó su lectura con “Amor mío, mi amor, amor hallado”, con la gente acompañándolo, recitando:

Te quiero desde el poste de la esquina,  
desde la alfombra de ese cuarto a solas,  
en las sábanas tibias de tu cuerpo  
donde se duerme un agua de amapolas.

Cabellera del aire desvelado,  
río de noche, platanar oscuro,  
colmena ciega, amor desenterrado,  
voy a seguir tus pasos hacia arriba,  
de tus pies a tu muslo y tu costado.

“Y explotó el teatro con emoción...”

Terminado el recital de Sabines, confiesa Aridjis, un Paz visiblemente molesto “vino conmigo para preguntar: ‘¿Quién le paga a la gente para aplaudir a Sabines? ¿No será El Gordo Pesqueira?’” Se refería a Eduardo Pesqueira Olea, el secretario de Agricultura y Recursos Hidráulicos de 1984 a 1988. “Le dije: ‘Octavio, nadie le paga al público para que le aplauda a Sabines, no es el tipo de público que asiste a los festivales de poesía.’”

\*\*\*

Recuerdo una ocasión en que visité a Sabines poco después de la muerte de Paz. El poeta estaba pro-

fundamente triste. El cáncer –el mismo que se había llevado al mayor Sabines y a su hermano Juan– había terminado también con la vida del único escritor mexicano que ha obtenido el Premio Nobel de Literatura. Entonces reconoció:

Mira a Octavio, que trabajó tanto por su obra, que se movió por el mundo para que se conociera, para que se tradujera, que incluso obtuvo el Premio Nobel..., y ahora el cáncer acabó con su vida. Yo a veces pienso que le debo mucho a mi obra: no he hecho ni hice mucho por ella; salía un libro, y lo dejaba.

El autor del *Recuento de poemas* es hoy aquello que sólo el tiempo consagra: un poeta infinito, un clásico vivo en la memoria de sus lectores, en la página y en el libro. Sabines pertenece a esa rara estirpe de poetas que trascienden su lengua, su país y su tiempo. Su poesía forma una voz que ha terminado por instalarse en el territorio de la poesía universal, esa donde dialogan Tagore, Neruda, García Lorca, Baudelaire. ●



# Tres reseñas de libros sobre los claroscuros de la vida

PAOLA TINOCO

*Las Pozas*, Michael Sledge,  
traducción de Isabel Zapata, México,  
Dharma Books, 2025 (“El Vuelacercas”, 34)

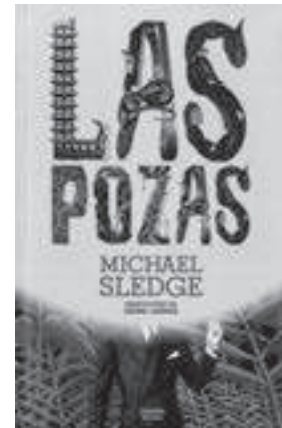
**E**n esta novela, Michael Sledge narra la llegada a México del aristócrata inglés Edward James, donde radica y se dedica al arte. Junto al sonorenses Plutarco Gastélum y el texano Roland McKenzie, inicia en Xilitla, en la región de la Huasteca Potosina, la creación de un paisaje inolvidable, “el Jardín del Edén en la tierra”, sólo perturbado por una mujer y un accidente.

Sin embargo, como en aquel entonces—años cuarenta del siglo XX—los extranjeros no podían ser propietarios de tierras mexicanas, James compró un terreno junto a uno de los bordes del río Santa María que formaba parte del rancho cafetalero La Conchita, y todo se puso a nombre de Plutarco. La pista que encontró Sledge para reconstruir esa historia fue un suceso real que casi le cuesta la vida al escultor, poeta y mecenas del surrealismo. Se trata de “un momento histórico para México, cuando el país se convirtió en refugio de exiliados que huían de la guerra en Europa. Para México, fue una infusión de pensamiento vanguardista que, al chocar con la cosmovisión mexicana, creó un híbrido fértil. Para personajes como Edward James o Leonora Carrington, México no fue sólo un destino, fue literalmente su salvación. Estaban huyendo para salvar la vida, y en ese estado de vulnerabilidad la creatividad se vuelve una herramienta de supervivencia”.



*La visible oscuridad*, Norma Lazo,  
México, Lumen, 2025 (“Narrativa”)

1942 en la Ciudad de México. Una estudiante de química es reportada como desaparecida y no hay indicios que lleven a su paradero. Así comienza una investigación, prácticamente a ciegas, que sin embargo lleva a resultados inquietantes: un alumno de posgrado que daba clases particulares a Alicia Sierra, la joven desaparecida, es uno de los sospechosos. En el jardín de su casa se



encuentran osamentas de varias mujeres, cuya identidad queda desconocida. Pero la evidencia no es todo...

En esta novela, la ficción entramada por Norma Lazo está basada en un caso real de nota roja: el de los asesinatos de mujeres a manos de Gregorio Cárdenas Hernández, conocido como Goyo Cárdenas, el Estrangulador de Tacuba, considerado el primer homicida serial de la era moderna en México. Sus asesinatos, a todas vistas feminicidios, aunque en aquella época todavía no se tipificaba el término en el sistema penal mexicano, hacen pensar en la importancia de cómo se da cobertura mediática amarillista a noticias que tan pronto como dan un primer impacto se desechan o se pierden en el ruido del trajín cotidiano sin haberse atendido las causas de fondo y sus consecuencias a largo plazo. Y, sobre todo, sin haber hecho un verdadero acto de justicia.



*Somos misterio*, Lorea Canales,  
México, Dharma Books, 2025 (“El Vuelacercas”, 35)

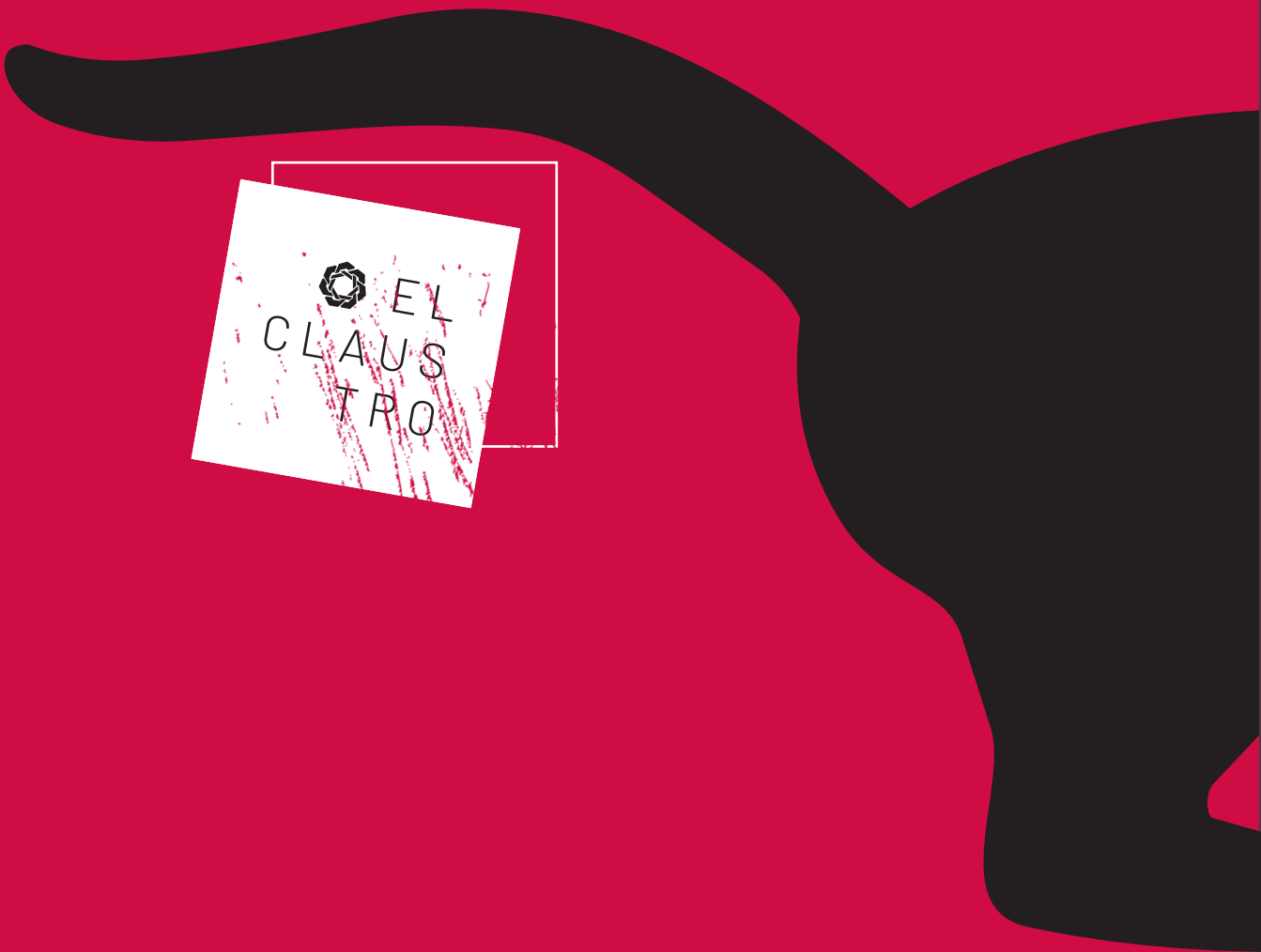
Con sensible impulso feminista, Lorea Canales hace una exploración de la vida, la fe y la religión desde la perspectiva de una monja que se reconoce más como mujer que como profesa, al margen de los dictados de la Iglesia y de la sociedad, desde la existencia misma en su materialidad y desde su cotidianidad, desde las complejidades de ser humana.

Se trata de una novela intimista en la que su protagonista, la hermana Clara, perteneciente a un convento femenino en Queens, Nueva York, reflexiona acerca de su vocación y los problemas entre la fe genuina y una institución religiosa que persiste en su inercia dogmática, sostenida—y, con frecuencia, coludida—por una sociedad que también se obstina en su patriarcalismo. Gracias a la memoria, la hermana Clara realiza un viaje en el tiempo y da testimonio de la pese a todo inevitable transformación, no sólo de su propia vida, sino a la vez de esa parte de la historia del siglo XX que ha atravesado, con sus procesos de cambio pero también con sus atavismos. Es un profundo pensamiento sobre la vejez y la proximidad de la muerte; sobre el cuerpo, la mente, los sentimientos, las emociones y el alma en su fortaleza y en su vulnerabilidad; sobre el entendimiento y la experiencia ganados con los años y las vivencias, pero también sobre las dudas y de lo mucho que se queda fuera de nuestra comprensión; sobre cómo el exterior nos afecta internamente y nos transforma para bien sólo cuando poseemos apertura existencial. ●









EL  
CLAUS  
TRO